

**LOS VENCEDORES
QUE DIOS BUSCA**

Watchman Nee

CONTENIDO

| | | |
|--------------|-------------------------------------------------------------------------------|-----|
| I. | Mensajes de preparación para la tercera conferencia sobre los vencedores..... | 6 |
| II. | El centro de Dios o Su centralidad y universalidad..... | 16 |
| III. | El vencedor que Dios busca..... | 34 |
| IV. | Ministrar al templo o al Señor..... | 55 |
| V. | Muertos a la ley..... | 72 |
| VI. | Una vida superficial..... | 80 |
| VII. | ¿Qué somos nosotros?..... | 92 |
| VIII. | Preguntas relacionadas con los obreros..... | 104 |

PREFACIO

Entre los años 1928 y 1934 el hermano Watchman Nee dio cuatro conferencias sobre los vencedores, cuyo tema fue “Mensajes centrales de Dios”. La primera conferencia se dio en febrero de 1928 con el tema: “El propósito eterno de Dios y la victoria de Cristo”. La segunda conferencia tuvo lugar en octubre de 1931 y su tema fue “El pacto de Dios y Su sabiduría”. La tercera conferencia se celebró en enero de 1934 y trató de “Cristo como la centralidad y universalidad de Dios”, y “Los vencedores”. La cuarta conferencia fue dada en octubre del mismo año con los temas “La vida de Abraham” y “La guerra espiritual”. Con excepción de la cuarta conferencia, que se llevó a cabo en Hangchow, las demás se dieron en Shanghai.

Los mensajes de la tercera conferencia sobre los vencedores fueron publicados en los números 34, 35 y 36 de *El testimonio actual*. El número 34 es un bosquejo general de los mensajes de las conferencias. En los números 35 y 36 se pulió y publicó el estilo de dos mensajes: “Ministramos al templo o ministramos a Dios” y “Una vida superficial”. Un mensaje separado que no fue parte de la tercera conferencia sobre los vencedores, “Muertos para la ley”, también se publicó en el número 35. Se conservó la secuencia en que se publicaron estos mensajes.

En este tomo, el capítulo titulado “Mensajes de preparación para la tercera conferencia sobre los vencedores” presenta mensajes breves dados en los primeros dos días de la conferencia, el 22 y 23 de enero. Los capítulos titulados “El centro de Dios o La centralidad y universalidad de Cristo” y “Los vencedores que Dios desea” presentan las partes sobresalientes de los mensajes de dichas conferencias. (Al capítulo “Los vencedores que Dios desea” se le añadió como suplemento la sección “Lo que experimentan los vencedores”, tomada de las notas del hermano Weigh Kwang-hsi) Todos los capítulos mencionados forman parte del número 34 de *El testimonio actual*.

Los capítulos “¿Qué somos nosotros?”, dado en dicha conferencia, y “Asuntos relacionados con los obreros”, dado después de la misma, fueron traducidos de las notas del hermano Weigh Kwang-hsi. El capítulo: “¿Qué somos nosotros?” presenta el testimonio que Dios desea, basado en la historia de cómo se ha venido recobrando la verdad. El capítulo “Asuntos relacionados con los obreros”, describe el carácter de la obra y su relación con la iglesia. Aunque estos mensajes no se publicaron en *El testimonio actual*, los incluimos con los mensajes que se dieron durante ese período.

El carácter de esta conferencia y la comisión de la misma se pueden ver en la carta de Watchman Nee publicada en el número 32 de *El testimonio actual*.

CARTA SOBRE LA TERCERA CONFERENCIA EN CUANTO A LOS VENCEDORES

“Jesús es el Señor” (1 Co. 12:3)

Ya tuvimos dos series de conferencias como ésta, una en febrero de 1928 y otra en octubre de 1931. La conferencia que tuvimos en noviembre del año pasado fue diferente, y por ende, consideramos ésta la tercera serie de conferencias sobre los vencedores.

Quisiera que todos los hermanos comprendieran el carácter de estas conferencias. No dedicaremos nuestra atención a temas bíblicos de menor importancia, pues deseamos ver en el Espíritu Santo a Jesús, y a El crucificado. Temas como las profecías, la organización de la iglesia, la exposición de las Escrituras, la tipología, el bautismo, la imposición de manos, el hablar en lenguas, los milagros e innumerables interrogantes se tratarán a su debido tiempo. Puesto que somos cristianos no debemos negar el lugar que tienen cada uno de dichos temas; sin embargo, no son el centro de las Escrituras ni de la vida del Espíritu Santo. Dios tiene un solo centro, el cual es Cristo, más específicamente, Cristo crucificado. Las conferencias anuales que celebramos en torno a este tema, tiene como fin volvernos al centro. Este es el motivo por el cual no quisiéramos detenernos en temas de menor importancia; más bien, quisiéramos sólo hacer hincapié en el tema central que Dios mismo recalca.

Muchas personas nos preguntan con frecuencia por qué *El testimonio actual*, no incluye artículos similares a los que se publicaban en la revista que publicaba antes llamada *El Cristiano*. Tal vez no sepan que *El testimonio actual* sólo contiene los mensajes centrales de las cosas de Dios. En muchos mensajes se explicaba la interpretación de las profecías, se exponía la Biblia y se daban respuestas a preguntas sobre el evangelio, o sea que no presentaban lo más central de las cosas de Dios. Es una lástima que muchos creyentes den tanta importancia a estos asuntos secundarios y pasen por alto el mensaje central. No decimos que los demás temas sean insignificantes, pues ya dijimos que tienen su debido lugar, sino que no son el centro. Si una persona no está consciente de lo que es el centro de las cosas de Dios, todas estas verdades sólo serán doctrinas y no le servirán de ayuda alguna. Conocer a Dios en Su centro y vivir en dicho centro trae la victoria, la santidad y la gloria. Todo lo demás viene luego.

En esta conferencia, igual que en las otras dos, quisiéramos hacer énfasis en los mensajes más críticos. Después de pasar mucho tiempo en oración, me llegué a la conclusión de que el tema de esta conferencia debe ser “Los vencedores que Dios busca”. Todo lo tratado en las conferencias girará en torno a esto. Puesto que las fechas ya se fijaron, pido a los hermanos que oren mucho por esta serie de conferencias. A diferencia de la conferencia que tuvimos en 1928, las que tuvimos en 1931 y 1932 carecieron de oración. En consecuencia, no vimos una bendición clara en aquellas reuniones. Por lo tanto, debemos pedirle a Dios que nos dé una comisión específica de orar por ello y que nos dé espíritu de oración.

Necesitamos orar fervientemente, y quizás también ayunar por esto. No obstante, debemos orar en el Espíritu Santo. La bendición de Dios está supeditada a nuestra oración.

Por último, en esta conferencia espero que encontremos a Cristo, recibamos luz y revelación de los cielos y seamos llenos de la vida que desconoce el hombre común. No quisiéramos prestar atención a temas de menor importancia, ni a formalismos. Lo que deseamos es conocerle a El (Fil. 3:10).

Vuestro hermano,
Watchman Nee
13 de diciembre de 1933

Capitulo uno

MENSAJES DE PREPARACION PARA LA TERCERA CONFERENCIA SOBRE LOS VENCEDORES

**(Bosquejos de cuatro mensajes
dados el 22 y 23 de enero de 1934)**

(1)

LA OCUPACION QUE DEBEN PROCURAR QUIENES SIRVEN AL SEÑOR

Lectura bíblica: Ez. 44:9-26, 28, 31; Lc. 17:7-10

La diferencia entre trabajar para el Señor y servirle

El Señor desea más nuestro servicio que nuestra labor. Ministran al templo y servir a la mesa del Señor son cosas diferentes; lo mismo se aplica a trabajar para el Señor y servirle a El. Labrar la tierra y pastorear el rebaño son actividades diferentes a servir al amo directamente.

Los hijos de Leví hacían algo diferente a lo que hacían los hijos de Sadoc. Aquellos ministraban en el atrio de la casa de Dios; ellos inmolaron los sacrificios delante del pueblo y ministraban en favor del pueblo. Los hijos de Sadoc ministraban a la mesa del Señor, en el lugar santo, ofreciendo al Señor la grosura y la sangre. La labor de los levitas, en el atrio, era visible, mientras que la de los sacerdotes, en el lugar santo, estaba escondida. En el atrio se ministra al pueblo, y en el lugar santo se ministra al Señor. El ministerio ejercido en el atrio da la impresión de ser un servicio para el Señor; en realidad, existe una diferencia entre servir al Señor y servir a la casa de Dios.

Muchos se complacen en ejercitar sus músculos en el atrio. Les encanta ayudar a acomodar e inmolar las víctimas de los sacrificios, pero no les gusta servir al Señor en el lugar santo. Van de un lado para otro realizando actividades visibles; les agrada salvar a los pecadores, edificar a los creyentes y servir a los hermanos. Sin embargo, el Señor desea que procuremos servirle a El.

La obra de Dios tiene sus aspectos interesantes y sus atracciones. En la obra de Dios también hay actividades en las que la carne se complace. A mucha gente le encanta viajar de un lado a otro laborando, porque su carne tiene esa tendencia natural. Parece que salvan a los pecadores y sirven a los hermanos, pero en verdad, sirven a su propia carne y a sus placeres. Un creyente que pasó el velo y que ahora está al otro lado, después de leer Ezequiel 44 elevó esta oración: "¡Señor, permíteme ministrarte a Ti, en lugar de ministrar al templo!"

Ministramos al Señor en el lugar santo

“Ellos se acercarán para ministrar ante mí” (Ez. 44:15). En el atrio uno se acerca al pueblo. En el lugar santo, uno se acerca al Señor. Es posible seguir al Señor “de lejos” (Mt. 26:58), pero no es posible ministrarle de lejos. Para ministrar al Señor uno tiene que acercarse a El. La oración que nos acerca al Señor, nos da fortaleza y requiere ejercicio.

“Y delante de mí estarán” (Ez. 44:15). No solamente debemos acercarnos al Señor, sino que también debemos estar delante de El. Muchas personas no pueden estar delante de alguien y esperar, pues esto implica esperar órdenes. Quienes no puedan estar delante del Señor y esperar, no pueden ministrarle. Hay dos clases de pecados: uno es desobedecer una orden, lo cual es rebelión; el otro es actuar sin recibir ninguna orden, lo cual es soberbia (Sal. 19:13). No nos referimos a lo que es bueno o malo; lo que cuenta es si Dios lo ha ordenado o no. Las cosas buenas pueden hacer mucho daño a los creyentes, pues son enemigas de la voluntad de Dios. En el atrio se reciben órdenes de los que ofrecen los sacrificios, pero en el lugar santo las órdenes proceden de Dios.

“Para ofrecirme la grosura y la sangre” (Ez. 44:15). El lugar santo estaba lleno de la justicia y la santidad de Dios, y el Lugar Santísimo, de Su gloria. La sangre se relaciona con la justicia y la santidad de Dios, mientras que la grosura denota Su gloria. La gloria es Dios mismo; la santidad es Su naturaleza; y la justicia es el procedimiento que El usa, Su manera de obrar. La sangre trae el perdón de los pecados, satisface la justicia y la santidad de Dios, y nos hace aptos para acercarnos a El. La grosura satisface a Dios; la sangre pone fin a la vieja creación, y la grosura tiene que ver con la nueva creación. Cuando el Señor derramó Su sangre, derramó toda Su vida natural. Hoy el Señor tiene carne y hueso (Lc. 24:39), pero no sangre. El no tiene ni una gota de sangre. Debemos aprender a negar nuestra vida natural delante del Señor cada día; a esto se refiere la sangre. Al mismo tiempo, tenemos que ofrecer la vida de resurrección; éste es el aspecto de la grosura (Ro. 6:13).

“Ellos entrarán en mi santuario” (Ez. 44:16). Estar en el santuario equivale a estar en la presencia del Señor. Nosotros tenemos temor de estar en el santuario porque si permanecemos allí es fácil ser incomprendidos, calumniados y criticados. Aun así, debemos habitar en la casa del Señor. No estamos limitados, pues nuestros corazones son amplios y llenos de aspiraciones. Pablo dijo en sus epístolas que él estaba decidido a ser agradable al Señor (2 Co. 5:9). Debemos procurar ministrar al Señor, no al templo.

“No llevarán sobre ellos cosa de lana ... No se ceñirán cosa que los haga sudar” (Ez. 44:17, 18). El sudor brota por causa de la maldición (Gn. 3:19). Sudar significa carecer de la bendición del Señor y laborar por la carne. Cuando se inmolan los toros y los machos cabríos en el atrio se suda mucho, pero cuando se ministra al Señor en el lugar santo, no se suda. Se puede ejercer fuerza espiritual delante del Señor, pero no debe sudar. Los comités, las discusiones y la

propaganda pertenecen a la esfera donde se suda. El trabajo espiritual le corresponde exclusivamente a Dios, mientras que el trabajo en la carne es obra del hombre. Cuanto más espiritual es la obra, más interna es; pero la obra que se efectúa en la carne es exterior.

Dios no mandó que todos los levitas ministraran ante El en el lugar santo; ordenó que sólo los hijos de Sadoc lo hicieran. Dios invita a los hombres a ministrar ante El en el lugar santo y desea que se ocupen del lugar santo, resplandezcan allí y mantengan la separación entre éste y lo común. Hechos 13:1-3 dice que cuando estaban “ministrando éstos al Señor, y ayunando”, el Espíritu Santo les mandó que salieran a la labor misionera. Nuestra obra misionera debe comenzar al ministrar nosotros al Señor. El Señor para Su obra busca obreros, no voluntarios. Hebreos recalca dos cosas: nuestro ministerio a Dios detrás del velo y el oprobio que llevamos fuera del campamento por causa del Señor.

El ministerio ofrecido a El después de laborar

En Lucas 17:7-10 “arar” equivale a anunciar el evangelio, y “apacentar el ganado” significa cuidar a los creyentes. “Sírveme” indica que uno tiene que ministrar al Señor aún después de haber trabajado. “Comer y beber” es recordar el fruto de su obra y deleitarse en el mismo; debemos permitir que el Señor “coma y beba” primero, antes de que nosotros disfrutemos de la comida y la bebida. El resultado de nuestro trabajo debe ser satisfacer al Señor antes de satisfacer nuestros deseos. Después de haber laborado, no debemos comer, beber ni disfrutar, sino que debemos decir: “Esclavos inútiles somos”. “Cíñete y sírveme” indica que después de haber trabajado, tenemos que estar dispuestos a ministrar al Señor. Debemos hacer lo posible por ministrar al Señor. La labor del campo no es tan buena como ministrar en la casa; y trabajar en el campo y con las ovejas no es tan agradable como servir al Señor.

(22 de enero de 1934, por la mañana)

LA VIDA ESCONDIDA

Lectura bíblica: Cnt. 4:12; Os. 14:5-7; Mr. 4:5-6, 16-17

Una vida superficial

Marcos 4 habla de la condición del corazón del hombre y de la forma en que recibe la Palabra. No solamente se aplica a los pecadores que escuchan el evangelio, sino también a los creyentes que reciben el mensaje de edificación.

¿Qué clase de vida complace al Señor y perdura? ¿Por qué algunos han fracasado o se han regresado a mitad de camino? ¿Por qué son pocos los que

siguen al Señor hasta el fin? Algunas personas al principio están muy dispuestas a abandonarlo todo, a consagrarse totalmente al Señor y a seguirlo, pero cuando se les presenta algo que es contrario a su propia voluntad, pierden el deseo de seguirlo. Si usted nunca ha sido disciplinado por el Señor o no se ha consagrado totalmente, vendrá el día cuando el Señor lo llevará a donde usted no desea ir, y usted rechazará lo que El escoja. El precio será demasiado alto para usted y se dará cuenta de que no puede pagarlo. Por esta razón, tiene que ser disciplinado por el Señor hasta que se consagre plenamente, tome la cruz y lo siga hasta el fin. Los que se regresaron o cayeron a mitad del camino son los que no tienen profundidad de tierra.

“Brotó pronto” (Mr. 4:5). Esto se refiere a quienes reciben la palabra y tienen un comienzo bastante notorio, pero no llegan a producir ningún resultado por carecer de raíces, y cuando sale el sol, se queman y se secan. Cada palabra trae consigo aflicción y persecución. Dios prepara las circunstancias que acompañan todo lo que El dice, para probar si hemos recibido Su mensaje debidamente. El sol es la señal evidente del amor del Señor. La cruz establece una separación no sólo entre el que es salvo y el que perece, sino también entre los creyentes que vencen y los que son derrotados. La aridez espiritual es el resultado de haber luchado con Dios y haberle vencido por el deseo que uno tiene de ganar. La señorita Barber dijo en cierta ocasión que el Señor partirá todo pan que esté en Sus manos. Muchas veces nos ponemos en las manos del Señor, y al mismo tiempo pedimos en nuestro interior: “Por favor no me partas”.

¿Por qué los que están en pedregales brotan tan pronto y se secan tan rápidamente? En primer lugar, porque no tienen “profundidad de tierra” (v. 5). Aquel que se encierra en sus circunstancias o en sus emociones carece de profundidad de tierra. Los que tienen raíces profundas viven por encima de sus circunstancias, no dependen de sus sentimientos y viven en el Señor. Dios los sostiene y les da la provisión y el poder que sobrepasa las circunstancias. En segundo lugar, no tienen raíz. Los que llevan una vida superficial son como el tallo de una planta, pero los que tienen una vida interior son como la raíz. Las raíces evidencian una vida escondida y secreta. El Señor dice que cerremos la puerta de nuestro aposento y oremos en secreto (Mt. 6:6). Dios *nos verá*, no dice que *nos oirá* en secreto. La vida que se expresa delante de los hombres está llena de peligros. La vida que se expresa delante de Dios es la más segura. Los que reciben la disciplina de Dios en secreto y tienen raíces profundas vencen todas las aflicciones y persecuciones. Tercero, hay rocas bajo la tierra. Por encima, todos los lugares tal vez parezcan iguales, pero debajo de la tierra en algunos hay rocas. (1) Las rocas son corazones endurecidos (He. 3:15). Si deseamos oír la Palabra del Señor, no podemos endurecer nuestros corazones ni tener prejuicios. Los que todavía tienen el yo oculto y no han sido quebrantados por el Señor, no tienen raíces hondas. (2) Las rocas son pecados escondidos. Si éstos no son eliminados, las raíces no pueden extenderse muy hondo. Solamente crecen quienes tiemblan ante la Palabra de Dios y son débiles como niños. El Señor tiene que aplastar todos los corazones endurecidos y los prejuicios. El puede cabalgar en un potro

que nadie ha montado antes, y puede enfrentarse a los que nunca antes le han obedecido.

Una vida con profundidad

Oseas 14:5-7 menciona el Líbano tres veces: (1) se le contrasta con el lirio, (2) se le compara con el olivo y (3) se le asemeja a la vid. Los cedros del Líbano son los árboles que tienen las raíces más profundas. Nosotros también debemos descender y echar raíces lo más hondo posible; debemos dirigir nuestro crecimiento a las profundidades.

El lirio es hermoso, pero crece en el desierto. Nosotros somos el lirio del valle, no del florero. El que cuida de nosotros no es el jardinero, sino Dios, y exclusivamente de El recibimos nuestra provisión, no de los hombres. La lluvia del cielo nos riega, y Dios mismo nos sostiene.

La belleza del olivo no se halla en sus flores sino en su fruto, pues éste contiene aceite. Por eso, nosotros debemos producir el fruto del Espíritu.

La flor de la vid es muy pequeña. Antes de ser notoria, se convierte en uva. Las flores de la vid no expresan belleza sino que llevan fruto.

Una vida escondida

En Cantar de cantares 4:12 se menciona un “huerto cerrado”. Es un huerto, no un parque, y está cerrado, no abierto. Dentro del huerto hay frutas y flores. Todo lo que tenemos debe estar dedicado exclusivamente al Señor. Esta es la razón por la cual debemos estar cerrados.

“Fuente cerrada, fuente sellada”. Algunas versiones usan la palabra *pozo* en vez de *fuelle*. Un pozo es hecho por el hombre, mientras que una fuente es natural. El pozo sirve al hombre, pero la fuente recibe de Dios. La finalidad del pozo es el hombre, mientras que la de la fuente es Dios. Aunque nuestra meta es el hombre y somos útiles al hombre, de todos modos estamos “cerrados”, y esperamos que el Señor nos abra y nos use. Aunque nuestra meta es Dios y sólo recibimos de El, estamos “sellados”. Debemos estar cerrados para Dios y para los hombres. Debemos permitir que la cruz haga una obra profunda en nosotros y ponga fin a nuestro yo para que tengamos una vida profunda. Debemos mantener una vida escondida delante de Dios.

(22 de enero, por la tarde)

LAS CONDICIONES PARA EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Lectura bíblica: 2 R. 4:1-6; Mt. 5:6; Lc. 1:53

Por qué no hay crecimiento

Los creyentes caen y no crecen delante de Dios porque: (1) No se conocen a sí mismos y (2) no conocen la plenitud del Señor. En la convención de Keswick, un hermano dijo que todos los fracasos de los creyentes se deben a estos dos problemas.

El requisito para crecer

El único requisito para obtener la bendición de Dios, el crecimiento espiritual o la experiencia de la plenitud del Señor es estar vacíos. Tenemos que reconocer que estamos llenos, y debemos vaciarnos constantemente de lo que tenemos. Solamente quienes tienen hambre serán colmados de bienes (Lc. 1:53). La gracia espiritual de Dios solamente es dada a los hambrientos.

La secuencia de la obra que el Espíritu Santo realiza en nosotros es la siguiente: primero, crea un deseo en nuestro corazón para que ya no estemos satisfechos con nuestra vida actual. Cuando estamos satisfechos empezamos a retroceder, pero cuando no estamos conformes, progresamos. El Espíritu Santo primero nos vacía y luego nos llena. Dios nos vacía a fin de poder llenarnos, lo cual es su meta. Para vaciarnos, el Espíritu Santo nos pone contra la pared y nos conduce a un punto crítico. El Espíritu Santo dispone todas las dificultades para producir en nosotros una búsqueda profunda. La victoria que se obtuvo en Jericó no se puede aplicar para la batalla en Hai. No podemos aplicar la gran victoria que obtuvimos ayer ni siquiera a la más pequeña batalla de hoy. Las experiencias pasadas no pueden suplir la necesidad presente. Dios nunca nos pide que comamos el maná de ayer. ¡Gracias a Dios que tenemos crisis! Dios crea estas crisis en nuestras vidas por medio del Espíritu Santo. Nos permite fracasar cuando enfrentamos las crisis actuales con las experiencias pasadas, pues los fracasos producen una necesidad y un renovado deseo en nosotros. La fe nunca reproduce cosas del pasado. No podemos imitar las obras de fe de los creyentes del pasado; sólo podemos imitar su fe. Puesto que los discípulos vieron al Señor alimentar a los cinco mil con los cinco panes, y a los cuatro mil con los siete panes, deberían haber sabido que El podía alimentarlos aun si no hubiera ni un solo pan. Ellos no conocían al Señor de una manera profunda. Por eso dijeron: "Es porque no trajimos pan" (Mt. 16:7). Dios prepara las circunstancias para que podamos conocerlo más, nos podamos conocer más a nosotros mismos y podamos estar conscientes de la vanidad del yo, y nos permite fracasar para que veamos nuestro vacío y nuestra incapacidad. Dios ya anuló nuestra persona en la cruz.

La manera de ser llenos

En 2 Reyes 4:1-6 dice: “Una mujer, de las mujeres de los hijos de los profetas, clamó a Eliseo, diciendo: Tu siervo mi marido ha muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso de Jehová; y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos. Y Eliseo le dijo: ¿Qué te haré yo? Declárame qué tienes en casa. Y ella dijo: Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite. El le dijo: Vé y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas. Entra luego, y enciértrate tú y tus hijos; y echa en todas las vasijas, y cuando una esté llena, ponla aparte. Y se fue la mujer, y cerró la puerta encerrándose ella y sus hijos; y ellos le traían las vasijas, y ella echaba del aceite. Cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo: Tráeme aún otras vasijas. Y él dijo: No hay más vasijas. Entonces cesó el aceite”.

1. Vasijas vacías

La mujer había quedado endeudada debido a la pobreza en que la había dejado su marido. Lo único que tenía era una vasija de aceite, el cual era un ingrediente básico. Fue esta vasija de aceite la que le permitió pagar sus deudas y proveer para su subsistencia. Ella necesitaba vasijas vacías, y no pocas. Eliseo le dijo a la mujer que consiguiera vasijas vacías. Por causa de Adán nosotros nos empobrecimos. Pero alabado sea el Señor porque tenemos al Espíritu Santo. Lo que no tenemos es espacios que el Espíritu pueda llenar. No es que no podamos ser llenos, sino que carecemos de espacios vacíos en los que el Espíritu Santo pueda entrar. El Espíritu Santo solamente llenará espacios que estén vacíos. Para progresar espiritualmente debemos vaciarnos constantemente, a fin de ser llenos. No es posible vaciarse de una sola vez y luego ser lleno para siempre. Es necesario vaciarse continuamente para ser lleno de nuevo.

2. A puerta cerrada

Uno tiene que relacionarse con el Espíritu Santo a solas, en un lugar secreto. Debemos dejar la carne afuera y encerrarnos con el Espíritu Santo. Cada vez que uno se enfrenta con problemas, tiene que ir al lugar secreto y presentar el asunto al Espíritu Santo. Cuando nos comunicamos con el Espíritu, nuestros problemas se resuelven.

3. El aceite cesa cuando no hay más vasijas vacías

El aceite cesó porque no había más vasijas vacías. Cuando ya no hay ningún vacío, el fluir cesa. Si el vacío es ilimitado, será lleno ilimitadamente. Esaú fue la primera persona que satisfizo su propio ser. Al final se volvió una persona vacía. Debemos verternos constantemente, y no una sola vez, para así ser continuamente llenos. Tenemos la responsabilidad de mantenernos vacíos, y el Espíritu Santo tiene la responsabilidad de llenarnos.

(23 de enero, por la mañana)

LA ORACION QUE COOPERA CON DIOS

Lectura bíblica: Is. 62:6; Ez. 36:37; Flm. 14

El principio fundamental de la obra de Dios

Dios actúa dentro de ciertos límites y según ciertos principios. El no hace las cosas por casualidad ni al azar. El prefiere no actuar que hacer algo contrario a Sus principios. Si nosotros queremos recibir Sus bendiciones, tenemos que reunir las condiciones para que El nos bendiga.

Dios está por encima de todo principio y de todo precepto; sin embargo, se complace en sentar principios con respecto a Su obra, de tal manera que El y el hombre se sujeten a principios preestablecidos. Los principios de Dios son Su voluntad.

Dios nunca actúa solo. Siempre pone Su deseo en el corazón de sus hijos para que ellos oren por dicho deseo. El señor Evan Roberts dijo que la secuencia de toda acción de Dios es la siguiente:

- (1) Dios tiene un deseo.
- (2) El pone este deseo en los corazones de sus hijos por medio del Espíritu Santo.
- (3) Los hijos de Dios le presentan este deseo en oración.
- (4) Dios cumple Su deseo.

Todo tiene su origen en el deseo de Dios. El pone este deseo en los corazones de Sus hijos por medio del Espíritu Santo para que ellos conozcan dicho deseo. Entonces los hijos le devuelven a Dios este deseo en oración. En consecuencia, El lleva a cabo Su deseo.

Ezequiel 36:37 dice: “Así ha dicho Jehová el Señor: Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto; multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños”.

(1) Dios ordenó que la casa de Israel se multiplicara. El tomó esta decisión, y la cumplirá. Este es tanto el primer punto como el cuarto de la lista que citamos.

(2) Pero la casa de Israel todavía tiene que solicitarlo a Dios. Aunque Dios ya había decidido incrementar el número de los hijos de Israel, sólo lo cumpliría cuando la casa de Israel lo solicitase. Este es el principio sobre el cual Dios obra. El tiene Su voluntad, pero no procede hasta que Sus hijos se lo soliciten. Dios no detiene ninguna de Sus obras, sino que espera hasta que Sus hijos se lo pidan. El está dispuesto a someterse a la autoridad de las oraciones de Sus hijos y a ser

limitado por ellas. Si Sus hijos no oran, El no hace nada. Por más de dos mil quinientos años, Dios no ha incrementado el número de la casa de Israel, porque nadie se lo ha solicitado.

Isaías 62:6 dice: “Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jehová, no reposéis”.

(1) Dios mandó que Jerusalén fuese alabanza en la tierra. Este es el deseo de Dios.

(2) Para esto El puso guardas que clamen e El y les pide que no callen ni reposen. Debemos orar continuamente y sin descanso hasta que Dios efectúe lo que ordenó, pues el cumplimiento de Su voluntad depende de nuestra oración.

Leemos en Filemón 14: “Pero nada quise hacer sin tu consentimiento, para que tu bondad no fuese como de necesidad, sino voluntaria”.

Pablo representa a Dios, y Filemón nos representa a nosotros. El no quería hacer nada sin el consentimiento de Filemón. Del mismo modo, Dios no hará nada sin nuestro consentimiento. Su voluntad es limitada por nosotros.

La oración es los rieles por los cuales se desliza la voluntad de Dios

El señor Gordon Watts dijo una vez que la voluntad de Dios es como una locomotora y que nuestras oraciones son los rieles. La locomotora es poderosa, pero no puede moverse sin los rieles. Asimismo la voluntad de Dios es poderosa, pero necesita los rieles de nuestra oración para cumplirse. Dios no actúa solo; tiene que esperar hasta que la voluntad de Sus hijos concuerde con la Suya antes de proceder. Hay tres voluntades en el universo: la de Dios, la del hombre y la de Satanás. Dios no elimina la voluntad de Satanás, sino que desea que el hombre se una a Su voluntad para quitar de en medio la voluntad de Satanás. La oración espiritual expresa la voluntad de Dios. ¡Cuán inútil es una oración que sólo exprese la voluntad propia! Nuestra oración no puede cambiar la voluntad de Dios; sólo la expresa. Dios inicia todas las cosas; nosotros simplemente somos el canal por cual Su voluntad puede fluir. Dios ordena, y nosotros obedecemos. El inicia, y nosotros corroboramos Su deseo con nuestra oración. No podemos forzar a Dios a hacer lo que El no desea. Cuando nuestra oración se circunscribe a la voluntad de Dios, El actúa. Todo avivamiento es fruto de la oración. Nuestra oración no puede cambiar la voluntad de Dios; sólo puede expresarla. Nadie puede dirigir la voluntad de Dios ni hacer que El haga lo que no desea; sin embargo, lo que El quiere hacer puede ser limitado por la oración del hombre. Aunque Dios había profetizado los eventos de Pentecostés en el libro de Joel, era necesario que ciento veinte personas oraran para que El pudiera cumplir aquello. Dios llega hasta donde lleguen nuestras oraciones. Por consiguiente, cuanto más minuciosas sean nuestras oraciones, tanto más se cumplirá la voluntad de Dios, y menos cabida tendrán los engaños de Satanás. Debemos lanzar la red de la oración “con

toda oración y petición orando en todo tiempo” (Ef. 6:18), para que la voluntad de Dios prevalezca en todas las áreas, y así Satanás no hallará ninguna hendidura por donde infiltrarse. En nuestra oración debemos poner atención a tres cosas: (1) a quién oramos, (2) por quién oramos y (3) contra quién oramos. Todas nuestras oraciones deben cumplir la voluntad de Dios, beneficiar al hombre e infligir pérdidas a Satanás.

(23 de Enero, por la tarde)

Capitulo dos

EL CENTRO DE DIOS 0 SU CENTRALIDAD Y UNIVERSALIDAD

(Bosquejos de siete mensajes)

Lectura bíblica: Col. 3:11; 1:18; 2:2; 2 Co. 4:5

LA IMPORTANCIA DEL CENTRO

¿Para qué fueron creadas todas las cosas? ¿Para qué existen los ángeles? ¿Para qué existen los seres humanos? ¿Creó Dios todas estas cosas sin ningún propósito o son parte de Su plan?

¿Por qué escogió Dios al hombre, comisionó a los profetas, envió al Salvador, nos dio el Espíritu Santo, estableció la iglesia y Su reino? ¿Por qué desea Dios esparcir el evangelio hasta las partes más remotas de la tierra y predicar la salvación? ¿Por qué tenemos que salvar a los pecadores y edificar a los creyentes?

Algunos piensan que el punto central es el bautismo, hablar en lenguas, guardar el sábado u otras cosas. Pero, ¿qué es lo central para Dios?

La obra de Dios tiene una meta. ¿Cuál es la meta de nuestra obra? Debemos tener una meta en nuestra visión y en nuestra obra. Si no vemos lo que es central para Dios, nuestra labor no tendrá ninguna meta.

Las verdades de Dios son sistemáticas y están interrelacionadas. Las verdades de Dios tienen un centro, y todo lo demás es secundario.

Algunos han determinado el centro de sus obras basándose en sus propias inclinaciones y en la necesidad que ven a su alrededor. Pero nuestro centro debe coincidir con la predestinación de Dios y con lo que El necesita.

¿Qué es lo central para Dios? ¿Cuál es la verdad subyacente en las cosas de Dios? ¿Cuál es el delineamiento de dicha verdad? ¿Quién es el Señor Jesús? Todos decimos que El es nuestro Salvador, pero muy pocos pueden decir como Pedro que El es el Cristo de Dios.

El centro de la verdad de Dios es Cristo. El centro de Dios es Cristo. "El misterio de Dios, es decir, Cristo" (Col. 2:2). Este misterio está escondido en el corazón de Dios. El nunca le dijo a nadie por qué creó todas las cosas ni por qué creó al hombre. Por eso, era un misterio. Más tarde, reveló este misterio a Pablo y le comisionó que lo declarara. Este misterio es Cristo.

El Señor Jesús es el Hijo de Dios y también el Cristo de Dios. Cuando el Señor nació, un ángel le dijo a María que Jesús era el Hijo de Dios (Lc. 1:35), y los ángeles les dijeron a los pastores que El era Cristo el Señor (Lc. 2:11). Pedro lo conoció como el Cristo y como el Hijo de Dios (Mt. 16:16). Cuando el Señor resucitó fue designado Hijo de Dios (Ro. 1:4). Por medio de la resurrección, Dios también lo hizo Señor y Cristo (Hch. 2:36), y el hombre recibe vida al creer que Jesús es el Cristo y el Hijo de Dios (Jn. 20:31). En cuanto a Su persona, el Señor es el Hijo de Dios. En el plan de Dios, con relación a Su obra, Jesús fue ungido por Dios y, por ende, es el Cristo de Dios. El es el Hijo de Dios desde la eternidad y lo será por la eternidad, pero es Cristo desde el comienzo del plan de Dios. La meta de Dios es que Su Hijo tenga la preeminencia en todo (Col. 1:18). El plan de Dios se centra en Cristo. "Cristo es el todo, y en todos" (Col. 3:11).

Dios hizo todas las cosas y creó al hombre para que expresara la gloria de Cristo. En esta era los creyentes expresan al Señor sólo parcialmente. En el futuro toda la creación expresará a Cristo, y todo el universo se llenará de Cristo. Dios creó todas las cosas para que expresaran a Cristo. El creó al hombre para que fuera como Su Hijo, con la vida y la gloria de El, a fin de que el Hijo unigénito llegase a ser el Primogénito entre muchos hermanos. El creó y redimió al hombre para Cristo. El propósito de la redención era alcanzar la meta con la cual Dios creó al hombre. Cristo es el Novio, y nosotros somos los amigos del Novio. El es la piedra angular, y nosotros somos millones de piedras. Dios nos creó para satisfacer el deseo de Cristo. Estamos agradecidos por haber visto la relación que existe entre Cristo y nosotros, y entre Dios y Cristo. El centro de Dios es Cristo. Su meta se centra en El y tiene dos fines: (1) que todas las cosas expresen la gloria de Cristo y (2) que el hombre sea como Cristo, con la vida y la gloria de El.

(24 de enero por la mañana)

Lecturas bíblicas:

El primer grupo de pasajes: el plan de Dios: Ef. 3:9-11 ("propósito" puede traducirse "plan"); 1:8-11 ("voluntad" también puede traducirse "plan"); Ap. 4:11 ("voluntad" puede traducirse "beneplácito"); 1 Co. 8:6; Ro. 11:36

El segundo grupo: el plan de Dios de entregar todas las cosas a Cristo: Ef. 4:10; Jn. 3:35; 13:3; 16:15; 17:7; He. 1:2

El tercer grupo: Cristo, por quien todas las cosas fueron creadas: He. 1:2b, 3b; Jn. 1:1-3, 10; Col. 1:16-17; 1 Co. 8:6b

El cuarto grupo: Cristo crea al hombre: 1 Co. 11:3; Gá. 4:4-7; Ro. 8:28b-30 ("Propósito" se puede traducir "plan"); 1 P. 2:2a; 1 Co. 1:9; He. 2:5-10; 1 Co. 3:21-23

El quinto grupo: la eternidad, después de la redención: Fil. 2:9-11; Ap. 4:11; 5:12-14; 1 Jn. 3:2

El sexto grupo: lo que Dios dispuso antes de la fundación del mundo: Jn. 17:24; Ef. 1:4-5; Tit. 1:2; 2 Ti. 1:9-10; 1 P. 1:20

El séptimo grupo: lo que Dios dispuso desde la fundación del mundo: Mt. 25:34; He. 4:3; 9:26; Ap. 13:8; 17:8

I. CRISTO ANTES DE LA FUNDACION DEL MUNDO

Cristo tiene la preeminencia en el plan de Dios

Dios tenía un plan antes de la fundación del mundo, que consistía en reunir todas las cosas en los cielos y en la tierra bajo Cristo y en El. Este plan se basa en Su beneplácito. Dios es la causa primera; todo es de El y por El. Esto es lo que indica el primer grupo de versículos.

En la eternidad pasada, Dios determinó que habría una casa y que la segunda persona de la Deidad, el Hijo, gobernaría sobre ella. El entregó todas las cosas al Hijo, y éste lo heredó todo; todo es Suyo, existe por medio de El y para El. El Padre planea; el Hijo hereda lo planeado; y el Espíritu lleva a cabo dicho plan. Desde la eternidad pasada el Padre ha amado al Hijo; el Hijo es el Amado del Padre, pues Dios lo amó desde la eternidad pasada. Cuando el Hijo vino a la tierra, el Padre declaró: “Este es Mi Hijo, el Amado” (Mt. 3:17). El Padre ama al Hijo y le dio todas las cosas. El Señor, antes de morir, sabía “que el Padre le había dado todo en las manos” (Jn. 13:3). Cuando resucitó y ascendió, lo hizo para “llenarlo todo” (Ef. 4:10). Este es el significado que nos comunica el segundo grupo de versículos.

II. CRISTO EN LA CREACION

Cristo tiene la preeminencia en todas las cosas y en la creación del hombre

Después de que el Padre hizo un plan, el Hijo creó. El Padre planeó la creación según Su propia voluntad; El Hijo estuvo de acuerdo con ello y creó; y el poder del Espíritu lo llevó a cabo. El Hijo fue quien creó todas las cosas. En la creación, el Hijo es el Primogénito de toda creación (Col. 1:15) y el comienzo mismo de la creación (Ap. 3:14). Según el plan eterno, Dios ordenó antes de la fundación del mundo que el Hijo se hiciera carne y efectuara la redención (1 P. 1:20). Dentro del plan de Dios, el Hijo fue el primero de la creación; por consiguiente, El es la Cabeza de toda la creación. Dios planeó, y el Hijo creó. La creación fue completada para el Hijo. Dios creó todas las cosas para satisfacer el corazón del Hijo. ¡Oh, cuán grandioso es El Señor! ¡El es el Alfa y la Omega! Es el Alfa porque

todas las cosas son Suyas, y es la Omega porque todas las cosas son para El. Este es el contenido del tercer grupo de versículos.

Dios creó al hombre para que fuese como Cristo y tuviese Su vida y Su gloria. Dios se expresa por medio de Cristo, y Cristo se expresa por medio del hombre. Dios nos llamó a participar de Su Hijo, para que lleguemos a ser como Su Hijo y para que éste sea el Primogénito entre muchos hermanos. Desde la eternidad hasta la resurrección, el Señor fue el Unigénito. Cuando resucitó, llegó a ser el Primogénito. Por eso, después de la resurrección, dijo: “Vé a mis *hermanos*, y díles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios” (Jn. 20:17). Los muchos hijos vienen a serlo en el Primogénito. Dios hizo que el Unigénito muriera para producir muchos hijos. El no solamente nos hizo hijos y nos dio la vida del Hijo, sino que también nos hizo herederos junto con El. Por un breve lapso El Hijo se hizo hombre, o sea, inferior a los ángeles. Después recibió honor, gloria y Su corona, y llevó muchos hijos a la gloria. La razón por la cual Dios creó al hombre fue que éste tuviera la vida de Su Hijo y entrara en la gloria con el Hijo, para que así satisficiera el corazón de Su Hijo. Damos gracias a Dios porque nos creó y nos redimió a fin de traer satisfacción al corazón de Cristo.

(25 de enero, por la mañana)

Dios predestinó al hombre para que fuese conformado a la imagen de Su Hijo. (Nos predestinó según Su previo conocimiento. La predestinación se relaciona con nuestro destino. La elección se relaciona con nosotros mismos como seres humanos. Su predestinación se relaciona con la eternidad, y Su llamado, con esta era). Dios desea que seamos conformados a la imagen de Su Hijo, lo cual significa que El es el molde, en el que nos hace los muchos hijos, y así Cristo viene a ser el Primogénito entre muchos hermanos. Dios no sólo desea que tengamos la vida de Su Hijo, sino también la gloria de El (Ro. 8:29-30). Dios desea que Su Hijo lleve muchos hijos a la gloria. El Hijo de Dios es el “que santifica”, y nosotros somos los que somos “santificados”. El y nosotros somos de un mismo Padre. Por lo tanto, El no se avergüenza de llamarnos hermanos (He. 2:11). Cristo, al estar en nosotros, nos hace hijos de Dios, y en el futuro nos guiará a la gloria. Por lo tanto, El es la esperanza de gloria en nosotros (Col. 1:27). Ahora somos los hijos de Dios, y un día seremos glorificados con Cristo (Ro. 8:16-17). Dios desea impartir la vida de Su Hijo en muchas personas, haciéndolas Sus muchos hijos a fin de que El sea el Primogénito entre muchos hermanos y tenga el primer lugar en todas las cosas.

El Cristo individual es diferente al Cristo corporativo. En 1 Corintios 12:12 se habla del Cristo corporativo, quien consta del Cristo individual y de la iglesia. *El Cristo* es la iglesia. Cuando nacimos, éramos Adán. Hoy, debido a que tenemos la vida de Cristo, somos Cristo. Adán fue el primer hombre, y Cristo es el segundo hombre y también el postrero (1 Co. 15:47, 45). Antes de la muerte y resurrección de Cristo, solamente había un Cristo, el Cristo individual. Después de Su muerte y resurrección El depositó Su vida en muchas personas y llegó a ser el Cristo corporativo. Lo anterior y el mensaje que precede, constituyen el contenido del cuarto grupo de versículos.

El plan de Dios se originó *antes* de la fundación del mundo. En ese entonces Dios ya amaba al Hijo (Jn. 17:24) y lo predestinó para que fuese el Cristo (1 P. 1:19-20). Más adelante nos escogió a nosotros para que fuéramos Sus hijos (Ef. 1:4-5). (En lo pertinente a la elección, Dios escoge a algunos hombres, mientras que en la predestinación hace un llamado a la filiación.) En la eternidad pasada Dios nos dio gracia (2 Ti. 1:9-11) y nos predestinó para que participásemos de Su vida, no de Su persona (Tit. 1:2). Dios sabía que Satanás se rebelaría y rompería la armonía entre Dios y la creación. Sabía de antemano que el hombre fracasaría y se volvería pecador. Consecuentemente, antes de la fundación del mundo, Dios tuvo una conversación con Su Hijo y lo envió a morir en la cruz para reconciliar todas las cosas con Su Hijo, para redimir al hombre caído y para ponerle fin a Satanás, quien se había rebelado. Este es el significado del sexto grupo de versículos.

Dios cumplió Su plan *desde* la fundación del mundo. El Señor fue inmolado desde la fundación del mundo (Ap. 13:8). Nuestros nombres fueron escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo (Ap. 13:8). (Fuimos elegidos *antes* de la fundación del mundo.) La creación fue culminada desde la fundación del mundo (He. 4:3). Su reino eterno fue preparado desde la fundación del mundo (Mt. 25:34). Este es el contenido del séptimo grupo de versículos.

III. CRISTO EN LA ETERNIDAD

Cristo tiene la preeminencia en la eternidad

Después de la muerte y resurrección del Señor, Dios “le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese públicamente que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:9-11). Dios le hizo Señor y Cristo (Hch. 2:36) y sometió todas las cosas bajo Sus pies (Ef. 1:20-22). En Apocalipsis 4 y 5 se nos muestra la escena de la ascensión del Señor después de Su resurrección, en la cual El recibe gloria y alabanza. El capítulo cuatro nos muestra la alabanza que ofrecen todas las criaturas. El capítulo cinco presenta la alabanza elevada por la redención. Dios desea poner al enemigo bajo los pies del Señor (Mt. 22:44). Para que esto se lleve a cabo, la iglesia hoy día tiene una gran responsabilidad. Dios espera que la iglesia realice esta obra.

Desde que el hombre cayó, al rebelarse Adán, todas las cosas quedaron sujetas a vanidad. Esto significa que la meta original y el rumbo se había perdido. En la actualidad todas las cosas están sujetas a vanidad y anhelan que se manifiesten los hijos de Dios. En este período de espera, toda la creación está bajo la esclavitud de corrupción. Vemos esto en la atenuación gradual de la luz solar y en la rapidez con que se marchita la vida vegetal. No obstante, todas las cosas creadas tienen la esperanza de que un día serán libertadas de la esclavitud de corrupción. Con esta esperanza, toda la creación gime con dolores de parto.

Cuando los hijos de Dios entren a la libertad de la gloria, todas las cosas entrarán en esa libertad. Pero hoy día podemos gustar con antelación el poder de la era venidera. (La iglesia es el anticipo del poder de la era venidera, mientras que el reino es el anticipo del poder de la eternidad). Un día nuestros cuerpos serán redimidos, recibiremos la plena filiación y entraremos en la libertad de la gloria (Ro. 8:19-23).

Cuando el Señor se manifieste, seremos semejantes a El (1 Jn. 3:2). Por una parte, somos Sus hijos y tenemos Su vida y naturaleza, y por otra, heredamos lo que El nos lega en gloria (1 P. 1:3-4).

En Apocalipsis 21 y 22 se presenta un cuadro de la eternidad, no del milenio. Estos dos capítulos hablan de cuatro entidades cruciales: (1) Dios, (2) el Cordero, (3) la ciudad: la ciudad física con sus ciudadanos, a quienes Dios predestinó desde antes de la fundación del mundo y a quienes adquirió, o sea, los sedientos que se mencionan en Apocalipsis 7, y (4) las naciones. Dios y el Cordero son el centro de la ciudad. En Apocalipsis 21:9-22 se habla de la ciudad, y en el versículo 23 se menciona el centro de la ciudad. La gloria de Dios es la luz, y el Cordero es la lámpara. La luz es emitida por la lámpara, lo cual indica que Dios se revela en el Cordero. El centro de la nueva creación es la Nueva Jerusalén, y el centro de la Nueva Jerusalén es Dios y el Cordero, y se compone de los hijos de Dios. La gloriosa luz de Dios es el Cordero. La lámpara ilumina la ciudad, y la ciudad, a su vez, resplandece sobre las naciones. En la ciudad hay una sola calle y un solo río; así que uno no se pierde. La calle desciende en espiral, y el río corre por en medio de la calle y fluye junto con ella. Tanto la calle como el río proceden del trono de Dios y del Cordero. Así que, Dios y el Cordero son el centro.

Cuando todas las cosas hayan sido sometidas al Señor, El se sujetará voluntariamente a Dios (1 Co. 15:28). Esto es lo que presenta el quinto grupo de versículos.

Por consiguiente, vemos que desde la eternidad y hasta la eternidad, todas las cosas que Dios hizo, las hizo para Su Hijo, a fin de que El tenga la preeminencia en todas las cosas. La meta de Dios es que Su Hijo reine sobre todas las cosas.

(26 de enero, por la mañana)

IV. CRISTO EN LA REDENCION

Cristo tiene la preeminencia en la redención

Hace pocos días hablamos de que “Cristo es el todo, y en todos”. Dios planeó antes de la fundación del mundo “tener el primer lugar en todas las cosas”. Veamos como la redención de Cristo lleva a cabo el plan de Dios.

El plan de Dios tiene una meta con dos aspectos: (1) Tener todas las cosas que expresen la gloria de Cristo, para que El tenga la preeminencia en todas las cosas, y (2) hacer que el hombre sea conformado a Cristo, y que tenga Su vida y Su gloria.

Colosenses 1 expresa las siguientes dos cosas: (1) Cristo tiene la preeminencia en todas las cosas, y (2) Cristo es la Cabeza de la iglesia.

Efesios 1 tiene estas dos afirmaciones: (1) Cristo es Cabeza sobre todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra, y (2) la iglesia es Su herencia.

Apocalipsis 4 y 5 también contiene dos aseveraciones: (1) El capítulo cuatro habla de la creación, y (2) el capítulo cinco, de la redención.

Dios creó todo lo que existe para llevar a cabo Su plan. Cuando creó las cosas y al hombre, tenía como meta que todo expresara a Cristo, y que el hombre fuera conformado a Cristo, con Su vida y Su gloria. Sin embargo, Satanás se rebeló y trató de impedir esto, haciendo que todas las cosas se salieran de su cauce y haciendo caer al hombre. Por tanto, Dios tuvo que efectuar la redención para cumplir la meta que se había propuesto con la creación. Como resultado, la redención que Cristo efectuó debe: (1) reconciliar todas las cosas con Dios, y (2) redimir a la humanidad caída impartiendo Su vida en ellos. Para resolver este problema, la redención también debe: (3) castigar la rebelión de Satanás, y (4) quitar el pecado del hombre.

La redención que Cristo realizó resolvió estos cuatro asuntos y así cumplió la meta de Dios: (1) reconcilió todas las cosas con Dios, y (2) depositó Su vida en el hombre. También solucionó el problema que se le había presentado a Dios: (3) quitó de en medio al rebelde Satanás, y (4) quitó el pecado del hombre. Dos de estos aspectos son positivos, y dos son negativos.

La redención cumple las dos metas de Dios

Antes de la fundación del mundo, el Padre tuvo una conferencia con Su Hijo, en la cual le pidió a Su Hijo que se hiciera hombre para efectuar la redención. Esta no era un remedio provisional que Dios hubiera tenido que llevar a cabo en ese momento, sino un plan preparado con antelación según Su predestinación. Cristo no vino al mundo para ser un hombre a la imagen de Adán; por el contrario, Adán fue creado a la imagen de Cristo. Génesis 1:26 expresa el plan de Dios, y 1:27 presenta la manera en que lo ejecuta. El versículo 26 dice: "Hagamos" ese plan, mientras que el versículo 27 dice que Dios creó a "Su" (singular) imagen. El versículo 26 habla del plan formulado en la conferencia de la Deidad, mientras que el versículo 27 describe la creación del hombre a la imagen del Hijo. Adán fue creado a la imagen de Cristo y, por ende, tipifica a Cristo (Ro. 5:14). La venida de Cristo al mundo no fue un remedio temporal, pues ya hacía parte del plan de Dios. Cristo fue ungido antes de la fundación del mundo. El es el hombre universal. El no está limitado por el tiempo ni el espacio; es el Ungido desde antes de la

fundación del mundo. También es el Cristo que llena el universo. Belén y Judea son universales. Cristo no solamente nació en Belén y fue bautizado en el río Jordán; el universo también nació y fue bautizado allí. El Cristo de los evangelios se debe considerar el Cristo universal.

El primer aspecto de la redención es la encarnación de Cristo. Cristo se encarnó como hombre al bajar de la posición de Creador a la posición de criatura. El tuvo que tomar un cuerpo creado a fin de poder morir por el hombre y por todas las cosas. Primero tiene que estar en Belén y después en el Gólgota. Debe estar el pesebre antes de poder ir a la cruz.

(1) La redención que Cristo efectuó reconcilió todas las cosas con Dios. Todas las cosas fueron creadas en Cristo (Col. 1:16). Cuando Dios mira a Cristo, ve todas las cosas, pues para El todas las cosas se hallan en Cristo, de la misma manera que Leví pagó diezmos estando en los lomos de Abraham (He. 7:9-10). Cristo gustó la muerte por todas las cosas (He. 2:9). En la cruz El reconcilió todas las cosas con Dios (Col. 1:20). La extensión de la redención de Cristo no solamente llega al hombre sino también a todas las cosas. Puesto que las cosas no pecaron, no necesitan redención. El problema entre las cosas y Dios es que no están reconciliadas, y por eso solamente necesitan reconciliación.

(2) La redención proporciona al hombre la vida de Cristo. La redención no solamente reconcilia todas las cosas con Dios, sino que también hace que el hombre tenga vida y sea como El. Por la redención Cristo libera Su vida. Cuando El estuvo en la tierra, Su vida divina estaba restringida y confinada a Su carne. Mientras estaba en Jerusalén, no podía estar en Galilea. La muerte de Cristo hizo que esta vida confinada fuese liberada.

“El grano de trigo” al que alude Juan 12:24 es el Hijo unigénito de Dios. La vida de este grano de trigo estaba confinada en su cáscara. Si un grano no cae en la tierra y muere, seguirá siendo un grano. Si el muere, y su cáscara se parte, la vida que contiene se libera y produce de esta manera muchos granos. Todos estos granos serán idénticos al primer grano. También podemos decir que todos los granos están en ese grano inicial. Cristo murió para producirnos a nosotros. Antes de Su muerte El era el Hijo unigénito, y después de Su resurrección llegó a ser el Primogénito entre muchos hijos. La resurrección de Cristo nos regenera para que obtengamos Su vida.

“El fuego” mencionado en Lucas 12:49 es la vida de Cristo. Cuando Cristo estaba en la tierra, Su vida estaba confinada en esa cáscara. Por medio de Su bautismo—Su muerte en la cruz— esa vida fue liberada y cayó sobre la tierra. Después de caer en la tierra, se encendió. Esto causó división en la tierra. ¡La muerte de Cristo es la grandiosa liberación de Su vida! Como resultado de Su muerte, se nos impartió Su vida.

**La redención le soluciona
dos problemas a Dios**

Lo anterior muestra que la redención de Cristo lleva a cabo las dos metas de Dios. Veamos cómo la redención de Cristo le soluciona dos problemas a Dios.

(1) La redención de Cristo pone fin a Satanás, quien se había rebelado. Lo que vence a Satanás no es la cruz sino la sangre. Satanás sabía que si inyectaba su veneno en la primera pareja, este veneno se diseminaría a todos sus descendientes. Satanás cometió fornicación espiritual con nuestros antepasados y depositó el veneno pecaminoso de la mentira en sus almas. La vida del alma está en la sangre. Por eso la vida del hombre se transmite por la sangre (Hch. 17:26). Por lo tanto, el veneno pecaminoso inyectado en esta primera pareja nos fue transmitido por medio de la sangre.

La sangre de Cristo no tiene veneno; es preciosa e incorruptible. El llevó sobre Sí los pecados de muchos en la cruz, donde murió y vertió toda Su sangre. Cuando resucitó no tenía sangre, aunque sí tenía huesos y carne. “El derramó Su vida [o Su alma] hasta la muerte” (Is. 53:12). En Cristo nuestra sangre fue derramada por completo; de modo que Satanás no tiene terreno para actuar en nosotros. La sangre de Cristo destruyó y puso fin a Satanás y a todo lo que se relaciona con él.

(2) La redención de Cristo quitó los pecados del hombre. Nuestros pecados requieren la muerte de Cristo. Cuando Cristo murió como nuestro sustituto, eliminó ante Dios la lista completa de nuestros pecados, y cuando murió como nuestro representante, como la Cabeza, nos libró de nuestros pecados.

La muerte de Cristo cumplió las dos metas de Dios y resolvió los dos problemas que mencionamos. Esta es la victoria de Cristo y ya se obtuvo. Dios nos ha dejado en la tierra para que mantengamos esta victoria y la prediquemos a toda criatura (Col. 1:23). El bautismo y el partimiento del pan exhiben la victoria de la muerte de Cristo a los ángeles, al diablo, a las naciones y a todas las cosas.

Las metas de la redención

Las metas que Dios tiene en la redención son que seamos el pueblo especial de Dios (Tit. 2:14), que seamos un sacrificio vivo (Ro. 12:1), que vivamos para El y muramos para El (Ro. 14:7-9), que seamos el templo del Espíritu Santo que glorifica a Dios (1 Co. 6:19-20), que vivamos para El (2 Co. 5:15) y que Cristo sea magnificado en nuestro cuerpo, o por vida o por muerte, ya que para nosotros el vivir es Cristo (Fil. 1:20-21).

La meta de la redención es darle a Cristo el primer lugar en todas las cosas, y para que esto suceda, El debe tener la preeminencia en nosotros. Nosotros somos las primicias de todas las cosas. Primero nosotros debemos sujetarnos a Cristo, luego, todas las cosas se sujetarán a El. La cruz hace posible que Dios logre Su meta en nosotros y hace que El crezca y que nosotros mengüemos. La cruz encontrará lugar para Cristo y hará que tenga el primer lugar. Dios actúa por medio de la cruz, la cual, a su vez, opera en nuestras circunstancias escarbando hasta lo más recóndito de nuestro ser, haciendo que conozcamos a Cristo y

seamos llenos de El, a fin de que El tenga la preeminencia en nosotros. La redención cumplió el plan que Dios se había propuesto antes de la fundación del mundo. Dicho plan le da la preeminencia en todas las cosas. Debemos olvidarnos de nuestros intereses personales y dedicarnos exclusivamente al cumplimiento del destino eterno de Dios, por el cual Cristo obtiene el primer lugar en todas las cosas. Cuando veamos al Mesías, tiraremos nuestro cántaro. ¡Cuando veamos al Cristo de Dios lo dejaremos todo!

(27 de enero, por la mañana)

CRISTO EN LA EXPERIENCIA Y LA VIDA CRISTIANAS

**Cristo tiene la preeminencia en la vida
y en la experiencia de los creyentes**

Cristo tiene la preeminencia en la vida cristiana

Lectura bíblica: 2 Co. 5:14-15; Gá. 2:20

La vida del creyente es Cristo (Col. 3:4). El hecho de que Cristo sea nuestra vida y que El sea nuestro poder son dos cosas diferentes. ¿Cómo podemos ser santos? ¿Cómo podemos tener la victoria?

(1) Muchos piensan que la santidad y la victoria equivalen a ser librados de los pecados insignificantes y dominar el mal genio.

(2) Algunos piensan que tener santidad y victoria significa ser paciente, humilde y manso.

(3) Otros piensan que ser santo y victorioso significa dar muerte al yo y a la carne.

(4) Otros piensan que la santidad y la victoria se obtienen estudiando más la Biblia, orando más, siendo más cuidadosos y confiando en el Señor para que nos dé fortaleza.

(5) Otros tienen la idea de que el poder está en el Señor, que nuestra carne fue crucificada, y que por fe, debemos reclamar el poder del Señor para vencer y ser santos.

Ninguno de los cinco casos mencionados es correcto. El quinto caso da la impresión de estar bien, pero en verdad no es así, por las siguientes razones:

Cristo es nuestra vida. ¡Esto es victoria! ¡Esto es santidad! Cristo es la vida victoriosa, la vida santa, la vida perfecta, todo ello. Cristo lo es todo de principio a

fin. Aparte de El no tenemos nada. El debe tener la preeminencia en todas las cosas. La vida victoriosa que Dios nos dio no es una cosa como la paciencia o la mansedumbre, sino que es el Cristo viviente. Cristo no remienda nuestras faltas. No carecemos de paciencia sino de vivir a Cristo. Cristo nunca corta un pedazo de Sí mismo para remendar nuestros agujeros. Carecer de paciencia en realidad es carecer de Cristo, porque Dios desea que Cristo tenga el primer lugar en todas las cosas. Por lo tanto, darle muerte al yo no es santidad. Cristo es la santidad. El debe tener la preeminencia en todas las cosas.

Si Dios quisiera que tuviéramos poder, sólo bastaría con hacernos personas poderosas, pero Cristo no tendría el primer lugar en nosotros. Cristo es mi poder, y por eso tiene la preeminencia en mí. Nosotros no obtenemos poder porque no somos lo suficientemente débiles. El poder de Cristo “se perfecciona en la debilidad”. No es el Señor que me *hace* poderoso; sino que el Señor es poderoso en mi lugar.

El hermano Hudson Taylor vio que: “Vosotros sois los pámpanos”. Por otro lado, el autor del libro *The Victorious Life* [La vida victoriosa] vio que la victoria es Cristo. No es que yo reciba el poder de Cristo para que me ayude a ser un hombre victorioso, sino que Cristo es el hombre victorioso *en mí*. No es que Cristo me dé la fuerza para ser paciente, sino que El expresa la paciencia en mí. “¡Señor, te permito que vivas Tu vida por mí!” Nosotros no vencemos para el Señor, sino que El vence por medio de nosotros. Por la fe me entrego al Señor y le permito que viva Su vida en mí. Ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí (Gá. 2:20). Yo vivo por la vida de Cristo y también por “la fe en el Hijo de Dios” (v. 20b). Cuando creemos y recibimos al Hijo de Dios, no solamente Su vida entra en nosotros, sino también Su fe. Por tanto, podemos vivir por Su fe.

¡Cristo es la victoria! ¡El es la paciencia! Lo que necesitamos no es paciencia, mansedumbre o amor, sino a Cristo. El debe tener la preeminencia en todas las cosas. Desde nuestro interior, Cristo manifiesta la paciencia, la mansedumbre y el amor. El hombre sólo merece morir. No merece ninguna otra cosa. Cuando Dios creó a Adán, tenía un deseo, y Adán debía obedecer ese deseo. Pero cuando Dios nos hizo de nuevo, el caso fue otro. Nos dio muerte a nosotros, y El vive Su deseo en nuestro interior. No debemos solamente ver al Salvador como nuestro sustituto, quien murió en el Gólgota; debemos ver al Señor que está en nosotros y que vive en nuestro lugar. Cristo es nuestra sabiduría. Primero El llegó a ser nuestra justicia, por la cual fuimos salvos. En el presente El es nuestra santificación, por la cual vivimos santamente. En el futuro El será nuestra redención, por la cual nuestro cuerpo será redimido (1 Co. 1:30). ¡El tiene el primer lugar en todas las cosas!

¿Cómo podemos entrar en esta vida victoriosa? Debemos hacer lo siguiente:

1. No confiamos en nosotros mismos

Debemos conocer el yo totalmente. Ya vimos que lo único que el yo merece es morir; cualquier esperanza en el yo tiene que llegar a su fin. Cuando nosotros llegamos a nuestro fin, Dios empieza a actuar. No podemos recibir la victoria de Cristo si todavía tenemos esperanzas en nosotros mismos. Cristo vive en nosotros, pero debemos darle la libertad de que gobierne y reine en nosotros.

2. Nos consagramos totalmente

Debemos consagrarnos con todo nuestro corazón. Si no vemos nuestra inmensa debilidad, no podemos aceptar la cruz ni consagrarnos por completo ni traspasar todos nuestros derechos a las manos del Señor para permitirle ser el Señor.

3. Creemos

Después de consagrarnos, tenemos que creer que Cristo vive por medio de nosotros y que ya le entregamos nuestros derechos.

Cristo vive en nuestra carne, de la misma manera que El vivió en la carne que obtuvo de María. Cristo desea vivir en la tierra por medio de nuestra carne como lo hizo en Su propia carne cuando estuvo en la tierra. Cristo tiene que expresar Su vida en nosotros. Nuestra victoria se basa en ceder a Cristo el primer lugar en todas las cosas y en permitirle que sea el Señor en nuestro vivir.

El Antiguo Testamento nos muestra cómo vivía el pueblo escogido de Dios en la tierra. Al principio, el tabernáculo era el centro de las doce tribus. Después el templo era su centro. El centro del templo era el arca. El tabernáculo, el templo y el arca tipifican a Cristo. Cuando había armonía entre los israelitas y el tabernáculo, el templo y el arca, ellos obtenían la victoria, y ninguna nación podía vencerlos. Aunque sus enemigos sabían cómo pelear la batalla y ellos no, de todos modos vencían a todos sus enemigos. Cuando se interrumpía la relación entre ellos y el templo, eran capturados. No dependían de un rey poderoso, ni de su propia habilidad o inteligencia. Dependían exclusivamente de la relación entre ellos y el arca que estaba en el templo. Debemos darle al Señor el primer lugar. Sólo entonces tendremos la victoria. Debemos interesarnos en la victoria del Señor para poder obtener la victoria. Si el cabello se corta, no puede haber victoria. Lo mismo sucede con nosotros en la actualidad. Si no le damos a Cristo el lugar más prominente ni tiene el primer lugar en nuestro corazón, no podremos obtener la victoria.

(29 de enero, por la mañana)

**Cristo tiene la preeminencia
en la experiencia cristiana**

Lectura bíblica: Jn. 3:30

La experiencia del creyente tiene dos lados: uno es placentero, y el otro, doloroso. Dios hace que experimentemos una vida placentera y, a la vez, una vida de sufrimientos, para que Cristo tenga el primer lugar en todas las cosas.

1. La experiencia placentera

a. Dios responde las oraciones

La meta de la oración, que es darle a Cristo el primer lugar en todas las cosas, se debe obtener para que sea contestada. Busquemos primero el reino de Dios y Su justicia, y Dios añadirá todo lo que necesitamos. (Añadir no es lo mismo que dar, pues se añade a algo ya existente; mientras que dar es proporcionar algo que no se tenía.) Se pide al Padre en el nombre del Señor para que el Señor obtenga algo. Según este principio, todos los que se ocupan de la carne no tienen nada por qué orar. Ellos deben permitir que la cruz ponga fin a la carne antes de volverse intercesores, y orar por la voluntad de Dios en lugar de orar por sus propios intereses. Solamente quienes permiten que Cristo tenga la preeminencia en todas las cosas entran en el Lugar Santísimo. Debemos dejar de orar por nuestras propias necesidades y orar por los negocios de Dios. Dios oirá las oraciones que elevamos audiblemente (las oraciones que hacemos por los intereses de Dios), y también las que no expresamos (las oraciones que se relacionarían con nuestros propios asuntos). Permitamos que el Señor reciba algo primero, y después El hará que nosotros obtengamos algo. En la vida cristiana es maravilloso recibir constantemente respuestas a la oración. Pero el propósito de Dios al contestar nuestras oraciones es que Cristo tenga la preeminencia en todas las cosas.

b. El crecimiento

El aspecto placentero de la vida cristiana es el crecimiento. Debemos ser como niños, pero no infantiles. El crecimiento no es producido por el conocimiento bíblico, sino por tener más de Cristo y al ser llenos de El. El crecimiento consiste en que el yo mengüe, aún más, es ponerle fin al ego. El crecimiento no es mirarse a sí mismo. Si uno se mira a sí mismo puede ser relativamente humilde, pero no mirarse a uno mismo es ser absolutamente humilde. Crecer es permitir que Cristo tenga la preeminencia en nosotros. “Es necesario que El crezca, pero que yo mengüe” (Jn. 3:30). Lo que cuenta no es el conocimiento bíblico que tengamos, sino nuestra consagración, cuánto nos hayamos dejado en las manos de Dios, y cuánto dejemos que Cristo tenga la preeminencia. El verdadero crecimiento consiste en permitir que Cristo sea magnificado.

c. Recibir la luz

También debemos recibir la luz que viene de Dios —la visión espiritual—, lo cual es otro aspecto agradable de la vida cristiana. La revelación es algo objetivo que Dios nos da. La luz, es la revelación personal que Dios muestra al creyente

individualmente. Recibimos visión cuando la luz de Dios nos ilumina; esto incluye luz y revelación. En primer lugar se recibe iluminación, y luego viene la fe. Para mantenernos continuamente bajo la iluminación, debemos permitir que Cristo tenga siempre la preeminencia en todo. “Así que, si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará lleno de luz” (Mt. 6:22). No es que no entendamos, sino que nos está vedado porque nuestro ojo no es sencillo. “Los de puro corazón ... verán a Dios” (Mt. 5:8). Necesitamos tener un corazón puro. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá...” (Jn. 7:17). Solamente quienes permiten que Cristo ocupe el primer lugar pueden tener luz.

d. Obtener poder

El poder también es otro aspecto agradable de la vida cristiana. Para tener poder, debemos permitir que Cristo sea entronizado. Cuando El crece, nosotros adquirimos poder. Ahora bien, si no estamos separados, no podemos obtener poder. Separarse no es sólo salir del mundo, sino entrar en Cristo. Somos diferentes a los demás porque estamos en Cristo y nos hemos vestido de El. En consecuencia, Cristo es nuestro poder.

2. La experiencia de los sufrimientos

a. Sufrimiento en lo material

En general, todos los creyentes tienen dificultades financieras. Esto quizás se deba a que anteriormente no llevaban una vida ordenada, y ahora no pueden hacer ciertas transacciones que solían hacer; o quizá sea por motivos espirituales y porque Dios esté detrás de la escena dirigiéndolo todo puesto que tiene una meta específica con la persona en cuestión. Dios nos quita las posesiones materiales para que busquemos a Cristo y para que El tenga el primer lugar en todas las cosas. No es imposible que un hombre rico entre en el reino de Dios ni que sirva al Señor, pero sí es difícil. Deshagámonos de todos nuestros tesoros, y el Señor será nuestro tesoro (Job 22:24-25). Dios disciplinó a los hijos de Israel en el desierto despojándolos de toda provisión terrenal, como por ejemplo la comida y el vestido para que pudieran conocer las riquezas de Dios. Cuando la provisión terrenal cesa, llega la provisión celestial. Las dificultades en obtener los víveres esenciales nos llega con el propósito de que busquemos a Cristo para que El tenga la preeminencia en todas las cosas y aprendamos a tener fe. Cuando las dificultades nos sobrevienen, debemos regocijarnos y creer que proceden de Dios. Pero no debemos buscarlas. Si lo hacemos, Satanás hará que se nos añadan dificultades.

b. Aflicciones emocionales

La razón por la cual perdemos a nuestros padres, a nuestro cónyuge, a nuestros hijos y otros parientes es que Dios desea que tomemos a Cristo como nuestro consuelo. Dios los quita de nuestro lado para que nos aferremos de Cristo como Señor y le permitamos tener la preeminencia en nosotros. Dios no quiere tratarnos

severamente; Su única intención es que tomemos a Cristo como Señor. Derramar lágrimas delante del Señor tiene más valor que estar contentos delante de los hombres. Lo que el Señor tiene no lo podemos hallar en nuestros padres, cónyuges o hijos. Dios desea que Su Hijo tenga la preeminencia tanto en la creación como en Su relación con los creyentes. Si ofrecemos a Isaac, lo recibiremos de regreso. Dios no deja que tengamos nada que esté fuera de Su Hijo.

c. Dolencias físicas

Dios permite que la enfermedad y la debilidad nos sobrevengan para que aprendamos (1) a orar en la noche, (2) a velar como el ave solitaria en el tejado, (3) que el Señor mullirá su cama [N. De T.: que lo cuidará cuando esté convaleciente], (4) a poner fin al pecado, (5) a esperar pacientemente, (6) a tocar el borde del vestido del Señor, (7) que el señor envió Su palabra para sanarnos, (8) que por medio de la enfermedad Dios nos hace útiles, (9) que la santidad es sanidad y (10) que el poder de la resurrección del Señor remueve nuestra debilidad, enfermedad y muerte. Por medio de la enfermedad, Dios causa que confiemos, dependamos y obedezcamos, para que Cristo tenga el primer lugar en nosotros.

d. El dolor de perder nuestra bondad natural

Después de que una persona es salva, trata de valerse de sus virtudes naturales. Pero con el tiempo, quizás algunos años más tarde, el Señor quitará de en medio sus virtudes naturales, lo cual le causará dolor. El Señor nos priva de las virtudes que tenemos en Adán para que veamos nuestra corrupción. Dios nos quita nuestra bondad para que podamos ser llenos de Cristo.

Dios nos despoja de nuestras posesiones, nuestros familiares, nuestra salud y nuestra bondad para que podamos tomar a Cristo como nuestra satisfacción, para que seamos llenos con Cristo y para que le demos el primer lugar en todas las cosas.

Todo lo que Dios nos da, no importa si es una vida placentera o una vida de sufrimientos, tiene como fin hacer que Cristo ocupe el primer lugar en nosotros.

(30 de enero, por la mañana)

VI. CRISTO EN LA OBRA Y LA PREDICACION

**Cristo tiene la preeminencia en la obra
y en la predicación**

Lectura bíblica: Ef. 2:10; 1 Co. 2:2; 2 Co. 4:5

La vida y la experiencia son asuntos que poseemos internamente, mientras que la obra y los mensajes son asuntos que llevamos a cabo externamente. No importa si éstos son asuntos internos o externos, debemos permitir que Cristo tenga la preeminencia en todas las cosas.

Cristo tiene la preeminencia en la obra cristiana

Cristo debe tener el primer lugar en nuestra obra. Fuimos creados para “buenas obras ... para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10). Las “buenas obras” son Cristo mismo, y El es la meta de la obra de Dios; por eso, nosotros debemos ocuparnos en esta obra. Todos los creyentes, independientemente del oficio que tengan, hacen la obra de Dios y deben andar en las buenas obras que El ha preparado para ellos. Servir a Dios y laborar para Dios son dos asuntos inmensamente diferentes. Muchos trabajan para Dios pero no le sirven a El. La fidelidad de nuestra obra depende de si Cristo es la intención, la motivación, el propósito y la meta. Cuando hacemos la obra de Dios, aunque haya sufrimientos y dificultades, también habrá gozo y consolación. La obra de Dios tiene su atractivo. Muchas veces laboramos para nuestros intereses y no para Cristo. Muchos trabajan incansablemente, pero lo hacen para adquirir fama. Ellos laboran mucho, pero no sirven al Señor. La obra de Dios desde la eternidad hasta la eternidad siempre ha estado dirigida a que Su Hijo tenga la preeminencia en todas las cosas. Por consiguiente, nuestra obra también debe realizarse para Cristo. Si Dios no purifica nuestras intenciones y motivos, no podemos recibir Su bendición. No trabajamos por los pecadores, sino por Cristo. El éxito de nuestra obra depende de cuánto de Cristo haya en ella. Debemos permitir que el Espíritu Santo discierna nuestras intenciones desde el principio, para ver si provienen del espíritu o del alma, o para ver si pertenecen a esta esfera o a otra esfera. No debemos laborar con miras a nuestro propio crecimiento o el de nuestro grupo ni para promover nuestro mensaje particular, sino con Cristo como única meta. Siempre y cuando Dios obtenga algo de nuestra labor, nos debemos regocijar. Cuando vemos que Dios gana algo, aunque no sea por nuestra labor, debemos alegrarnos por ello. No estamos tratando de preservar nuestro mensaje, sino de salvar pecadores. Nuestra meta no es ganar nuestro propio corazón, sino el corazón de Cristo. Cuando las cosas nos van bien y salimos ganando, eso significa que el Señor no obtuvo nada y que no le fue bien a El. Si la ganancia de Dios fuera nuestra satisfacción, no seríamos orgullosos ni celosos. Muchas veces buscamos la gloria de Dios y también la nuestra. Dios salva a los hombres para Cristo, no para nosotros. Pablo plantó, y Apolos regó. La obra no la hizo una sola persona, para que nadie dijera: “Yo soy de Pablo”, o: “Yo soy de Apolos”. Todo lo que se hace con relación a la obra, se hace para Cristo, no para el que labora. Somos el pan en las manos del Señor. Cuando la gente come el pan, le da las gracias al que lo da, no al pan. La obra, de principio a fin, se lleva a cabo para Cristo, no para nosotros. Debemos estar satisfechos con la obra que el Señor nos permita realizar y con el lugar que El nos asigne. No debemos estar “en la medida de la

regla de otro hombre” (2 Co. 10:16). Nos gusta mucho salirnos de nuestro terreno para entrar en el de otros. El asunto no es si podemos ni de si sabemos hacer algo, sino si Dios nos ordenó que lo hiciéramos. Las hermanas deben mantenerse en su lugar (1 Co. 14:34-35) y no deben ser maestras, ni emitir juicios sobre la Palabra de Dios (1 Ti. 2:12). En toda la obra debemos darle a Cristo la preeminencia.

Cristo tiene la preeminencia en la predicación

Cristo también debe tener el primer lugar en nuestros mensajes. Nosotros “predicamos ... a Cristo Jesús como Señor” (2 Co. 4:5). Cristo es el centro del plan de Dios y de Su meta. La cruz es el centro de la obra de Dios y por medio de ella se obtiene la meta de Dios. La cruz elimina todo lo que procede de la carne para que Cristo tenga la preeminencia. Nuestro centro no debe ser las dispensaciones, las profecías, los tipos, el reino, el bautismo, la renuncia a las denominaciones, el hablar en lenguas, la observancia del sábado ni la santidad. Nuestro mensaje principal debe ser Cristo. El centro de Dios es Cristo; por lo tanto, también nosotros debemos tomarlo como centro.

Después que una persona es salva, debemos ayudarle a que se consagre a Cristo como esclava, a fin de que reciba a Cristo como Señor en todas las cosas.

Todas las verdades contenidas en la Biblia tienen una relación semejante a la de la rueda con los radios y el eje, donde Cristo es el centro. No menospreciamos las verdades que no están en el centro; al contrario, necesitamos mantenerlas unidas al centro. Al examinar cualquier verdad, debemos tener en cuenta dos cosas: (1) el contenido de esa verdad, y (2) la relación que tiene con el centro. Debemos dedicar toda nuestra atención al centro. Por supuesto, esto no significa que no hablemos de otras verdades. Pablo dijo: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2). Pero también dijo: “Hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez” (2:6). Sólo cuando una persona se ha consagrado y ha recibido a Cristo como Señor podemos hablarle de las verdades relacionadas con la edificación. En la obra debemos constantemente volver al hombre al centro y hacerle ver que “Cristo es el Señor”. No podemos laborar en la obra de una manera objetiva. Nosotros mismos debemos primero ser quebrantados por Dios y permitir que Cristo tenga el primer lugar en nosotros, antes de poder guiar a otros a que reciban a Cristo como su Señor y le den a Él el primer lugar en ellos. Debemos llevar una vida en la que le damos a Cristo el primer lugar para poder difundir este mensaje. Nuestro mensaje es nuestra persona. Debemos permitir que Cristo tenga el primer lugar en las cosas pequeñas de nuestra vida diaria para poder predicar el mensaje de la centralidad de Cristo. ¡Solamente deseo que cada uno de nosotros le dé al Señor Jesús Su lugar de honor en el trono! Si la voluntad de Dios se tiene que cumplir, ¿qué importa si yo soy hecho a un lado? El elogio del Señor al final sobrepasa todas las alabanzas del mundo. Los rostros sonrientes en el cielo sobrepasan las lágrimas que se derramaron en la tierra. El maná escondido se disfruta en la

eternidad. Que el Señor bendiga esta palabra para que gane nuestro corazón y el de otros.

(31 de enero, por la mañana)

Capitulo tres

EL VENCEDOR QUE DIOS BUSCA

(Bosquejos de ocho mensajes)

I. EL PLAN ETERNO DE DIOS Y LA IGLESIA

Lectura bíblica: Ef. 1:23

El plan eterno de Dios

Dios tuvo un plan desde la eternidad, antes de la fundación del mundo, y dicho plan tiene dos metas. La primera es hacer que todas las cosas expresen a Cristo, y la segunda es hacer al hombre igual a Cristo, de tal manera que tenga Su misma vida y Su misma gloria. Sin embargo, en Su deseo de realizar estas dos metas encuentra dos obstáculos: la rebelión de Satanás y la caída del hombre.

Cuando aquel arcángel vio que Cristo era el centro de todas las cosas, tuvo celos debido a su soberbia. Quería elevarse a la posición que tenía el Hijo de Dios. Se rebeló porque quería robar la posición de Cristo como centro. Una tercera parte de los ángeles lo siguieron en esa rebelión en contra de Dios, junto con todas las criaturas vivientes que había sobre la tierra. La rebelión de Satanás lo convirtió todo en un caos que no podía expresar a Cristo. El universo es inmenso. Hemos descubierto por medio de la ciencia, que si una partícula de polvo se sale del orden natural establecido, todo el universo se puede volver caótico y desordenado. Hoy día, aun cuando todas las cosas expresan la gloria de Dios, no pueden expresar a Dios mismo.

Dios creó al hombre para que tuviera primeramente la vida y la gloria de Cristo. Su intención era someter todas las cosas al hombre, para que éste las devolviera a Dios. En segundo lugar, lo creó para que cooperara con El enfrentándose a Satanás, quien se había rebelado.

Pero el hombre también cayó, debido a lo cual ahora Dios tiene que llevar a cabo dos metas y resolver dos problemas. Para realizar estas dos metas, Dios tiene que (1) salvar al hombre caído y (2) eliminar a Satanás, el rebelde.

Para llevar a cabo estas dos metas y solucionar estos dos problemas, el Señor Jesús se hizo hombre para efectuar la redención. El no solamente es el Cristo de los seres humanos, sino que también el Cristo de todas las cosas. Cristo es el centro y la universalidad de Dios. La universalidad de Cristo significa que El no está limitado ni por el tiempo ni por el espacio. El no sólo es el Cristo de los judíos ni solamente el Cristo de la iglesia, sino también el Cristo de todas las cosas. El lo es todo y está en todo.

La redención de Cristo abarca tres aspectos: (1) la substitución, con relación al individuo; (2) la representación, con relación a la iglesia; y (3) el orden, con relación a todas las cosas. Cristo como Cabeza tiene autoridad sobre todas las cosas. Cuando la Cabeza murió, todas las cosas que ella incluye también murieron, pues Su muerte lo abarca todo. La muerte de Cristo como Cabeza puso fin al ser humano y a todas las cosas, de tal manera que todas las cosas y la humanidad fueron reconciliadas con Dios.

Cristo le dio fin a todo en la cruz. En ella El aplastó la cabeza de la serpiente y eliminó a Satanás y todas sus obras. En la cruz, El salvó a la humanidad caída, recuperó todas las cosas y las reconcilió con Dios, y dio Su vida para que el hombre fuera como El.

Por consiguiente, podemos ver que Dios tiene dos metas y que afronta dos problemas. Por medio de la Cruz, Cristo cumplió las dos metas de Dios y también resolvió estos dos problemas.

La posición y la responsabilidad de la iglesia

¿En qué posición puso Dios a la iglesia? ¿Qué misión desea El que ella tenga en la tierra? ¿Por qué permitió Dios que Satanás, a quien aplastó la cabeza, permaneciera en la tierra?

Dios desea que la iglesia en la tierra no solamente predique el evangelio para salvar a los pecadores, sino que también dé testimonio de la victoria de Cristo en la cruz. Dios permite que Satanás permanezca en la tierra para darnos la oportunidad de ser testigos de la victoria de Su Hijo. Dios espera que testifiquemos de la victoria de Su Hijo. Cuando los creyentes caen perjudican Su testimonio.

La iglesia es el Cuerpo de Cristo, y como tal, debe continuar la obra de la Cabeza. Ella es la plenitud de Cristo, es lo que se desborda de El; así que debe continuar las obras que El comenzó en los cuatro Evangelios.

En el Nuevo Testamento hay tres cosas cruciales: (1) la cruz, (2) la iglesia y (3) el reino. En la cruz, Cristo realizó la redención y obtuvo la victoria, y ahora la iglesia mantiene en la tierra lo que El llevó a cabo en la cruz. La cruz es la sentencia que Dios pronuncia según la ley, mientras que el reino es la ejecución de la autoridad de Dios. La iglesia permanece en medio, preservando, por una parte, lo que Dios consumó en la cruz, y por otra, el anticipo del poder de la era venidera.

Satanás no puede vencer al Cristo individual, pero puede injuriar al Cristo individual por medio del Cristo corporativo. Cuando el Cuerpo falla, la cabeza falla. La falla de un miembro es la falla del Cuerpo. Nosotros somos la continuación de Cristo. Nuestro deber es la extensión de Cristo (Is. 53:10) así como fuimos la

extensión de Adán. Dios nos permite permanecer en la tierra con el propósito de consumir Su plan eterno y cumplir Su meta eterna.

Antes de que el arca entrara en Jerusalén, estaba en la casa de Obed-edom (2 S. 6). Debemos ser fieles y cuidar de la sangre que está sobre el arca (la obra de Dios) y de los querubines que están sobre el arca (la gloria de Dios).

(24 de enero, por la tarde)

II. LA NATURALEZA DE LA VICTORIA DE CRISTO Y LA IGLESIA

Lectura bíblica: Ap. 3:21

Todas nuestras victorias deben basarse en la victoria de Cristo: “Como Yo también he vencido”.

Tres enemigos

La Biblia nos dice que tenemos tres enemigos: (1) la carne, la cual está dentro de nosotros, (2) el mundo, el cual está fuera de nosotros, y (3) Satanás, quien está por encima y por debajo de nosotros, ya que frente a la iglesia ascendida, Satanás se halla debajo.

En el Antiguo Testamento se mencionan tres naciones que tipifican estos tres enemigos: Amalec, que tipifica la carne, a quien debemos vencer con nuestra oración; Egipto, que tipifica el mundo, el cual se debe sepultar en el mar Rojo; los cananeos, que tipifican los poderes de Satanás, a los cuales hay que vencer y eliminar uno por uno.

La carne se opone al Espíritu (Gá. 5:17); el mundo se opone al Padre: “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Jn. 2:15); Satanás se opone a Cristo, y Cristo vino para destruir a Satanás (1 Jn. 3:8). Por lo tanto, al someternos al espíritu obtenemos la victoria sobre la carne; al amar al padre, vencemos al mundo; y al poner la fe en Cristo, derrotamos a Satanás.

Lo primero que se levanta es la carne. Un día, el arcángel, por medio del yo, trató de elevarse hasta ser semejante a Dios, y de esa manera el yo entró en el mundo. Este fue el principio del pecado, del mundo y de Satanás.

Cuando Dios creó al hombre, le concedió la capacidad más maravillosa, la facultad de reproducirse, con la cual puede transmitir su vida a sus descendientes. Originalmente, Dios esperaba que el hombre comiera del fruto del árbol de la vida, para que tuviera la vida de Dios y la transmitiera a sus descendientes, y le prohibió

que comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal. Pero Satanás intervino y cometió fornicación espiritual con el alma de la primera pareja. Satanás depositó en ellos su semilla venenosa para que la trasmitiesen a sus descendientes. Satanás es el padre de la mentira, y su simiente es la mentira; mientras que la simiente de Dios es la verdad. El principio con el cual Satanás engañó a Adán induciéndolo a pecar es el mismo principio que hizo que Satanás pecara al comienzo.

Satanás tiene su familia y su reino. El captura a los hombres para que sean miembros de su casa y ciudadanos de su reino a fin de poder regirlos.

Después de que Satanás engañó al hombre y lo hizo pecar, su obra fue confinada a la tierra y el mundo, y ya no se extendía a todo el universo. Quedó bajo esta maldición: “Sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida” (Gn. 3:14). El quedó limitado a moverse solamente en la tierra y su único alimento era el hombre, el cual procede del polvo. Esta fue una gran derrota para Satanás. La caída del hombre es una gran victoria para Dios.

Satanás estableció un sistema en la tierra, y su organización es el mundo actual. El es el rey de esta organización, y el mundo entero está en sus manos.

La victoria de Cristo

Antes que el Señor Jesús comenzara Su ministerio, fue bautizado, lo cual indica que la obra que realizó durante esos tres años y medio se llevó a cabo, en realidad, después de Su muerte y resurrección. Como resultado, en Su obra no estaba presente la carne. En esos tres años y medio El vivió en la cruz. El Señor Jesús nunca anduvo según Su voluntad, sino de acuerdo con la voluntad del que lo envió. El hizo la voluntad del Padre y también esperó el tiempo del Padre (Jn. 7:6).

Satanás tentó al Señor a actuar fuera de la palabra de Dios al sugerirle que convirtiera los panes en piedras. Pero el Señor respondió que el hombre vivirá de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mt. 4:4). Muchas veces dijo que El sólo hablaba lo que había oído, y en Juan 5:30 dijo: “No puedo Yo hacer nada por Mí mismo”. Esto significa que El no consideraba Su yo como la fuente. Satanás siempre quiere que el hombre se justifique a sí mismo aunque Dios ya lo haya justificado. Esto es lo mismo que Satanás hizo al tratar de persuadir al Señor a que declarara que El era el Hijo de Dios pese a que Dios ya lo había afirmado.

La crucifixión del Señor se produjo según la voluntad de Dios. El oró en Getsemaní: “No sea como Yo quiero, sino como Tú” (Mt. 26:39). “Si no puede pasar de Mí esta copa sin que yo la beba, hágase Tu voluntad” (Mt. 26:42). Y al final dijo: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” Aceptar la cruz es una victoria. Vencer es no tener nada de la carne interiormente, nada del mundo que nos atraiga exteriormente, y nada de Satanás que nos tire hacia abajo. Mientras el Señor vivió en la tierra, nunca le permitió a la carne expresarse.

Siempre puso su carne a un lado. El fue el primero del que Satanás no pudo obtener nada. Ni la carne ni el mundo tuvieron lugar en El.

Dios desea que la iglesia exprese la victoria de Cristo

Dios salvó al hombre para librarlo de la carne, del mundo y de Satanás. El desea que rechacemos todo lo que sea del mundo, de la tierra, del yo, de la carne y de Satanás. Satanás nos ataca valiéndose del mundo y de la carne. Solamente ataca directamente a quienes son absolutamente espirituales, y han rechazado completamente el sistema del mundo y las concupiscencias de la carne.

La cruz de Cristo necesita el Cuerpo de Cristo. Si un pecador acepta la cruz de manera objetiva como un hecho cumplido, él recibirá beneficio, pero si la acepta de manera subjetiva dejando que opere en él, será Dios quien se beneficie. La cruz de Cristo corta como un cuchillo todo lo que pertenece a la vieja creación, mientras que Su resurrección nos conduce a un nuevo comienzo.

La victoria de Cristo se ve en (1) la crucifixión, la cual puso fin a la antigua creación, (2) la resurrección, que trae un nuevo comienzo, y (3) la ascensión, la cual le da la posición de victoria.

La iglesia expresa la victoria que Cristo obtuvo en la tierra por Su muerte, Su resurrección y Su ascensión. La cruz debe estar erigida en el centro de nuestra vida. Dios nos da la responsabilidad de permitir que la cruz corte aquella parte de la vieja creación de la cual estamos conscientes, pero no desea que nos preocupemos por la parte de la antigua creación que desconocemos.

(25 de enero, por la tarde)

III. QUIENES SON LOS VENCEDORES QUE DIOS BUSCA

Lectura bíblica: Ap. 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21

El fracaso de la iglesia

La iglesia se halla en la tierra con el fin de mantener la victoria que Cristo obtuvo en la cruz y para atar a Satanás en cada localidad, como el Señor lo ató en el Calvario. El Señor condenó en la cruz a Satanás en conformidad con la ley, y ahora Dios desea que la iglesia ejecute este juicio en la tierra.

Satanás sabe que la iglesia ocasionará su derrota, y por eso la persigue y trata de engañarla con sus estratagemas. El es homicida y mentiroso. La iglesia no le teme a su semblante enojado, sino a su cara sonriente. Los Hechos de los Apóstoles

narran la manera en que la iglesia pasó de muerte a vida. Dios usó el ataque de Satanás para exhibir la victoria de Cristo. Sin embargo, la iglesia se fue degradando lentamente. Por ejemplo, la mentira de Ananías y Safira, la codicia de Simón, la administración de los hermanos falsos, la preocupación por sus intereses personales y el hecho de que muchos abandonaran a Pablo cuando estuvo en la cárcel.

Dios busca vencedores

Después de que la iglesia fracasó, Dios buscó en ella un remanente para que fuesen vencedores, quienes habían de llevar la responsabilidad que la iglesia debió haber tomado y no lo hizo. Dios desea un pequeño grupo de fieles en representación de la iglesia para que ellos mantengan la victoria de Cristo. En las siete eras de la iglesia, Dios llama personas a vencer. La estirpe de vencedores nunca ha dejado de existir. Los vencedores no son personas especiales. Los vencedores que Dios busca son un grupo de personas que se unen incondicionalmente al propósito original de Dios.

El principio fundamental de los vencedores

En la Biblia vemos que cuando Dios desea hacer algo, primero escoge un pequeño remanente y luego extiende el logro de éste al resto del pueblo. Los anales de la era de los patriarcas prueban la validez de este principio. En esos días, Dios escogió hombres de varias partes. Hubo hombres como Abel, Enoc, Noé y Abraham. De Abraham, la crónica bíblica pasa a los israelitas; de los patriarcas a la ley; de la dispensación de la ley pasa a la dispensación de la gracia, y de ésta al reino; finalmente, del reino, a los cielos nuevos y la tierra nueva. El reino es el precursor de los cielos nuevos y la tierra nueva. El altar y el tabernáculo que se ven en la dispensación de la ley tipifican los aspectos de la dispensación de la gracia. Este es el principio de la obra de Dios; siempre va de los pocos a los muchos.

Colosenses 2:19 dice: “Asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el Cuerpo, recibiendo el rico suministro y siendo entrelazado por medio de las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento de Dios”. Las coyunturas producen el suministro, mientras que los ligamentos entrelazan. La Cabeza abastece a todo el Cuerpo y entrelaza a todos los miembros por medio de las coyunturas y los ligamentos. Solamente los vencedores pueden ser las coyunturas que abastecen y los ligamentos que conectan.

Jerusalén tipifica la iglesia. En Jerusalén estaba el monte de Sion. Jerusalén tipifica el Cuerpo, la iglesia, mientras que el monte de Sion tipifica a los vencedores que hay en la iglesia. Jerusalén es grande, y Sion es pequeña. La fortaleza de Jerusalén es Sion. Siempre que hay algo relacionado con el deseo del corazón de Dios, se menciona a Sión. Cuando se habla de los fracasos y de los pecados de los judíos, se menciona a Jerusalén. Dios siempre permite que Jerusalén sea hollada, mas protege a Sión. Se habla de una nueva Jerusalén,

pero nunca habrá una nueva Sion, porque Sion nunca se envejece. Cada vez que el Antiguo Testamento habla de la relación entre Sion y Jerusalén, nos muestra que las características, la vida, la bendición y el establecimiento de Jerusalén provienen de Sion. En 1 Reyes 8:1 los ancianos estaban en Jerusalén, y el arca del pacto estaba en Sion. En Salmos 51:18 dice que Dios hizo bien a Sion y edificó los muros de Jerusalén. En Salmos 102:21 dice que el nombre del Señor estaba en Sion y que Su alabanza estaba en Jerusalén. En Salmos 128:5 dice que el Señor bendijo desde Sion y que el bien sean visto en Jerusalén. Dice en Salmos 135:21 que el Señor mora en Jerusalén, pero que El es bendecido desde Sion. En Isaías 41:27 la Palabra primero se enseñó en Sion, y luego se predicó en Jerusalén. Joel 3:17 dice que cuando el Señor more en Sion, Jerusalén será santa.

Hoy día Dios busca ciento cuarenta y cuatro mil entre la iglesia derrotada, que estén de pie en el monte de Sion (Ap. 14). Dios siempre usa una pequeña cantidad de creyentes para que comuniquen el fluir de vida a la iglesia a fin de avivarla. Como el Señor lo hizo una vez, asimismo los vencedores tienen que derramar la sangre para que la vida fluya a otros. Por causa de la iglesia, los vencedores toman la posición de victoria y sufren tribulación y desprecio.

Así que, los vencedores que Dios busca deben abandonar lo que ellos juzgan correcto. Tienen que pagar el precio de permitir que la cruz elimine de ellos la antigua creación y prevalezca contra las puertas del Hades (Mt. 16:18).

¿Está usted dispuesto a sufrir aflicciones para ganar el corazón de Dios? ¿Está dispuesto a dejarse derrotar para que el Señor sea el victorioso? Cuando nuestra obediencia sea perfecta, Dios castigará toda desobediencia (2 Co. 10:6).

(26 de enero, por la tarde)

IV. ¿QUE OBRA DEBEN REALIZAR LOS VENCEDORES?

Lectura bíblica: Jos. 3:6, 8, 13, 15-17; 4:10-11, 15-18; 2 Co. 4:10-12

La obra que efectúan los vencedores

Cuando pensamos en los vencedores, debemos poner atención a dos cosas: (1) Dios escogió a unas pocas personas como representantes de todo el pueblo que fracasó; (2) El hace que primero esas pocas personas lleven a cabo las órdenes que El da, y luego produce lo mismo en el resto de Su pueblo.

Dios escogió a los israelitas para que fueran un reino de sacerdotes sobre todos los pueblos (Ex. 19:5-6). Pero ellos adoraron el becerro de oro junto al monte Sinaí. Entonces Dios escogió a los hijos de Leví para que hicieran lo que El había

ordenado, para que fueran vencedores y para que reemplazaran a los israelitas en el sacerdocio (Ex. 32:15-29).

Dios originalmente quería que todas las tribus de Israel fueran sacerdotes. Pero debido a que adoraron aquel ídolo, hizo que sólo los levitas se encargaran del sacerdocio en lugar de todos los israelitas.

Dios trabaja primero en unas pocas personas y después, valiéndose de éstas, en todo el pueblo. Antes de libertar a los israelitas, Dios tenía primero que libertar a Moisés. Lo sacó de Egipto, antes de sacar a los israelitas. Dios tuvo que obrar primero en David para ganar su corazón, antes de libertar a los israelitas de la mano de los filisteos para hacer de ellos una nación. Todas las metas espirituales se deben alcanzar por medios espirituales. Dios tuvo que hacer una obra en Moisés y en David hasta tal punto que ellos no trataran de cumplir la voluntad de Dios ni tratar de ayudarlo por medio de la carne.

El Señor primero llamó a doce personas, luego a ciento veinte, y finalmente estableció la iglesia. Dios permite que pocas personas tomen la responsabilidad que debería tomar la mayoría. El principio aplicado a los vencedores consiste en que Dios permite que unas cuantas hagan algo que traerá bendición para la mayoría. El hace que pocas personas permanezcan en la muerte para que el resto de Su pueblo reciba vida. Dios erige la cruz en sus corazones para que ellos experimenten la operación que ésta lleva a cabo en sus familias y en sus circunstancias. Como resultado, la vida es derramada en otros. Dios necesita canales de vida para verter Su vida en otros.

Permanecen en la muerte para que otros puedan recibir vida

Dios condujo a los sacerdotes a estar firmes en la muerte para que los israelitas pudieran entrar a la tierra de la vida. Los sacerdotes fueron los primeros en entrar al agua y los últimos en salir. Ellos fueron los vencedores. Hoy Dios busca un grupo de personas que como los sacerdotes de entonces pongan sus pies en el agua, es decir, que tomen la iniciativa de entrar en la muerte. Ellos están dispuestos a ser clavados en la cruz primero, y permanecer firmes en la muerte para que la iglesia encuentre el camino de la vida. Dios tiene que ponernos primero a nosotros en el lugar de la muerte para que los demás reciban la vida. Los vencedores de Dios son los pioneros de Dios.

Los sacerdotes no podían hacer gran cosa solos; sencillamente descendieron hasta la mitad de las aguas llevando en hombros el arca del pacto. Debemos permitir que Cristo sea el centro, vestirnos de El y bajar a las aguas. Los pies de los sacerdotes permanecían en el lecho del río mientras en sus hombros sostenían el arca. Estaban de pie en la muerte, mientras levantaban a Cristo.

El lugar de la muerte es el fondo del río; no es un lugar cómodo, atractivo ni de descanso. Los sacerdotes no estaban allí sentados ni recostados, sino de pie. Si

yo me encierro en mi mal genio, Cristo no puede vivir en otros, pero si permanezco en el fondo del río, otros podrán cruzar el Jordán victoriosamente. La muerte opera en mí, pero la vida actúa en los demás. Si yo muero sometándome a Dios, la vida actuará en otros y hará que ellos también se sometan a Dios. La muerte de Cristo forja Su vida en nosotros; por consiguiente, sin la muerte no hay vida.

Sostener en hombros el arca del pacto, de pie en el fondo del río, constituye un gran sufrimiento. Los sacerdotes tenían que ser muy cuidadosos. Si se descuidaban, el Espíritu de Dios los podía destruir. Ellos permanecieron en medio del río observando a los israelitas cruzar uno por uno y ellos pasaron después. El apóstol dijo: “Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros”; “hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todas las cosas” (1 Co. 4:9, 13). Pablo deseaba que todos creyeran en el evangelio, pero no como él, pues estaba encadenado (Hch. 26:29). ¿Queremos que hablen bien de nosotros, llevar una vida fácil o ser comprendidos? o ¿deseamos que la iglesia de Dios reciba vida? Ojalá que todos podamos orar: “Señor, permíteme morir para que otros puedan recibir vida”. Dios dijo explícitamente que esto no es fácil. Sin embargo, sólo así El cumplirá Su plan eterno.

Antes de salir del río, los sacerdotes esperaron en el fondo hasta que todo el pueblo de Dios hubo cruzado. No podemos salir de la muerte hasta que el reino llegue. Finalmente, Josué dio esta orden: “Salid del Jordán” (Jos. 4:17). Nuestro triunfante Josué nos dirá que salgamos de las aguas cuando comience el reino.

Muchas personas no son desobedientes, pero no obedecen lo suficiente. Han pagado cierto precio, pero no el precio total. No es que no gasten el dinero ni que no puedan levantar un ejército, sino que no lo hacen como es debido (Lc. 14:25-35). Sin pasar por la cruz, no podemos decir: “Que se haga Tu voluntad”. A mucha gente le gusta el llamado de Abraham, pero no les halaga la consagración que él tuvo en el monte de Moriah.

¿Ha envidiado usted alguna vez la vida fácil que otros llevan? Dios nos deja en el fondo del río para que seamos vencedores y nos encadena para que otros reciban el evangelio. La muerte opera en mí, pero la vida actúa en los demás. Este es el único canal de la vida. La vida que llegó a nosotros pasó por dos conductos: Pablo y Martín Lutero. La muerte del Señor primero nos llena de vida, y luego esa vida fluye hacia otros (2 Co. 4:10-12).

La obra que los vencedores ejecutan consiste en permanecer en la muerte de Cristo para que otros reciban vida. Nosotros necesitamos entender las palabras de la Biblia para poder predicarlas. La luz de la verdad primero se debe volver vida en nosotros antes de que pueda volverse luz para otros. Dios hace que los vencedores primero vean la verdad y la confirmen a fin de obtener a otros, los cuales, a su vez, obedecerán esta verdad. La verdad debe forjarse primero en nosotros y llegar a ser parte de nuestro ser. Debemos primero experimentar la fe, la oración y la consagración, antes de poder decirles a los demás qué son la fe, la

oración y la consagración. De lo contrario, solamente tendremos términos vacíos. Dios desea que pasemos por la muerte que da vida a otros. Debemos pasar por los sufrimientos y el dolor a fin de que otros obtengan vida. Para conocer la verdad de Dios, debemos permanecer en el fondo del río. La razón por la cual la iglesia no obtiene la victoria para cruzar al otro lado, a la buena tierra, es la carencia de sacerdotes que permanezcan en el fondo del Jordán. Los que permanecen en el fondo del Jordán harán que otros tengan un corazón que busque a Dios. Si la verdad se forja en nosotros, atraerá a otros a seguirla. Hoy, muchas de las verdades de Dios deben ser forjadas en el hombre. Cuando permitimos que la verdad nos constituya, permitimos que el Cuerpo de Cristo crezca otro centímetro. Los vencedores reciben vida de lo alto para abastecer al Cuerpo.

(27 de enero, por la tarde)

V. LO QUE EXPERIMENTAN LOS VENCEDORES

¿Quiénes son los vencedores que Dios busca? Los vencedores son aquellos que ponen su yo en el lugar de la muerte para que otros puedan obtener vida. Son como los sacerdotes que transportaron el arca al otro lado del Jordán, quienes permanecen en el lugar de la muerte para que el pueblo de Dios pase. ¿Qué significa la muerte? ¿Qué significa permanecer en la muerte? Este es un tema crucial, pues está relacionado con el avance del pueblo de Dios. Esto es lo único en lo que Dios se interesa hoy día. Por esta razón, también debe ser nuestro único interés.

Las verdades de la Biblia no están dispuestas en pedazos inconexos, pues detrás de cada verdad, hay algo vivo. La letra de la verdad es muerte; carece de vida. Para que la verdad cobre vida, necesitamos un espíritu viviente. Muchas verdades de la Biblia se leen, se predicán y son creídas por los hombres, pero tales verdades se deben experimentar y transformar en vida de modo que se vuelvan poderosas para nosotros. Mucha gente piensa que las personas más inteligentes perciben más verdades bíblicas que los que no lo son, o que entienden mejor las cosas de Dios. Esto es totalmente erróneo, ya que las verdades espirituales no están limitadas por nuestra sabiduría natural. Mucha gente piensa que puede ayudar a otros al adquirir algo por de su propia fuerza y sabiduría y al transmitirlo a otros. De hecho, esto no traerá vida a nadie.

En Juan 1 dice que el Señor es la luz de la vida. Muchas personas piensan que basta con entender esta verdad y predicarla. Piensan que la verdad es la verdad y que no necesita tener nada que ver con la persona que la expresa. Pero ése no es el caso ante Dios. Su método consiste en forjar la verdad en un hombre primero, para que tal verdad se vuelva parte de su constitución, antes que pueda predicarla. El hombre debe ser disciplinado, abierto de par en par y lleno de la verdad de una manera profunda a fin de transmitir dicha verdad. Si la verdad

nunca ha llegado a ser parte inherente de uno, no producirá ningún efecto en el hombre.

Permítanme usar algunos ejemplos.

La fe

Examinemos por ejemplo la fe. ¿Qué es la fe? El asunto no es que uno estudie lo que es la fe el sábado y el domingo predique lo que aprendió. Puede ser que usted entienda la letra, pero no ha visto en realidad lo que es la fe. Esto es como hablarle a un grupo completamente agreste acerca de la luz eléctrica. Es posible que lleguen a entender el término, pero jamás han visto la luz misma. Quizás actúen como si comprendieran, pero, en realidad no saben de qué se les está hablando.

Por consiguiente, Dios primero tiene que disciplinarnos por medio de las circunstancias; tiene que enseñarnos en la práctica lo que es la fe y permitir que la fe de Dios se forje en nuestro ser a fin de que podamos transmitir a otros lo que se haya forjado en nosotros. Sólo entonces podremos ayudar a otros. Solamente cuando la muerte opere en nosotros, podrá la vida actuar en otros.

La oración

Examinemos la oración. No podemos enseñarles a otros a orar sólo preparando o estudiando doctrinas sobre el tema. Dios nos hace pasar por muchas circunstancias a fin de que recibamos la lección de la oración. Solamente después de muchas experiencias podremos comunicarles a otros de que manera pueden orar. En todo debemos primero dejar que Dios nos imparta la experiencia.

La verdadera oración requiere más fuerza que la que uno ejerce en la predicación. Muchas veces pensamos que basta con que demos un buen mensaje. Pero nos daremos cuenta de que sólo después de una oración profunda, nuestro mensaje brotará.

Lo que acabamos de describir es el principio que Dios estableció; primero debemos pasar por sufrimientos y pagar el precio para tener la experiencia, pues sólo entonces podemos comunicar la verdad en cuestión a otros. Estos son los vencedores que Dios desea.

La consagración

Tomemos la consagración como ejemplo. ¿Qué es la consagración incondicional? La Biblia habla de esto, y también los hombres discuten el asunto. Pero muchos solamente tienen la letra sin la realidad. Es como una persona que lee un diccionario; puede leer las palabras en el diccionario, pero sin relacionarlas con lo que definen. Lo mismo sucede con la iglesia de Dios. Cuando Dios ponga nuestra

familia, nuestra obra, nuestras posesiones, nuestra carrera y nuestros seres queridos frente a Cristo, entenderemos lo qué es vivir para el Señor. ¿Qué escogeremos? ¿Escogeremos a Cristo o algo más? ¿Argüirá con Dios? Ninguna verdad se puede obtener sin pagar un precio. Me temo que mucha gente aprende la verdad en teoría sin tener ninguna experiencia de ella.

Necesitamos la verdad para llegar a ser obreros

¿Cuánto de la verdad nunca se ha forjado en uno? ¿Cuánto de lo que sabemos jamás ha sido una realidad en nosotros? Podemos deducir, entonces, que los hombres hoy día no saben lo que es la obediencia, ni la oración ni la fe. No hay atajos para llegar a conocer la verdad de Dios. La semilla determina qué planta ha de crecer. Cómo sea un obrero cristiano determina como serán aquellos en los que él labora. Si uno no es una persona seria, los frutos que produzca, tampoco serán serios. Si uno es sobrio, sus frutos tendrán la misma virtud. La clase de persona que uno sea determina la clase de fruto que producirá. He visto a hombres predicar la doctrina de “morir con Cristo”, “vivir con Cristo”, y “ascender con Cristo”, pero ellos mismos no tienen ninguna vivencia de las cosas espirituales que presentan.

Una vez le pregunté a la señorita Barber cómo puede uno comunicar lo necesaria que es la vida, y generar sed de vida en los oyentes. Ella me contestó: “Por una parte, eso depende de Dios, pero por otra, hay cosas de las que los obreros son responsables. Dejemos a un lado lo que le corresponde a Dios. El que labora, por su parte, puede crear o dejar de crear hambre espiritual en los demás dependiendo de lo que él es, no de lo que dice. Cuando una persona que ha avanzado bastante se pone junto a uno que no ha progresado mucho, éste espontáneamente se dará cuenta de lo atrasado que está. Cuando el que es obediente se pone junto con el desobediente, éste reconocerá inevitablemente su propia desobediencia. De la misma manera, cuando uno que es santo se pone al lado de uno que es impío, automáticamente éste se dará cuenta de su impiedad. Si uno no es esta clase de persona, no producirá hambre en otros”.

La naturaleza que heredamos de muchas generaciones es muy propensa a imitar; si la ponemos frente a la santidad, espontáneamente se inclinará a la santidad. Si la ponemos frente a la obediencia, aprenderá automáticamente a obedecer. Nosotros debemos tomar la iniciativa para crecer delante de Dios. Hoy Dios atrae las personas a la orilla del mar por medio de la vida de los vencedores que experimentan la cruz y soportan los sufrimientos. Los sacerdotes entraron al agua primero; ellos permanecieron en las aguas de la muerte. Los vencedores son los pioneros; abren el camino en medio de la oscuridad, y toman la iniciativa de entrar en la muerte. Solamente haciendo esto pueden ayudar a otros a ir adelante de la misma manera.

La mayoría de los creyentes del pasado avanzaba a tropezones, pero a los creyentes de hoy se les dice de qué manera han tropezado otros. Lo único que

deben hacer ahora es obedecer y permitir que la verdad que ya se ha proclamado constituya su ser. Estos son los que llevan el arca en sus hombros, cuyos pies están en la tierra, y permanecen firmes en el terreno de la muerte. Solamente llevando a Cristo de esta manera en nuestros hombros podemos ser los vencedores. Si Dios no puede obtener tal grupo de vencedores entre nosotros, tendrá que buscar a alguien más.

Cada vez que la cruz nos es aplicada, o cada vez que Dios nos corrige, ¿estamos dispuestos a recibir la disciplina? Esta es la pregunta crucial para nosotros.

(28 de enero, por la tarde)

VI. LA SELECCION DE LOS VENCEDORES

Lectura bíblica: Jue. 6:1-6, 11-35; 7:1-8, 19-25; 8:1-4

Llegamos ahora a la descripción de la forma en que fueron seleccionados los vencedores, y cómo fueron separados de los que no lo eran.

En el libro de Números dice que todo varón de los israelitas de veinte años para arriba tenía que dedicarse al servicio militar para ir a la guerra por el Señor. En el tiempo de los Jueces, los israelitas se habían degradado. A fin de librar a toda la nación, Dios tuvo que seleccionar trescientos hombres que fueran a pelear la batalla que todos debían pelear, pero que no lo hicieron. La mayoría no dio la talla y no pudo ir a la batalla por Jehová. Muchas personas pueden guardar la fe y finalizar la carrera, pero no saben cómo pelear la buena batalla.

**Cómo ser un vencedor:
el caso de Gedeón**

**1. Reconoció que era el menor:
se conocía a sí mismo**

Es fácil ser humilde delante de Dios, pero es muy difícil serlo delante de los hombres cuando uno se compara con otros. Es fácil decir: "Yo soy el menor", pero no es fácil decir: "Yo soy el menor en la casa de mi padre". No es difícil decir: "Mi familia es pobre", pero sí lo es decir: "Mi familia es pobre en Manasés" (Jue. 6:15). Los vencedores no ven el resplandor de sus propios rostros, pero los demás sí. Quienes ven sus rostros radiantes en el espejo no son vencedores. Aunque David fue ungido, se consideraba un perro. Los vencedores no tienen el nombre de vencedores, sino la realidad.

2. Recibió la visión celestial: vio al Señor

Nadie se entrega a la obra sin haber recibido una visión. Cuando se tiene una visión, aunque se encuentren dificultades, se llega a la meta. Cuando el Señor nos habla, podemos cruzar al otro lado. Cuando tenemos la visión, nuestros pasos serán firmes en la obra.

3. Recibió la visión y no la desobedeció: respondió al llamado del Señor y ofreció sacrificios

Aun cuando nos consideremos el menor, debemos ponernos en las manos de Dios. Independientemente de si nos vemos grandes o pequeños, si no nos ponemos en las manos de Dios, no seremos de ninguna utilidad. Todos los sacrificios vivos que se ofrecen según la voluntad de Dios son aceptables a El. Los vencedores fueron llamados por Dios. ¿Ha oído usted y respondido al llamado a los vencedores que se hace en Apocalipsis 2 y 3?

4. Derribó los ídolos: un testimonio visible

Después de consagrarnos con nuestro corazón, sigue siendo necesario derribar los ídolos como un testimonio visible. Necesitamos estar conscientes de nosotros mismos, de nuestra familia y de aquellos con quienes tenemos contacto. Todo aquello a lo que se le dé un lugar al mismo nivel de Dios, se debe derribar. Solamente aquellos que han visto al Ángel de Dios, que es el Señor, saben que todo lo que no sea el Señor es un ídolo. Solo después de haber visto al Ángel de Dios, se da cuenta uno de que la imagen de madera no es Dios. El sacrificio sobre el peñasco (Jue. 6:21) es ofrecido por el individuo, pero el sacrificio en el altar (v. 24) se ofrece por la multitud.

Después de haber pasado por estos cuatro pasos, el Espíritu Santo vino sobre Gedeón. El hombre es lleno del Espíritu cuando está en la debida condición, y no como resultado de orar. Así que cuando uno está en la condición adecuada, el Espíritu viene sobre uno espontáneamente.

El sonido de la trompeta (v. 34) es el llamado a que otros se unan a las filas de los vencedores, quienes no actúan independientemente. Debemos separarnos de los derrotados y juntarnos con los vencedores.

Cómo seleccionar a los vencedores: los trescientos hombres

1. La primera selección

En la primera selección veintidós mil personas quedaron excluidas. Estas no fueron a la batalla por dos razones. En primer lugar, deseaban gloria para sí. Es posible que estemos dispuestos a entregar nuestra vida, mas no nuestra gloria. No

solamente tenemos que vencer a Satanás, sino también a nosotros mismos. Dios desea solamente a aquellos que trabajen para El sin jactarse. Después de laborar para el Señor simplemente debemos decir: "Esclavos inútiles somos" (Lc. 17:10). Debemos olvidarnos de cuánto hemos arado o de cuántas ovejas hemos apacentado. Dios no comparte Su gloria con nosotros. Si esperamos algo para nosotros, seremos eliminados. En segundo lugar tenían temor y estremecimiento (Jue. 7:3). A todo aquel que teme y se estremece se le pedirá que no vaya a la guerra. No debemos amarnos a nosotros mismos, sino que debemos soportar los padecimientos. El mayor sufrimiento no es material sino espiritual. Todo aquel que desee gloriarse, que tema o que tiemble será descalificado. La victoria no depende de la cantidad de personas que vayan a la batalla, sino del conocimiento de Dios que tengan.

2. La segunda selección

La segunda prueba se basó en un asunto insignificante: beber agua. Las cosas pequeñas siempre sacan a la luz lo que somos. En aquellos días, tanto los judíos como los árabes, cuando viajaban cargaban sus pertenencias a sus espaldas. Había dos maneras de beber agua en el camino. Una era bajar la carga y arrodillarse, doblándose hasta el suelo para beber con la boca, y la otra era llevar el agua a la boca con la mano manteniendo la carga en la espalda. Esta última forma se empleaba para ahorrar tiempo y para mantenerse alerta en caso de ladrones. Entre los diez mil, nueve mil setecientos se agacharon para beber con la boca directamente en el agua, mientras que trescientos bebieron recogiendo agua en la mano y llevándola a la boca. Todos los que bebieron directamente con la boca fueron eliminados. Los que bebieron llevando el agua a la boca fueron seleccionados por Dios. La persona en quien la cruz ha obrado, aunque tenga la oportunidad de ser indulgente consigo misma, no lo hará. A esta clase de personas las puede usar Dios, pues El sólo puede usar a quienes están dispuestos a ser inmolados en la cruz.

Los tres criterios por los cuales Dios selecciona a los vencedores son: (1) Que se entreguen incondicionalmente a la gloria de Dios (2) que no le teman a nada, y (3) que permitan que la cruz ponga fin a su yo. Uno puede juzgar por sí mismo si es un vencedor. Dios nos someterá a prueba, y pondrá en evidencia si somos vencedores o no. Solamente quienes conocen la victoria de la cruz podrán mantener dicha victoria.

La unidad de los vencedores

Dios le dio a Gedeón trescientos hombres e hizo de ellos un solo cuerpo. La victoria de un solo individuo no tiene valor. Gedeón y aquellos trescientos hombres actuaron juntos y procedieron en unanimidad. La carne fue eliminada de ellos para que pudieran ser uno. Esta es la unidad que se tiene en el Espíritu y la vida que se experimenta en el Cuerpo. El Nuevo Testamento es una narración de reuniones más que de labor.

El resultado

Aunque aquellos trescientos hombres ganaron la batalla, toda la congregación persiguió al enemigo. Los trescientos hombres fueron los que pelearon, pero toda la congregación recogió la cosecha. Cuando vencemos, el Cuerpo en su totalidad es avivado. Cuando permanecemos en el fondo del río, el beneficio no es sólo para nosotros, sino para todo el Cuerpo. “Y de mi parte completo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su Cuerpo, que es la iglesia” (Col. 1:24). Para ser vencedores, tenemos que sufrir las murmuraciones de la gente, así como Gedeón sufrió las murmuraciones de los hombres de Efraín. Gedeón no solamente derrotó a los madianitas que vivían lejos del pueblo, sino también a los madianitas que estaban en medio del pueblo. Sólo personas así pueden vencer. Ellos estaban “cansados, más todavía persiguiendo” (Jue. 8:4b).

(29 de enero, por la tarde)

VII. LA ORACION DE LOS VENCEDORES

Lectura bíblica: Mt. 18:18; Ef. 6:12-13; 1:20-22; 2:6; Mr. 11:23-24

Oran con autoridad

Para ser los vencedor que Dios desea, tenemos que aprender a orar con autoridad ejerciendo la autoridad de Cristo. En la Biblia, orar no es simplemente hacer una petición, sino ejercer autoridad. La oración es un mandato que se hace con autoridad.

Los vencedores de Dios tienen que ser fieles primeramente en negarse al yo, al mundo y a Satanás. Primero debemos permitir que Dios nos derrote por medio de la cruz. En segundo lugar, debemos saber cómo aplicar la autoridad de Cristo para derrotar a Satanás; es decir, debemos ganar la victoria sobre Satanás. Hay dos clases de oraciones, a saber: peticiones y mandatos. En Isaías 45:11 Dios dice: “Mandadme”. Las oraciones de autoridad no son peticiones sino mandatos. Podemos exigir que Dios haga algo. Dicha oración es una orden.

Las oraciones que mandan se basan en la ascensión de Cristo. La muerte y la resurrección de Cristo resolvieron cuatro grandes problemas. La muerte de Cristo resolvió todos los problemas que tenemos por estar en Adán; Su resurrección nos concedió una nueva posición; Su ascensión nos sentó en los lugares celestiales, por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobretodo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. Efesios 1 dice que Cristo ascendió por encima de todo principado, poder y señorío. El capítulo dos se refiere al hecho de que también nosotros estamos sentados en los cielos

con El. Por lo tanto, como Cristo está por encima de todo gobierno y autoridad, nosotros también.

Efesios 1 nos dice que Cristo está en los cielos, y el capítulo dos nos dice que nosotros estamos en Cristo, sentados con El en los lugares celestiales. El capítulo seis nos dice lo que hacemos en los cielos. Estamos sentados en los lugares celestiales y elevamos oraciones que son mandatos con la autoridad de la victoria de Cristo.

Una oración común se dirige de la tierra a los cielos, mientras que una oración de autoridad se dirige de los cielos a la tierra. En Mateo 6 se muestra una oración de petición, pues asciende, y en Efesios 6 se muestra una oración de autoridad, pues desciende. Estamos sentados en los lugares celestiales haciendo oraciones que son órdenes. *Amén* en hebreo significa “así sea irrevocablemente”, lo cual es un mandato. Al comienzo de toda batalla Satanás trata de desalojarnos de nuestra posición de victoria en los lugares celestiales. Al hablar de batalla queda implícito que hemos de pelear para mantener nuestra posición, mientras que vencer indica que ocupamos nuestra posición. En Cristo estamos sentados en los lugares celestiales y podemos expresar la oración de autoridad.

La expresión “por tanto” de Marcos 11:24 indica que el versículo 23 también es una oración. Pero el versículo 23 no nos dice que oremos a Dios; simplemente dice: “Cualquiera que diga a este monte”. Esto es dar una orden al monte. Aunque no se habla directamente a Dios, es una oración, una oración de autoridad. No se le pide a Dios que haga algo, sino que se ejerce la autoridad de Dios para aplicarla al monte o a cualquier obstáculo. La fe absoluta procede del conocimiento íntimo de la voluntad de Dios. Solamente con tal fe podemos hablarle al monte. Ordenamos lo que Dios ya ordenó y decidimos lo que Dios ya decidió. Tenemos fe cuando tenemos pleno conocimiento de la voluntad de Dios.

La relación entre la oración de autoridad y los vencedores

Dios, quien es el Señor soberano, está sentado en el trono, mientras que el enemigo está sujeto al trono. Las oraciones nos unen a Dios. Los vencedores, quienes reinan y rigen, saben orar y ejercer la autoridad del trono de Dios. (Esta autoridad gobierna el mundo entero.) Debemos volvernos hacia el trono y aplicar la autoridad para pedirle a un hermano que venga. (Hudson Taylor hizo esto antes.) Para regir en la iglesia y en el mundo, y para ejercer autoridad en los lugares celestiales, los vencedores deben ejercer la autoridad del trono. En Inglaterra hace cerca de diez años, ciertos hermanos aplicaron la autoridad del trono de Dios para gobernar sobre la situación política. En esto consiste regir a las naciones. La batalla espiritual no se limita sólo a defender sino que también ataca. Nosotros no solamente gobernaremos sobre las naciones, sino también sobre el Hades y sobre todo gobierno, autoridad, poder y señorío. Que Dios nos conceda la sabiduría para ejercer la autoridad de Cristo. Todas las cosas fueron puestas bajo

los pies de Cristo, y El es la Cabeza de la iglesia. Cuando ejercemos la autoridad de Cristo, todas las cosas están bajo nuestros pies también.

Mateo 18:18-19 habla de la oración. “En la tierra” y “en los cielos”, expresiones que se mencionan en el versículo 19, nos muestran que la oración del versículo 18 es una orden. Esta orden ata y desata, no pide que Dios ate o desate. La oración que se expresa como un mandato tiene dos aspectos. El primero consiste en atar. Debemos atar a los hermanos y hermanas que no se comportan debidamente en las reuniones, al mundo, el cual estorba la obra, a los demonios, a los espíritus malignos y a Satanás y todas sus actividades. Podemos reinar y gobernar sobre todas las cosas. Cuando algo no esté bien en el mundo o entre los hermanos, es tiempo de que gobernemos y reinemos. El segundo aspecto de la oración que es una orden consiste en desatar. Debemos desatar a otros. Debemos desatar a los hermanos que necesiten ser libres para dedicarse a la obra; debemos desatar el dinero de los hombres para Dios, y debemos desatar la verdad de Dios. Fuimos enviados como embajadores de Dios. En esta tierra deberíamos ejercer nuestro derecho de “inmunidad diplomática”. Podemos acudir al cielo para dominar esta tierra.

(30 de enero, por la tarde)

VIII. LO QUE LOS VENCEDORES DEBEN HACER AL FINALIZAR ESTA ERA

Lectura bíblica: Gn. 3:14-15; Ap. 12:1-11

Estos dos pasajes se corresponden entre sí. Uno se halla al comienzo de la Biblia, y el otro al final. En Génesis 3 tenemos (1) la serpiente, (2) la mujer y (3) la simiente. En Apocalipsis 12 tenemos (1) la serpiente, (2) la mujer y (3) el hijo varón.

La sentencia que Dios pronuncia sobre la serpiente

Génesis 3 contiene lo que Dios dijo al hombre y a la serpiente después de la caída, y también abarca la redención de Dios. “Sobre tu pecho andarás” significa que Dios restringió la obra de Satanás a la tierra; por consiguiente, él ya no puede trabajar por todo el universo. “Y polvo comerás todos los días de tu vida” indica que Dios limitó a Satanás a comer al hombre, pues éste fue hecho del polvo. Dios determinó que los descendientes de Adán fueran la comida de Satanás.

“La mujer” era la madre de todos los vivientes. Por tanto, la mujer representa todos los seres vivos que Dios desea salvar.

“La simiente de la mujer” es Cristo. Cuando Cristo estuvo en la tierra, hirió la cabeza de la serpiente. La cabeza es la parte más vital del cuerpo. El Señor hirió el poder vital de Satanás.

La serpiente heriría su calcañar, lo cual significa que lleva a cabo su obra a espaldas de Cristo. Después de que Cristo hirió la cabeza de la serpiente, siguió Su camino, pero la serpiente trabajó a sus espaldas. Esta ha sido siempre la manera en que el enemigo trabaja en los creyentes, siempre actúa a espaldas de ellos.

“La simiente de la mujer” se refiere tanto al Cristo individual como al Cristo corporativo. Todos los que participan de la resurrección de Cristo constituyen la simiente de la mujer. El Señor nació de una mujer, pero sin la naturaleza adámica. De igual manera, el hombre nuevo regenerado de los creyentes tampoco tiene la naturaleza de Adán. Cristo es Hijo de Dios, y del mismo modo, el nuevo hombre es hijo de Dios. Ni Cristo ni el nuevo hombre nacieron de la carne ni de voluntad de varón.

A partir de desde Génesis 3, las esperanzas de Dios y del hombre quedaron en la simiente de la mujer. Satanás también puso mucha atención a la simiente de la mujer. Por eso él indujo a Herodes a dar muerte al Señor, tentó al Señor en el desierto, y luego lo persiguió por tres años y medio. Pero en todas estas situaciones el Señor venció.

Los vencedores juzgan a la serpiente

Los capítulos comprendidos entre el cuatro y el once de Apocalipsis constituyen una sección. Desde el capítulo quince hasta el final forman otra sección. Ahora bien, los capítulos del doce al catorce son insertados como notas marginales de los capítulos previos, y no forman parte del tema principal. El capítulo doce es la continuación de los capítulos dos y tres, en los cuales se menciona “vencer” siete veces; mientras que en el capítulo doce dice: “Ellos le han vencido”. Los capítulos dos y tres mencionan el llamado que Dios hace a los vencedores cuando la mayoría de la iglesia ha fracasado, mientras que el capítulo doce nos dice cómo son esos vencedores y lo que hacen. Apocalipsis 2:27 dice que los vencedores regirán las naciones con vara de hierro, mientras que en 12:5 se afirma que el hijo varón regirá las naciones con vara de hierro. Los vencedores son el hijo varón. El hijo varón es corporativo, compuesto de “los hermanos” a los que aluden los versículos 10 y 11.

El Señor dio a Satanás intencionalmente el nombre “la serpiente antigua”, para recordarnos lo dicho en Génesis 3.

En Apocalipsis 12 la mujer que da a luz el hijo varón es Jerusalén, no solamente la Jerusalén terrenal, sino también la celestial. La Biblia nos dice que Dios es nuestro Padre, el Señor es nuestro hermano mayor, y Jerusalén es nuestra madre (Gá. 4:26).

El sol, la luna y las doce estrellas corresponden al sueño de José; por consiguiente, deben de referirse a los israelitas. Jerusalén es el centro de los israelitas. Así que, esta mujer posiblemente representa a Jerusalén.

Esta mujer es la Jerusalén que se menciona en los capítulos veintiuno y veintidós. Ella es una ciudad compuesta de todos los salvos del Antiguo Testamento y los del Nuevo, quienes tienen la vida de Cristo. La mujer que va a dar a luz el hijo varón tipifica a la iglesia, pero después de darlo a luz, tipifica a los israelitas. Antes de que nazca el hijo varón se describen las cosas que están en los cielos —el sol, la luna y las estrellas—. Después de que él nace se describe su condición en la tierra, pues huye al desierto.

La mujer tipifica a los muchos hijos que Dios ha salvado. El enemigo los perseguirá a ellos, y la serpiente atacará a la mujer. Ellos estarán solos para pelear, pero debido a que no pueden hacerlo, Dios levantará vencedores de entre ellos para que peleen. Estos regirán las naciones con vara de hierro y tendrán un lugar especial en el reino. Cuando sean arrebatados y llevados al cielo, Satanás será lanzado abajo, y ellos tomarán de nuevo el lugar que ocupaba la serpiente en los cielos. Cuando ellos estén en la tierra, Satanás se retirará, y cuando estén en los cielos, Satanás será lanzado. Vencer significa recobrar el terreno que se había perdido. El hijo varón vence en lugar de su madre, la iglesia. Al final de los tiempos, Dios busca vencedores que pongan fin a la batalla que se libra en los cielos. Estos llevarán a los cielos “la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de Su Cristo” (Ap. 12:10). Como resultado, la serpiente ya no tendrá lugar en el cielo. Adonde quiera que los vencedores lleguen, Satanás tiene que irse.

Las armas de los vencedores

Los vencedores derrotan al enemigo con lo siguiente:

1. La sangre del Cordero

En primer lugar, la sangre de Cristo fue derramada, lo cual significa que la vida de la carne fue derramada. Debido a esto, Satanás no nos puede hacer nada. Satanás se alimenta de polvo; y sólo puede operar en una vida que sea de carne. En segundo lugar, la sangre de Cristo contrarresta el ataque de Satanás. La sangre de Cristo nos resguarda del ataque de Satanás, de la misma manera que los israelitas fueron protegidos por la sangre del Cordero de la pascua. La sangre satisface la justicia de Dios y significa muerte. Por lo tanto, Satanás no puede atacarnos. En tercer lugar, la sangre de Cristo responde las acusaciones de Satanás.

2. La palabra del testimonio

Toda la obra que Satanás efectúa en la iglesia consiste en derribar el testimonio. La iglesia es el candelero, el cual, a su vez, es el testimonio. Esto es lo que Satanás desea derribar cuando ataca a la iglesia. El testimonio del que se habla

aquí se refiere específicamente al testimonio en contra de Satanás. Cuando el Señor fue tentado, hizo tres afirmaciones que fueron testimonios dirigidos a Satanás. Nosotros también debemos hacer declaraciones como testimonio en contra de Satanás. Es posible que Satanás nos diga: "Eres débil". Pero nosotros debemos decirle que el poder del Señor se perfecciona en la debilidad (2 Co. 12:9). Debemos ejercer la victoria de Cristo aplicando la Palabra de Dios. La sangre habla de la victoria de Cristo, pero el testimonio es la aplicación de la victoria de Cristo con la Palabra de Dios.

3. No aman sus propias vidas

Debemos sacrificar nuestro cuerpo y nuestra vida y no tener lástima de nosotros mismos. "Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo" (Hch. 20:24). Por causa de la sangre del Señor y de la palabra de nuestro testimonio, no debemos temer a la muerte, sino que debemos pelear hasta vencer. Si hacemos esto, haremos que se cumpla la declaración hecha en Génesis 3:15.

El dragón desea devorar al hijo varón que está a punto de nacer. Por esta razón, nosotros somos perseguidos y sufrimos. Esta persecución y estos sufrimientos nos fuerzan a volvernos el hijo varón y hacen que seamos parte de los que son arrebatados primero. El primer arrebatamiento no es solamente una bendición sino una responsabilidad. Todo aquel que deja lugar en su corazón para el dragón; pasará por la gran tribulación. Pero quien no tenga lugar en su corazón para el dragón, le aplastará la cabeza. La serpiente engañó a la mujer. Por eso, es necesario que la simiente de la mujer lo hiera. Dios no vencerá la serpiente solo, sino que usará a los vencedores para hacerlo. Permita el Señor que seamos parte de los vencedores.

(31 de enero, por la tarde)

Mensaje de Watchman Nee
Notas tomadas por Witness Lee en Shanghai

Capítulo cuatro

MINISTRAR AL TEMPLO O MINISTRAR A DIOS

Lectura bíblica: Ez. 44:9-26, 28, 31; Lc. 17:7-10

Estos dos pasajes bíblicos nos muestran dos actitudes diferentes que uno puede manifestar ante Dios. Antes de examinar la Palabra de Dios bajo Su luz en estos dos asuntos, es necesario que entendamos cuáles son nuestras responsabilidades y cuál es el enfoque continuo de Dios para con la iglesia en esta era.

Hermanos y hermanas, permítanme preguntarles específicamente: ¿A quien ministran ustedes en realidad, a los creyentes o a Dios? ¿Cuál es el centro de nuestra labor, la obra misma o el Señor? Existe una enorme diferencia entre estos dos ángulos. Ministran al templo es totalmente diferente de ministran a Jesucristo. En la actualidad vemos que muchas personas ministran y sirven, pero están en el atrio, es decir, no se han acercado a la mesa. Son muchos los que ministran al templo y no al Señor. Sin embargo, el Señor busca continuamente un ministerio que se dirija exclusivamente a El. Su deseo no es que nosotros hagamos Su obra. Ciertamente laborar, arar la tierra y criar ganado es importante, pero estas actividades no son lo que el Señor busca. El busca un ministerio o servicio dedicado exclusivamente a El. El desea que Sus siervos le ministren y le sirvan a El. Cuán felices son aquellos que pueden ministrarle a El.

Quisiera describir la diferencia entre estas dos clases de ministerios. Examinemos estas dos porciones de la Palabra. Nuestra intención no es dar una explicación de las Escrituras, pues esto se ha convertido en una trampa para muchos creyentes espirituales. De hecho, nada ha perjudicado más a los creyentes espirituales que este asunto de explicar las Escrituras. Tenemos la idea de que siempre que hayamos dos versículos similares en la Biblia, podemos explicarlos, lo cual no es cierto. Descubramos primero la lección y luego la estudiaremos. Antes de estudiar, debemos aprender en la práctica cómo ministran a Dios. Primero debemos conocer al Autor de la Biblia antes de leer el contenido de ésta. Si le damos a la Biblia la prioridad, fracasaremos. Por tanto, para empezar quisiéramos declarar que nuestra intención no es explicar las Escrituras, sino aprender una lección práctica. Al referirnos a estos dos pasajes de la Palabra, queremos referirnos a las experiencias que debimos haber pasado y a las que ya pasamos.

Leemos en Ezequiel 44:11, 15-16: “Y servirán en mi santuario como porteros a las puertas del templo y sirvientes en el templo; ellos matarán el holocausto y la víctima para el pueblo, y estarán ante él para servirle ... Mas los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron el ordenamiento del santuario cuando los hijos de Israel se apartaron de mí, ellos se acercarán para ministran ante mí, y delante de mí estarán para ofrecirme la grosura y la sangre, dice Jehová el Señor. Ellos entrarán en mi santuario, y se acercarán a mi mesa para servirme, y guardarán

mis ordenanzas”. El versículo 11 es muy diferente de los versículos 15 y 16; existe una diferencia básica entre aquél y éstos. El versículo 11 habla de ministrar al santuario, mientras que los versículos 15 y 16 hablan de ministrar “a mí”; es decir, es un ministerio dirigido a Jehová. En hebreo la misma palabra que se traduce ministrar se usa en ambas porciones. Ante Dios había dos grupos de levitas. Aunque todos los levitas le pertenecían y eran parte de una misma tribu, en su mayoría sólo eran dignos de ministrar al templo; no obstante, había entre ellos una pequeña minoría, que no sólo incluía a los levitas sino también a los hijos de Sadoc, que podía ministrar “ante Mí”, o sea, ministrar a Jehová.

¿Sabe usted lo que es ministrar al templo y lo que es ministrar a Jehová?
¿Conoce la diferencia entre estas dos clases de ministerio? Muchos dicen que no hay nada mejor que ministrar al santuario. Es como si dijeran: “Ven cuánto me esfuerzo por extender mi obra, luchar por el reino, laborar en el nombre del Señor, llevar la responsabilidad de ayudar en la iglesia y cómo me empeño en ser un siervo de los hermanos. Hago todo lo posible por ayudar a los hermanos y las hermanas. Estoy dispuesto a ir a cualquier lugar para hacer que la iglesia florezca y la obra prospere”. Muchos piensan que es maravilloso salvar pecadores y traerlos a la iglesia, para que ésta crezca en número. Pero esto es solamente ministrar al templo. Existe otra clase de ministerio además de éste. A los ojos de Dios, además del ministerio dirigido al templo, existe un ministerio mejor. Nosotros ministramos no sólo delante del Señor sino también a El. No sólo existe el ministerio que se hace en el templo, sino también el que se hace al acercarnos a Su mesa. No sólo ministramos delante del Señor, sino que ministramos al Señor, lo cual es un asunto muy diferente. Estas dos clases de ministerio son extremadamente diferentes entre sí. No hay ninguna similitud entre ellos.

Si usted puede ver la diferencia que hay entre estos dos ministerios, comprenderá lo que el Señor siempre ha buscado. Evitemos la idea errónea de que ministrar al Señor significa desatender el templo. Mi intención es compartir que además de ministrar al templo, existe un ministerio más profundo, que consiste en ministrar al Señor. Muchas personas sólo saben ministrar al templo, mas no al Señor.

Permítanme formular algunas preguntas, en especial dirigidas a los colaboradores. ¿Con qué fin predicamos el evangelio? Deseamos ayudar a que la obra prospere, pero ¿cuál es en realidad nuestro fin? Salimos a predicar a muchos lugares, pero ¿con qué propósito lo hacemos? ¿A qué se dedican en realidad? ¿Tienen la esperanza de que más personas escuchen el evangelio? Sólo mencionaré las cosas buenas y dejaré a un lado las inferiores. No hay duda de que es bueno predicar el evangelio, salvar pecadores y ayudar al crecimiento espiritual de los hermanos y las hermanas. Hacemos lo posible por ser fieles en predicar y en perfeccionar a otros. Sin embargo, los ojos de muchos están fijos exclusivamente en los hermanos y hermanas. Esto es lo que significa ministrar al templo. Puesto que estamos ante la gente y le ministramos, nuestro ministerio está dirigido a ellos, no al Señor. Esto no significa que los que ministran al Señor deban dejar de ministrar a la gente, pues quienes ministran al Señor también sirven a los demás, aunque su única meta es el Señor. Ellos estiman al hombre por amor a Dios. De

modo que no se concentran en el hombre solamente. Si uno entra a la presencia del Señor y se concentra sólo en El, espontáneamente puede ministrar a los hermanos. He ahí la gran diferencia.

En las siguientes secciones veremos la diferencia básica que existe entre ministrar al Señor y ministrar al templo. Luego veremos cómo se ministra al Señor y cómo se ministra al templo. Finalmente, veremos cuáles son los requisitos para ministrar al Señor.

I. LA DIFERENCIA ENTRE MINISTRAR AL TEMPLO Y MINISTRAR AL SEÑOR

Es posible que no veamos mucha diferencia entre ministrar al templo y ministrar al Señor. Puede ser que usted haga todo lo posible por ayudar a los hermanos, salvar a los pecadores, laborar diligentemente en la administración de la iglesia y exhortar a otros a que lean la Biblia y oren; también es posible que haya sufrido mucho y haya sufrido persecución. Pero persiste la misma pregunta básica: ¿qué lo motiva a hacer todo ello? Esta pregunta depende de si el Señor ocupa el primer lugar en su corazón. Al madrugar para ministrar a los hermanos y hermanas, ¿dicen ustedes: “Señor, hoy haré esto de nuevo por que te amo”? ¿O lo primero que piensan es que hacer eso es su deber, y que no les queda otra alternativa? Si tal es el caso, entonces actúan por obligación y no por el Señor. Al hacerlo sólo tienen en la mira a los hermanos y no al Señor. Sus motivos determinan su condición.

Francamente la obra tiene áreas que son agradables a la carne. Tomemos por ejemplo, el caso de una persona que es activa por naturaleza y que se complace en hablar mucho. Si usted le pide que lo acompañe a predicar el evangelio, a viajar de pueblo en pueblo y a predicar en diversos lugares, estará muy contenta de hacerlo. Lo que motiva a esa persona a hacer aquellas cosas es el simple hecho de ser una persona activa y extrovertida. En realidad no hace todo esto por causa del Señor, pues muchas veces cuando se encuentra con cosas que no le agradan, no las lleva a cabo, aunque sabe que es la voluntad del Señor. El temperamento que tiene por naturaleza se complace en predicar el evangelio; así que está contenta y piensa que ministra al Señor al llevar a cabo aquellas actividades. En realidad, dicha persona está ministrando al templo. ¡Existe una gran diferencia aquí! ¡En la obra del Señor hay áreas que parecen interesantes y atractivas a la carne! Cuando usted da un mensaje, muchos se acercan a escucharle. Al leer un pasaje de la Biblia, todos comentan cuán bien lo hizo. Al predicar el evangelio, muchos se salvan por medio de usted. Esto estimule su autoestima.

Si estoy ocupado en quehaceres domésticos desde la mañana hasta la tarde, o si soy un obrero que trabaja bajo el incesante ruido de la maquinaria de una fábrica, o si soy un empleado y paso en una oficina desde la mañana hasta la tarde, o si limpio mesas y pisos o cocino todo el día, es posible que piense que estas actividades no tienen importancia. Pero si pudiera librarme de todo eso para

dedicarme a la obra del Señor, ¡qué bueno sería! Es posible que una hermana piense que quedarse en casa y cuidar a sus hijos, ser un ama de casa y hacer todas las tareas domésticas es muy aburrido! Si tan sólo pudiera quedar libre para dedicar más tiempo a las cosas espirituales, ¡cuán bueno sería! Pero esto es lo que le atrae a la carne, y no es una inclinación espiritual; es lo que traería deleite al yo.

Ojalá que podamos ver que gran parte de la labor y el servicio que hacemos delante de Dios no es una ministración al Señor. La Biblia nos habla de un grupo de levitas que servían en el santuario, pero sólo ministraban al templo, no a Dios. Ministran al templo es muy similar a ministrar al Señor. Por fuera la diferencia es casi imperceptible. Aquellos levitas servían en el templo preparando las ofrendas de paz y los holocaustos. Esta era una tarea maravillosa. Supongamos que un israelita quería adorar a Dios y traerle una ofrenda de paz o un holocausto; él no podía presentar el animal en el lugar del sacrificio, pues ésa era la labor de los levitas. Ellos ayudaban al oferente sacrificando los animales. ¡Cuán bueno era esto! ¡Ellos también ayudaban a las personas a acercarse al Señor y conocerlo! Aún hoy, es una obra maravillosa poder guiar a un pecador a que se convierta, o ayudar a un creyente a que avance. Mientras los levitas ministraban, sudaban por la intensa labor. Ellos ayudaban a los demás a presentar las ofrendas del ganado o de las ovejas. Tanto la ofrenda de paz como el holocausto eran tipos de Cristo. Esto significa que ellos ejercían toda su energía para traer las personas al Señor. Es maravilloso conducir a alguien al conocimiento del Señor. Sabemos que la ofrenda de paz restaura la relación que existe entre el pecador y el Señor, mientras que el holocausto resuelve el problema que hay entre el creyente y el Señor. La ofrenda de paz nos muestra cómo se acerca un pecador al Señor, mientras que el holocausto alude a la consagración del creyente. La labor de los levitas no sólo consistía en hacer que los pecadores creyeran en el Señor, sino también que los creyentes se consagraran a El. Esta era una obra maravillosa; era una actividad genuina, no la habían inventado ellos. Dios conocía la obra de ellos. Ellos verdaderamente ayudaban a otros a ofrecer las ofrenda de paz y los holocaustos. En realidad traían salvación y proporcionaban ayuda al pueblo, y laboraban muy arduamente. No obstante, Dios afirma que ellos no le ministraban a El.

Recuerden hermanos y hermanas que ministrar al Señor es mucho más profundo que guiar a los hombres al Señor o ayudar a los creyentes a consagrarse a El. Ministran al Señor va más allá. A los ojos de Dios, guiar a los incrédulos al Señor, y a los creyentes a la consagración constituye el ministerio que se rinde al templo. Ministran al Señor es algo más profundo. ¿Qué vemos cuando nos presentamos ante Dios? ¿Vemos pecadores que necesitan la salvación? ¿Vemos que debemos ayudar a los creyentes en su progreso espiritual? ¿O vemos algo más profundo? Mi meta aquí no es salvar a los pecadores ni ayudar a los creyentes. ¿Pueden ver esto? Temo mucho que algunos tal vez digan: “Si salvar pecadores y ayudar a los creyentes no es el centro de mi actividad, entonces ¿qué voy a hacer? No me queda nada por hacer”. ¿Tenemos acaso otra obra nosotros? Muchos hermanos sólo tienen esto y dicen: “Si no ayudo a otros ni predico la salvación, ¿entonces

que he de hacer?” Fuera de estas cosas, dichos hermanos no tienen nada que hacer. Su obra está limitada al templo. Si usted les quita estas cosas, no tendrán nada que hacer.

Hermanos y hermanas, si entendieran en qué consiste la pesada carga que siento, podrían conocer la meta de Dios. Dios no tiene interés en un ministerio externo y destacado; tampoco busca la salvación de los pecadores. Su objetivo no es ni salvar a los hombres ni ayudar a los creyentes a ser más espirituales o a avanzar. El tiene una sola meta, y ésta es que los hombres le pertenezcan exclusivamente a El. En otras palabras, El desea que estemos delante de Su presencia y que le ministremos a El. La meta de Dios no es una gran cantidad de actividades, sino El mismo.

Quisiera recalcar que no me preocupa si ofendo a alguien, pero sí temo que muchos salgan a predicar el evangelio con el único fin de ayudar a la gente, salvar a los pecadores y perfeccionar a los creyentes, sin tener el menor interés en ministrar al Señor. La meta de muchos de los que están en “el ministerio del Señor” no es otra que satisfacer sus propias inclinaciones y placeres; no soportan estar confinados, están llenos de energía y sienten la urgencia de mantenerse activos de muchas maneras a fin de estar contentos. Aunque den la impresión de estar ministrando a los pecadores y a los hermanos, interiormente están ministrando a su propia carne, pues si no están envueltos en toda esta actividad, no están contentos. No dudo que a estas personas les interese que el Señor esté satisfecho. Tal vez piensen que yo sólo deseo incomodarlos, pero lo que digo es cierto. Recuerden que hay muchas áreas en la obra del Señor que llaman la atención de nuestro hombre natural. Sin embargo, entregarnos a ello es muy perjudicial. Cuando vemos algo en la obra del Señor que por naturaleza nos atrae, inmediatamente lo llevamos a cabo, lo cual es bastante lamentable. Por esta razón, tenemos que orar a Dios pidiendo Su gracia para poder saber lo que es ministrar a Dios y lo que es ministrar al templo.

Tuve una amiga muy estimada, la cual ya está del otro lado del velo. Ella pertenecía al Señor, y yo la amaba mucho en el Señor. Un día fuimos los dos a una montaña para orar. Después de la oración leímos Ezequiel 44. Como era mucho mayor que yo, me dijo: “Hermano, hace veinte años leí este pasaje”. Le pregunté cómo se había sentido después de leerlo. Ella respondió: “Después de leerlo, inmediatamente cerré la Biblia, me arrodillé, y oré así: ‘Señor concédeme ministrarte a Ti. No me permitas ministrar al templo’”. Hermanos y hermanas, nunca he olvidado este incidente, y nunca lo olvidaré. A pesar de que ella ya murió, siempre recuerdo sus palabras: “Señor, concédeme ministrarte a Ti. No me permitas ministrar al templo”. ¿Podremos nosotros hacer tal oración y decir: “Señor, deseo ministrarte a Ti; no quiero ministrar al templo”?

Creo que muchas personas anhelan recibir algo de Dios pero no desean a Dios mismo. Muchos piensan que salvar almas es lo más importante, y hasta abandonarían sus empleos por dedicarse a hacerlo. Las hermanas casadas quisieran no hacer los quehaceres domésticos; las solteras no quieren ni pensar

en casarse, y los que tienen un empleo quisieran no tener que trabajar. Piensan que no tiene ningún significado seguir haciendo lo que hacen. Piensan que trabajar, cuidar de la familia, servir y estudiar son actividades demasiado triviales. Piensan que sería maravilloso si pudieran quedar libres para predicar el evangelio. Pero debemos preguntarnos: ¿Estoy ministrando a Dios o estoy ministrando al templo?”

II. COMO MINISTRAR AL TEMPLO Y COMO MINISTRAR AL SEÑOR

A muchos les gusta la actividad física; les agrada ejercitar su fuerza muscular al inmolar las vacas y las ovejas, pues de esta manera usan su fuerza y su energía carnal. Pero si se les pide que vayan a un lugar solitario y tranquilo donde nadie los pueda ver, se les hace imposible. El santuario es un lugar extremadamente oscuro. ¡En su interior sólo hay siete lámparas de aceite de olivo, cuya luz no es más intensa que la de siete velas! Muchos piensan que ministrar al Señor en el santuario no es tan interesante. Pero éste es el lugar donde el Señor desea que estemos. Este lugar es tranquilo y está en penumbras; allí no se encuentran grandes multitudes de personas. Pero allí uno puede ministrar genuinamente al Señor. Hermanos, es imposible encontrar un siervo de Dios genuino o un verdadero ministro del Señor que no ministre de esta manera.

Examinemos ahora lo que hacen los levitas. Ellos inmolan el ganado y las ovejas fuera del templo, a la vista del hombre; su obra es muy evidente. Otros lo pueden alabar a uno, diciendo que es excelente y fuerte por haber matado tantas vacas, bueyes y ovejas, y por haberlos traído al altar. Muchas personas hasta se estremecen de emoción al ver los logros externos de la obra.

Pero ¿qué envuelve el ministerio al Señor? El versículo 15 dice explícitamente: “Mas los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron el ordenamiento del santuario cuando los hijos de Israel se apartaron de mí, ellos se acercarán para ministrar ante mí, y delante de mí estarán para ofrecermela grosura y la sangre, dice Jehová el Señor”. La base para ministrar al Señor, su requisito básico, es acercarse a El, tener la confianza de hacerlo, de sentarse y estar firme ante El. Hermanos, ¿sabemos como acercarnos al Señor? ¿Cuán frecuentemente nos damos cuenta de que debemos esforzarnos por entrar a Su presencia? Muchos temen quedarse solos en ese lugar oscuro. Temen a la soledad y no soportan quedarse encerrados. Muchas veces aunque estén en un cuarto, su corazón está afuera vagando y no pueden acercarse al Señor. No pueden estar solos ni aprender sosegadamente a orar delante de el Señor. Muchos se sienten contentos de laborar, de estar rodeados por la muchedumbre y de predicar el evangelio. Pero no pueden acercarse a Dios en un santuario en penumbras, sosegado y solitario. No obstante, es imposible ministrar al Señor sin acercarse a El, sin acudir a El en oración. El poder espiritual no es el poder de la predicación sino el poder de la oración. La fuerza interior que uno posee es un indicio de cuánto ora uno. Nada requiere más esfuerzo que la oración. Es posible leer la Biblia sin mucho esfuerzo. No quiero dar a entender que no se necesite ningún esfuerzo para leer

la Biblia, pero no es tan difícil de lograr. Es posible predicar el evangelio sin mucho esfuerzo, y también es posible ayudar a los hermanos sin usar mucha fuerza espiritual. Al hablar, es posible que uno confíe en que su mente hará el trabajo. Pero para poder acercarse a Dios y arrodillarse ante El por una hora, es necesario valerse de la fuerza de todo su ser. Si uno no hace tal esfuerzo, no podrá perseverar en la obra. Todo ministro del Señor sabe lo valiosos que son esos momentos, la hermosura de despertarse a media noche y pasar una hora en oración antes de volverse a dormir, y lo maravilloso que es madrugar a orar durante una hora. Si no nos acercamos a Dios, no podremos ministrarle. Es imposible ministrar al Señor estando alejado de El. Algunos discípulos podían seguir al Señor de lejos, pero ninguno de éstos podía ministrarle a El. Es posible seguir al Señor en secreto y de lejos, pero es imposible ministrarle de esta manera. El santuario es el único lugar donde se puede ministrar al Señor. Uno puede relacionarse con la gente en el atrio, pero sólo en el santuario puede uno acercarse a Dios. De hecho, los que pueden ayudar a la iglesia y ser eficaces son aquellos que están cerca de Dios. Si la labor que hacemos delante de Dios está dirigida solamente a los hermanos y las hermanas, nuestra obra será muy pobre.

Si queremos ministrar al Señor, tenemos que acercarnos a El. ¿Cuál debería ser nuestra condición delante de Dios? “Delante de mí estarán” (v. 15). Tengo la impresión de que nos gusta estar siempre en movimiento, y parece que nos fuera imposible quedarnos sosegados. No podemos quedarnos quietos. Muchos hermanos y hermanas están extremadamente atareados. Hay tantas cosas por hacer que piensan que no pueden detenerse. Si usted les pide que descansen y esperen un momento, no pueden hacerlo. Pero toda persona que es espiritual sabe lo que es permanecer delante de Dios.

¿Qué significa estar delante de El? Significa esperar hasta recibir la orden; esperar ante el Señor hasta que nos muestre Su voluntad. Se han establecido un sinnúmero de obras. No me refiero a fábricas y oficinas. Los creyentes deben ser absolutamente fieles a sus patrones terrenales al servirles. Pero en cuanto a la obra espiritual, necesitamos ser más que simplemente eficientes. Me dirijo en particular a todos los colaboradores. Hermanos, ¿han establecido su obra por completo? ¿Está marchando su obra eficazmente? ¿Se encuentran extremadamente atareados? ¿Pueden detenerse y esperar un poco? ¿Tienen toda su labor programada? ¿Actúan metódicamente conforme al plan que ya elaboraron? ¿Se sienten satisfechos? Hermanos, ¿pueden esperar otros tres días? ¿Pueden quedarse quietos por un momento sin ir a ningún lado? Esto es lo que significa permanecer delante del Señor. Quien no sabe acercarse al Señor no podrá ministrarle a El. Esto mismo se aplica a todo aquel que no sabe permanecer delante del Señor, pues le será imposible ministrar al Señor. Hermanos, ¿acaso no debe un siervo esperar que se le dé una orden antes de emprender cualquier actividad?

Permítanme reiterar que sólo hay dos clases de pecado delante de Dios. Uno es la rebelión en contra de Sus mandamientos; esto es, El da una orden y uno se rehúsa a obedecerla. El otro tipo de pecado consiste en hacer algo que El no

ordena. Uno es el pecado de la rebelión, y el otro es el pecado de la arrogancia. Uno no hace lo que el Señor dice, y el otro hace lo que el Señor no dice. Si permanecemos delante del Señor pondremos fin al pecado de hacer lo que el Señor no nos ha mandado. Hermanos y hermanas, ¿qué parte de la obra espiritual la hacen sólo cuando han entendido claramente la voluntad de Dios? ¿Quiénes actúan exclusivamente como resultado del mandato del Señor? Es posible que nuestras actividades provengan de nuestro entusiasmo o de creer que es una buena acción. Permítanme decirles que lo que más estorba la voluntad de Dios es las cosas buenas. Como creyentes nos es fácil reconocer que no debemos participar de las cosas malas, inmundas y lujuriosas y nos damos cuenta de que son intolerables. Así que, no es muy común que tales cosas sean un estorbo al propósito de Dios, pero lo que sí es un obstáculo es principalmente las cosas buenas, dado que son similares a dicho propósito. Es posible que pensemos que cierta acción no es mala y que no tenemos otra opción mejor, y tal vez procedamos a hacerla sin preguntarle al Señor si aquello es Su voluntad. Las cosas buenas son el peor enemigo de Dios. Cada vez que nos rebelamos contra Dios, se debe a que al ver una buena acción procedemos, en nuestra arrogancia, a llevarla a cabo. Como hijos de Dios, sabemos que no podemos pecar y que no debemos hacer el mal. Pero, ¿cuántas veces hemos hecho algo sin tener ninguna convicción o porque nos pareció que era correcto hacerlo?

Sin duda, cierta obra puede ser muy buena, pero ¿nos hemos presentado delante del Señor? Necesitamos permanecer delante de El. Permanecer quiere decir no caminar ni moverse; estar quietos en un solo lugar, detenerse y esperar la orden del Señor. Hermanos, en esto consiste ministrar al Señor. Cada vez que alguien viene a ofrecer un sacrificio, los animales se inmolan en el atrio. Pero en el Lugar Santísimo hay soledad absoluta. Allí ningún hermano o hermana ejerce autoridad sobre nosotros, ni hay concilios que tomen decisiones por nosotros, ni hay comités que nos comisionen. En el Lugar Santísimo nos gobierna una sola autoridad, la del Señor. Sólo hacemos lo que el Señor nos indique; si no nos indica nada, no haremos nada. Hermanos, ¿podemos verdaderamente estar delante de El?

Si queremos ministrar al Señor en el Lugar Santísimo, debemos pasar tiempo delante de El y orar más. De no ser así, no le seremos útiles. Necesitamos orar para entrar a la presencia de Dios y acercarnos a El. Por consiguiente, orar equivale a permanecer delante de Dios y procurar conocer Su voluntad. Damos gracias al Señor porque aunque no todos los creyentes hacen esto, hay algunos que permanecen delante de El y lo siguen en el camino que tienen por delante.

A fin de permanecer delante del Señor, es necesario “ofrecer la grosura y la sangre” (Ez. 44:15). La santidad y la justicia de Dios se manifiestan en el Lugar Santo, y Su gloria en el Lugar Santísimo. La gloria de Dios llena el Lugar Santísimo, y Su santidad y Su justicia llenan el Lugar Santo. La sangre se ofrece por causa de la santidad y la justicia de Dios, mientras que la grosura se ofrece para Su gloria. La grosura trae algo a Dios, pero la sangre satisface lo que exigen Su santidad y Su justicia. Puesto que Dios es santo y justo, no puede aceptar a una persona que se encuentre en pecado. Sin derramamiento de sangre, sin la

remisión del pecado, o sin que el hombre pague por su pecado, Dios no está satisfecho. Por eso se necesita la sangre; no es posible acercarse a Dios sin ella. En el Antiguo Testamento el hombre fue desechado y no podía acercarse a Dios. Pero ahora podemos acercarnos a El porque tenemos la sangre del Señor. Además de esto, debemos ofrecer la grosura, que significa ofrecer lo mejor. La sangre elimina el problema del pecado, mas la grosura trae satisfacción a Dios. La grosura es la mejor parte de la ofrenda y también la más rica, y satisface el corazón de Dios. Por consiguiente, trae gloria a Dios.

Todos los que quieren acercarse a Dios para ministrar ante El, deben responder a las exigencias de la santidad, la justicia e inclusive de la gloria de Dios. Toda la Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, se centra en estas tres cosas: la santidad, la justicia y la gloria de Dios. La gloria de Dios se relaciona con Dios mismo; Su santidad, con Su naturaleza; y Su justicia con Su norma. En otras palabras, la norma de Dios es justa, Su naturaleza es santa, y El es glorioso. Antes de acercarnos a Dios, debemos comprender cómo ha llegado a ser posible que estemos en Su presencia. ¡Dios es santo y justo! ¿Cómo podemos nosotros simples pecadores encontrarnos con El? Podemos encontrarnos con El debido a que tenemos la sangre, la cual nos limpia de nuestro pecado y nos redime. En consecuencia, podemos acercarnos a Dios sin conflicto alguno debido a que Su sangre nos limpia de toda injusticia. Sin embargo, El no sólo es santo y justo, sino que también está lleno de gloria. Por tanto, es necesario ofrecer la grosura, lo cual equivale a ofrecer a Dios lo mejor que tengamos para traerle satisfacción. En otras palabras, la sangre resuelve el problema que representa todo lo relacionado con la vieja creación, y la grosura se relaciona con la nueva creación. La sangre disipa todo lo que pertenece a la vieja creación, de manera que no tengamos ningún problema con la santidad de Dios ni con Su justicia. La grosura pertenece a la nueva creación e indica que nos ofrecemos nosotros a Dios, de modo que satisfagamos Su gloria.

No podemos ministrar a Dios si no conocemos la muerte y la resurrección. Morir no es una doctrina ni una teoría sacada de la Biblia; morir es ser derramados al poner genuinamente nuestra confianza en El y en la sangre incorruptible que El vertió. Cuando Su sangre incorruptible fue vertida, nosotros también fuimos derramados. Agradecemos al Señor porque ahora El no tiene sangre, aunque tiene un cuerpo de carne y hueso. Todo lo que pertenecía a la vida natural fue derramado. Cuando el Señor derramó Su sangre toda la vida de Su alma también se fue. El ciertamente derramó Su alma hasta la muerte (Is. 53:12). Este es el significado de la sangre. Al derramarse la sangre, desaparece todo lo natural. De esto hablaremos más adelante.

Si queremos ministrar delante de Dios, tenemos que acercarnos a El, estar delante de El y esperar que nos muestre Su voluntad. Recuerden estos dos asuntos indispensables. Por una parte, debemos derramar continuamente nuestra "propia sangre", o sea que debemos reconocer continuamente que todo lo que poseemos de nacimiento ya fue derramado. A menudo muchos me piden que les explique lo que es la vida natural. Muchas veces les contesto que todo lo que nos

viene al nacer y se va al morir pertenece a la vida natural; todo lo que existe entre el nacimiento y la muerte es la vida natural. ¡Alabado sea el Señor! El derramó todo lo que pertenece a la vida natural; es decir, todo lo que obtuvimos al nacer. Cuando el Señor derramó Su sangre, no sólo derramó su propia vida, sino también la nuestra. Por lo tanto, continuamente debemos pararnos firmes sobre este hecho y negarnos a la vida de nuestra alma. Hermanos y hermanas, esto no es una doctrina sino una realidad. Por lo tanto, debemos desprendernos de todo lo que pertenezca a la vida natural. Esta es una meta que se puede alcanzar porque en Cristo todo lo que pertenece al alma fue vertido y ahora es posible vivir sin el yo. Damos gracias al Señor, porque podemos vivir sin el yo, pues Cristo derramó nuestro yo cuando vertió Su sangre. A nosotros solos nos sería imposible hacer tal cosa; no podemos crucificarnos a nosotros mismos. Damos gracias al Señor porque el Hijo de Dios logró este hecho. Por obra Suya ahora nosotros podemos morir y abandonar nuestro yo. Pero no basta con simplemente morir, pues la muerte es sólo el aspecto negativo. No sólo nos centramos en la muerte sino también en la resurrección. Cuando Cristo resucitó, nosotros estábamos en El, y en El llegamos a ser la nueva creación. El no sólo murió sino que también resucitó de entre los muertos. El vive para Dios; por lo tanto, todo lo que El es, trae satisfacción a Dios y no a Sí mismo. Hermanos y hermanas, esto es lo que Dios desea que veamos. Esto es lo que significa ministrar al Señor. Debemos ofrecerle tanto la grosura como la sangre.

El versículo 16 dice: "Ellos entrarán en mi santuario, y se acercarán a mi mesa para servirme, y guardarán mis ordenanzas". Este versículo nos habla de un lugar donde se ministra al Señor, a saber, el santuario; un lugar escondido y tranquilo que no es visible al público como el atrio. Hermanos y hermanas, que el Señor nos conceda Su gracia para que no pensemos que estar en el santuario es un sufrimiento. De hecho, estar ahí un día es mejor que mil en cualquier otro lugar. No obstante siempre que oímos del santuario nos da temor. ¡Cuán bueno es estar en el atrio! Allí todos nos pueden ver; ahí nuestros nombres son bien conocidos y nadie nos ataca ni nos calumnia, sólo recibimos acogidas y alabanzas. ¡Qué maravilloso es esto! Pero Dios quiere que estemos en el santuario. Cuando entramos en ese lugar, es posible que otros digan que somos perezosos y que no hacemos nada. En realidad, lo que se hace ahí es muy superior a la obra de ministrar al pueblo en el atrio. ¿Ha sido usted criticado alguna vez por ser cerrado y estrecho? ¿Ha oído decir que usted no tiene libertad para hacer nada? Es posible que los demás digan que usted es muy perezoso y no quiere participar en la obra o que ha dejado muchos asuntos inconclusos. Pero hermanos y hermanas, nuestro corazón no es estrecho en absoluto. Nosotros no buscamos nada del hombre, ni queremos estar al frente para ser vistos. Sólo tenemos como meta ministrar al Señor en el Lugar Santo. La razón por la cual no estamos dispuestos a ministrar en el templo es que nuestra esperanza y nuestra tarea son mayores que dicho ministerio. En este asunto nadie ha tenido más aspiraciones que Pablo, quien ambicionaba agradar al Señor. Las cosas que buscamos aquí son mayores que muchas otras, y nuestra labor es mayor que la de aquellos que realizan grandes obras. De hecho, nuestro corazón es más amplio que el de los demás, pues no sólo ministramos al templo sino también al Señor, aunque esto no es

grandioso ante los hombres. Hermanos y hermanas, preferimos ser criticados que actuar sin contar con la voluntad de Dios. Tenemos dos posiciones: por una parte estamos muertos y nos hemos desprendido de todo lo que pertenece a la vieja creación, y por otra, fuimos resucitados, servimos a Dios y permanecemos delante de El, obedeciendo lo que El manda y esperando en Su presencia para ministrarle. Eso es lo único que nos interesa. Hermanos y hermanas, ¿les satisface hacer la voluntad de Dios? ¿Es Su voluntad suficiente para ustedes? ¿Piensan que hacer la voluntad de Dios lo es todo? ¿Buscan acaso otras cosas? ¿Se conforman con los planes que Dios tiene para ustedes? Necesitamos aprender a ministrar a Dios en Su presencia.

Puesto que también quisiera abarcar Lucas 17, no me voy a detener en más detalles. Dije anteriormente que quería mencionar tres cosas. La primera se relaciona con la diferencia entre ministrar al templo y ministrar al Señor; la segunda, con la manera de ministrar al templo y con la forma de ministrar al Señor; y la tercera con la condición del que ministra al Señor y los requisitos necesarios para hacerlo. Examinemos, pues, lo que se requiere de la persona que ministra al Señor.

III. LOS REQUISITOS PARA MINISTRAR AL SEÑOR

Aquellos que ministraban en la presencia de Dios debían usar ropa de lino, turbantes de lino y calzoncillos de lino. Todo su cuerpo estaba cubierto de lino. El versículo 17 dice que no llevarían sobre ellos ninguna prenda de lana. Nadie podía vestirse de lana ante Dios. ¿A qué se debía esto? Leamos Ezequiel 44:18: “Turbantes de lino tendrán sobre sus cabezas, y calzoncillos de lino sobre sus lomos; no se ceñirán cosa que los haga sudar”. Esto revela que quienes ministran al Señor no deben sudar. Ninguna labor que produce sudor es agradable a Dios y, por ende, El la rechaza. ¿Qué significa el sudor? La primera persona que derramó sudor fue Adán, y lo hizo después de que Dios lo echó del huerto de Edén. Génesis 3 nos dice que, debido a que Adán había pecado, Dios lo castigó al decirle: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan”. El sudor es el resultado de la maldición. Debido a la maldición que Dios profirió, la tierra cesó de dar su fruto. Al no estar presente la bendición de Dios, se necesita el esfuerzo humano, el cual produce sudor. ¿Cuál es la obra que produce sudor? La obra que proviene del esfuerzo humano, sobre la cual no reposa la bendición de Dios el Padre. Todos los que ministran a Dios deben abstenerse absolutamente de cualquier obra que produzca sudor. Son muchas las obras propuestas delante de Dios cuyo cumplimiento requiere esfuerzo y actividad y, por ende, sudor. Aquellos que ministran a Dios no deben realizar ninguna obra que los haga sudar. Toda obra que procede de Dios es serena y no requiere actividad de nuestra parte; por el contrario, requiere que cesemos de toda actividad y nos sentemos. Aunque exteriormente nos veamos muy ocupados, interiormente estamos en reposo y en calma. Realizamos la obra de Dios sentándonos. La obra de Dios no nos hace sudar. La obra genuina que se hace delante de Dios no es casual y tampoco se logra por el esfuerzo carnal. Lamentablemente, hoy en día gran parte de la obra

no se puede lograr sin sudar. Qué pena que la obra que se realiza en la actualidad no se pueda lograr a menos que alguien planee, auspicie, promueva, proponga, tome la iniciativa, anime, exhorte y, por consiguiente, utilice su esfuerzo humano y su fuerza carnal. Verdaderamente es una lástima que en la mayoría de los casos, si no hay sudor, no hay obra. Tengan presente que el sudor no está permitido cuando se ministra al Señor. Cuando ofrecemos sacrificios en el atrio, servimos a los pecadores y ministramos a los santos, se nos permite sudar. Pero quienes ministran al Señor en el Lugar Santo no deben sudar. Dios no necesita el sudor del hombre. Indudablemente, toda obra requiere mucha actividad, pero la obra de Dios no necesita la fuerza carnal. No digo que no se necesite fuerza espiritual. De hecho, es difícil decir cuánta fuerza espiritual se necesita y cuánto sufrimiento hay que experimentar. Nadie se preocupa por discernir entre la obra espiritual y la obra carnal. El hombre llega a la conclusión de que la obra de Dios no se puede lograr sin intensa actividad, sin pasar tiempo discutiendo y debatiendo, sin negociar, hacer propuestas, sin aprobaciones y autorizaciones. Pero si se les pide que esperen sosegadamente delante de Dios y escuchen Su voz, no pueden hacerlo porque tal cosa es imposible para la carne, pues prefieren todo aquello que produce sudor.

El aspecto más importante de la obra espiritual es tener comunión con Dios. La primera persona con quien uno debe comunicarse es Dios, no el hombre. La obra de la carne es diferente; uno se relaciona primero con el hombre. Así que, si una obra no se puede lograr sin el hombre, esa obra no es de Dios. Cuán valioso es estar en la presencia de Dios. Debemos acudir sólo a El; esto no es estar ocioso, sino que de esta manera hacemos una obra que no produce sudor. ¿Qué significa esto? Si tenemos la debida comunión con Dios, no hay necesidad de sudar al laborar entre los hombres. De esta manera se puede lograr una gran obra haciendo el menor esfuerzo. La propaganda, las promociones y las propuestas se producen porque los hombres no oran ante Dios. Permítanme decir que toda obra espiritual se hace exclusivamente delante de Dios. Si cuidamos de nuestra obra como se debe presentándonos a Dios, no habrá necesidad de utilizar tantos métodos. El hombre responderá espontáneamente a nuestra labor y nos ayudará. Al participar en la obra de Dios, no necesitamos el esfuerzo ni el sudor humanos.

Hermanos y hermanas, debemos examinarnos con mucha sinceridad delante de Dios. Preguntémosle: “Señor, ¿estoy en verdad ministrándote a Ti o a la obra? Señor, ¿a quién está dirigido mi ministerio, a Ti o a la obra?”. Si la obra nos hace sudar desde la mañana hasta la noche, entonces podemos decir con seguridad que estamos ministrando al templo y no al Señor. Si toda nuestra actividad tiene como única meta suplir necesidades externas, entonces podemos concluir que estamos ministrando al pueblo y no a Dios. No menospreciamos a las personas que laboran de este modo, pues también participan en la obra de Dios. Es necesario que alguien presente las vacas y las ovejas en los sacrificios. Alguien debe guiar a los demás. Los hijos de Israel necesitaban que algunos les ministraran. Pero Dios desea algo mucho más profundo. Debemos pedirle: “Dios, te ruego que me libres de caer en la esfera de ministrar al pueblo”. Existe algo que va más allá de simplemente ministrar al pueblo. Hermanos y hermanas, son

muchos los que ministran al pueblo. No es necesario que agreguemos nuestra porción ahí. Dios no exige que todos le ministren a El, pues sabe que muchos no están dispuestos a hacerlo. Puesto que el hombre no está dispuesto, no se puede avivar a toda la iglesia y hacer que todos lleguen a ser fieles. Muchos son salvos y poseen la vida de Dios, pero sólo desean ministrar al pueblo. No hay manera de hacerlos cambiar porque no quieren perderse la emoción que hallan afuera. Ellos no se desprenden del aspecto externo de la obra y se centran exclusivamente en ella. No hay duda de que se necesita que algunos se ocupen de estos asuntos, pero la pregunta que surge aquí es: ¿estoy yo entre los que toman parte en estas cosas? Espero que todos podamos decirle al Señor: “Dios, deseo ministrarte a Ti. Estoy dispuesto a soltarlo todo, a desligarme de la obra y a abandonar todas las actividades externas. Deseo ministrarte a Ti y realizar una obra espiritual. Estoy dispuesto a abandonar todo lo externo. Deseo ir más lejos y entrar en una esfera más profunda”.

No era posible que Dios hiciera que todos los levitas se acercaran. Sólo podía escoger a los hijos de Sadoc. ¿Por qué sólo los escogió a ellos? Porque cuando los hijos de Israel se apartaron de los caminos del Señor y lo abandonaron, los hijos de Sadoc guardaron el ordenamiento del santuario. Ellos vieron que lo de afuera no tenía remedio, pues estaba derribado y contaminado. Así que abandonaron lo que estaba afuera y se concentraron en hacer que el santuario permaneciera santo. Hermanos y hermanas, ¿podrán ustedes dejar que se derrumbe todo lo de afuera? Quizás usarán madera para sostenerlo a fin de que la estructura no se derrumbe. Pero el Señor dirá: “No me interesan esas cosas. Sólo preservaré Mi santuario y reservaré un lugar santo para Mis hijos”. Se necesita un lugar totalmente separado y santificado para El; un lugar donde uno pueda recibir discernimiento de lo que es propio y lo que es impropio. Dios desea preservar Su santuario. Lo de afuera se está derrumbando, y Dios no tiene otra alternativa que permitirlo. Por haber hecho lo que hicieron los hijos de Sadoc, Dios los escogió. Dios no tiene una relación específica con todos, pero desea tenerla con usted. Si usted no está dispuesto a soltar todo lo externo, ¿a quién acudirá Dios? Hermanos y hermanas, estoy aquí en la presencia de Dios para rogarles a todos; Dios busca personas que le ministren a El. En realidad son muchos los que laboran en el atrio. Es por esto que Dios clama: “¿Quién me ministrará a Mí en Mi santuario?”

No es mucho lo que puedo decir acerca de este asunto. Me limito a expresar que disfruto mucho la lectura de Hechos 13: “Había entonces en Antioquía, en la iglesia local, profetas y maestros ... Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (vs. 1-2). Esta es la obra que se lleva a cabo en el Nuevo Testamento. La obra del Espíritu Santo sólo puede ser revelada al hombre cuando éste ministra al Señor, y sólo entonces podrá enviar personas. Si no damos a este asunto de ministrar al Señor la primera prioridad, todo estará fuera de lugar.

La obra de la iglesia de Antioquía comenzó mientras estaban ministrando allí al Señor. El Espíritu Santo dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Dios no quiere voluntarios en Su ejército; El no recibe a los

soldados que se ofrecen voluntariamente. Dios sólo tiene soldados alistados y reclutados. Hay dos clases de soldados en el ejército: los que se vinculan a la milicia voluntariamente, y los que la nación recluta. Debido a las leyes del país, tales personas no tienen más alternativa que hacer el servicio militar. Pero en la obra del Señor, sólo hay soldados reclutados; no hay soldados voluntarios. Por tanto, nadie puede decidir por su propia cuenta ir a predicar el evangelio, pues Dios no lo usará. La obra de Dios ha sido bastante perjudicada por los soldados voluntarios. Estos no pueden declarar como el Señor: “Aquel que me envió...” Hermanos y hermanas, éste no es un asunto trivial. No podemos realizar la obra de Dios por nuestra propia voluntad. La obra es exclusivamente Suya. Debemos examinar nuestra labor para determinar si proviene de nosotros mismos o del llamado del Señor. Debemos preguntarnos cómo nos vinculamos al ejército, si nos ofrecemos como voluntarios o si Dios nos reclutó. Los soldados voluntarios, los que se recomiendan a sí mismos, no permanecen porque Dios sólo quiere soldados que El mismo haya incorporado a Sus ejércitos. Pablo y Bernabé mientras ministraban al Señor no dijeron: “Vayamos a extender el evangelio”, sino que el Espíritu Santo dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Sólo el Espíritu Santo tiene potestad para comisionar hombres y enviarlos a la obra; la iglesia no tiene la autoridad de enviar hombres a la obra. Sin embargo, en muchas sociedades y en cruzadas misioneras son los hombres los que envían a otros hombres. Dios jamás admite tal cosa. Nosotros sólo debemos ministrar al Señor, y no al templo. Dios desea obtener personas que le ministren a El y que sean comisionados directamente por el Espíritu Santo.

Quisiera repetir que ministrar al Señor no significa que desatendamos la obra. Para ministrar al Señor no necesitamos dejar de servir en los pueblos. Lo que quiero recalcar es que toda la actividad exterior, como por ejemplo salir a laborar para el Señor, debe basarse en la experiencia que hayamos tenido al ministrar al Señor, y no en nuestros propios deseos. Hay una gran diferencia, mayor que la distancia entre el cielo y la tierra, entre estos dos asuntos. Todos los que han pasado por esta experiencia reconocen que no hay mayor diferencia que la que existe entre ministrar al Señor y ministrar al templo.

Además de lo relacionado con el velo, de ministrar al Señor en el santuario, existe algo más e igualmente importante: “Salgamos, pues, a El, fuera del campamento, llevando Su vituperio” (He. 13:13). La idea central del libro de Hebreos gira en torno a dos cosas: el velo y el campamento. No sólo debemos ministrar a Dios en el santuario, sino que también debemos salir del campamento. Sólo cuando hayamos salido del campamento para ministrar al Señor, El nos hablará y nos guiará; El no hablará en otras ocasiones.

Veamos lo que dice en el Evangelio de Lucas y aclaremos este asunto una vez más. Nuestra intención no es hacer una exposición de los escritos de Lucas; sólo queremos descubrir en este pasaje lo que el Señor realmente desea. Lucas 17:7-10 nos dice claramente que el Señor no se satisface con nada menos que El mismo. El no lo necesita a usted ni a mí; El se necesita a Sí mismo. Es asombroso que aunque estas palabras son bastante severas, a todos les parece que esta

porción es preciosa. Aquí se presentan dos clases de obras: una es la de arar o sembrar; la otra es la de apacentar o alimentar. Se siembra entre los que no son regenerados, y se apacienta a quienes poseen la vida de Dios. Consecuentemente, parte de la obra se relaciona con los pecadores, y parte con los creyentes. En esta labor los que no han recibido al Señor lo reciben, y quienes ya lo recibieron son alimentados. Esta es la obra que deben realizar los siervos del Señor. Esta obra es vital, y debemos hacerla lo mejor posible. Pero el Señor nos sorprende muchísimo en este pasaje. El dijo: “¿Quién de vosotros, teniendo un esclavo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, le dice: Pasa en seguida y reclínate a la mesa?” (Lc. 17:7). El dice que uno no actúa de esa manera. En otras palabras, a los siervos, a los creyentes, no se les alimenta después de que hacen la obra. Aquellos que son carnales dirán: “¡Qué amo tan cruel! Venimos de arar y de apacentar el ganado y estamos extremadamente cansados. Ahora que estamos en casa, tú deberías servirnos y darnos de comer”. Pero el Señor no es como los patrones del mundo. (En Colosenses y en Efesios se presenta una relación diferente entre el amo y el siervo terrenales. El caso del que estamos hablando aquí nos muestra el trato que el Señor espera de nosotros, sus siervos espirituales, para con El.) El Señor no nos invita a comer. ¿Qué desea El entonces? El versículo 8 dice: “¿No le dice más bien”, es decir, muy posiblemente le dirá: “Prepárame la cena, cíñete, y sírveme”. Esto es lo que el Señor hace. Nosotros pensamos: “Hoy he arado tantos acres de tierra y sembrado tantos kilos de semilla. Después de tantos días, tantos meses, habrá una cosecha de por lo menos treinta o sesenta por uno. Hoy llevé tantas ovejas a los pastos verdes, y bebieron de las aguas de reposo. Después de tanto tiempo, estas ovejas crecerán y engordarán. Esta ciertamente es la mayor obra. El producto de la tierra me servirá de alimento; la lana del rebaño me servirá para hacer vestidos”. Nos alegramos y disfrutamos de nuestra labor. Esto es lo que significa comer y beber; es el disfrute que proviene de la labor que hemos hecho. Muy a menudo, después de obtener algunos logros de los que nos sentimos orgullosos, pensamos en ellos aun mientras dormimos y los saboreamos en nuestra memoria. Puede ser que pensemos en ellos mientras comemos y quizá nos sintamos orgullosos y satisfechos. Con frecuencia recordamos algo y nos reconforta sólo pensarlo. Pero el Señor dijo que Su meta para con toda obra, sea cual fuere, no es alegrarnos ni complacernos ni producirnos ninguna ganancia. El Señor sin duda nos dirá: “Prepárame la cena, cíñete, y sírveme”. ¿Podemos comprender esto? El Señor exige que le ministremos a El. Tengan presente que la obra que se hace en los campos no se compara con la que se realiza en el templo, pues ni la tierra ni el ganado se comparan con el Señor. El Señor no dice aquí: “Puesto que has trabajado tan arduamente, has arado tanta tierra y has alimentado tanto ganado, no tienes que servirme; puedes irte a comer, a beber y a celebrar”. Las palabras del Señor nos informan de la manera en que el pesa la importancia de nuestra labor y nuestro ministerio para con El. El no nos exime de ministrarle simplemente porque hayamos arado la tierra, alimentado el ganado y realizado muchas actividades; por ningún motivo nos dirá que no tenemos que ministrarle a El. El no nos permitirá que dejemos de ministrarle a El sólo porque estamos ocupados en la obra. El no va a permitir que la dificultad de la labor le robe nuestro ministerio ante

El. Nuestra primera prioridad es ministrar al Señor porque hacer esto es más vital que todo lo que podamos arar, apacentar y laborar.

Hermanos y hermanas, ¿qué estamos haciendo en realidad? ¿Cuál es nuestra meta? ¿Estamos preocupados sólo por arar y sembrar? ¿Nos preocupamos sólo por predicar el evangelio a fin de salvar pecadores? ¿Es nuestra meta sólo apacentar el ganado? ¿Nos preocupamos solamente por distribuir el alimento para edificar a los creyentes? ¿O satisfacemos al Señor con la comida y la bebida? El Señor nos muestra aquí que después de llegar a casa no debemos descansar. Pese a que estamos cansados, debemos esforzarnos por servirle a El. Aunque hemos laborado y sufrido mucho, esto no puede remplazar la ministración que El debe recibir de nosotros. Necesitamos olvidar todas nuestras experiencias y servirle a El una vez más. Pero esto no quiere decir que no tengamos que comer. Simplemente quiere decir que debemos comer y beber después del Señor. Nosotros también debemos comer y beber, y estar satisfechos. Pero esto debe esperar hasta que el Señor esté saciado y satisfecho. Entonces nosotros también nos alegraremos. No obstante, primero debe alegrarse el Señor. Por tanto, preguntémonos a quién debe pertenecer la gloria de la obra. ¿Trae satisfacción al Señor todo lo que hacemos? ¿Le alegra el fruto de nuestra labor? ¿O sólo nos trae satisfacción y nos complace a nosotros? Me temo que en muchas ocasiones el Señor no ha obtenido nada, y aun así, nosotros nos sentimos satisfechos. Me da temor ver que muchas veces antes de que el Señor se alegre, nos alegramos nosotros. Debemos pedirle a Dios que nos muestre cómo debemos acercarnos a Su presencia y cómo debemos ministrarle a El en Su presencia.

Hermanos y hermanas, aun si hacemos todo lo que debemos, no somos más que siervos inútiles. Ciertamente somos muy insignificantes.

Nuestra meta y el propósito de nuestro esfuerzo no son ni la tierra ni el ganado, ni el mundo ni la iglesia. Nuestra meta es el Señor. El es nuestro todo. Preguntémonos, entonces, si la obra que hacemos está dirigida en verdad a Cristo o sólo a los incrédulos y a los hermanos. Bienaventurados los que puedan discernir la diferencia entre ministrar a los impíos o a los creyentes y ministrar al Señor. En teoría parece fácil hacer tal distinción; pero distinguir interiormente la diferencia en nuestra experiencia es una bendición. Esta clase de conocimiento no nos viene fácilmente. Necesitamos pasar por muchas experiencias antes de conocerlo; es necesario derramar sangre para aprender esta lección. En muchos casos requiere que pongamos nuestra vida y que muramos a nuestras opiniones a fin de discernir verdaderamente. Ministrar al Señor no es tan fácil como ministrar a los hermanos y hermanas; por eso decimos que existe una enorme diferencia entre ministrar al Señor y ministrar al templo.

No obstante, si el Espíritu Santo obra en nosotros, no nos será muy difícil aprender. Necesitamos pedirle al Señor que nos conceda Su gracia, Su revelación y Su luz, para que veamos lo que significa ministrarle a El. Hermanos y hermanas, los pecadores no son más importantes que el Señor. Necesitamos pedirle al Señor que actúe en nosotros, para que podamos ministrarle a El. Con esto concluyo. Lo

único que puedo decir es que esto es lo que el Señor nos está manifestando en estos días.

Capitulo cinco

MUERTOS A LA LEY

Lectura bíblica: Ro. 7:4, 15-19

Romanos 7 es un capítulo que conocemos muy bien, no sólo porque lo hemos leído muchas veces, sino porque lo vivimos continuamente. El Señor me puso el sentir de compartir acerca de la manera de ser libres de las exigencias de la ley, es decir, la manera de ser liberados de nosotros mismos.

QUIEN PUEDE RECIBIR LIBERACION DE PARTE DE DIOS

Antes de hablar de ser libres de la ley y de la manera de ser liberado, quisiera mencionar un requisito. ¿Qué tipo de personas son aptas para hablar de liberación? Pese a que la liberación que Dios da es para todos, no todos la reciben, pues aunque es posible que todos sean librados de la ley, no todos llegan a serlo. El problema, obviamente no está en Dios, sino en el hombre, porque éste no desea ser librado ni está dispuesto a serlo. El apóstol que escribió Romanos 7 fue finalmente liberado porque estuvo dispuesto a serlo a toda costa; él aborrecía algo y quería hacer algo. El problema más grande que confrontamos hoy es que todavía no hemos sido librados. Sin embargo, quisiera preguntar si en lo profundo de nuestro ser verdaderamente aborrecemos el mal genio que no hemos podido vencer. ¿Aborrecemos el pecado que nos hace caer y las cosas que nos hacen tropezar constantemente? ¿O más bien decimos que pecar es común, que todos los cristianos lo hacen y que, por ende, es inevitable? ¿Sentimos verdadero odio por los pensamientos sucios, los hechos pecaminosos, por el mal genio que nos enreda, y la lujuria? ¿Procuramos ser librados de todo eso? El apóstol no solamente habla en este capítulo acerca de liberación, sino también de lo que sentía antes de ser librado. Antes de ser librado, él aborrecía lo que hacía repetidas veces. No podía hacer lo que deseaba y hacía lo que aborrecía. La primera pregunta es si amamos o aborrecemos las cosas que hacemos. El apóstol experimentó la liberación porque en lo profundo de su ser aborrecía sus obras y procuraba desesperadamente ser libre. Estaba tan disgustado con su vida de pecado que no podía tolerar más esa situación, inclusive, deseaba morir con tal de no pecar más. El odiaba esto tanto que deseaba morir. No permitiría que aquello continuara ni un momento más. Experimentó la liberación porque estaba decidido a obtenerla.

Hermanos y hermanas, ¿tienen ustedes este deseo? ¿Han dicho ustedes alguna vez que no pueden continuar esa vida encadenada y enredada con el pecado? ¿Se han dado cuenta de cuán repugnante es vivir así? Las palabras que Dios me ha comisionado hablar aquí, están dirigidas exclusivamente a quienes desean ser librados y consideran que el nivel de su vida cristiana es muy bajo y desean ser librados pero no han hallado cómo. No me dirijo a aquellos que están satisfechos de vivir en el pecado y en el fracaso. No me dirijo a quienes piensan que está bien

enojarse, ser lascivo, o tener pensamientos impuros. Y tampoco hablo a aquellos que piensan que sólo necesitan confesar las faltas que cometen y que tan pronto Dios les perdona sus pecados todo está bien. La victoria descrita en Romanos 7 es para aquellos que experimentan los fracasos de Romanos 7. No todos los que son salvos pueden experimentar esta liberación. Solamente quienes aborrecen su vida actual y no desean seguir en lo mismo, pueden experimentar esta victoria. Aquellos que caen continuamente y viven en pecado, sin darse cuenta de que tienen que rechazar estas cosas, nunca podrán obtener liberación de parte de Dios.

Si una persona desea crecer espiritualmente, debe estar primero insatisfecha con su vida presente, ya que el crecimiento comienza con el inconformismo. Uno debe llegar a tal punto que sienta que ya no puede seguir adelante, que llegó al fin de sí mismo, y que su vida es inaceptable. Debe estar harto de vivir bajo el cautiverio del yo, del mundo y del pecado, y no debe tolerar más no hacer lo que él desea y hacer lo que aborrece. Tiene que reconocer que esa vida tan contradictoria debe llegar a su fin y que debe haber una salida. Dios concederá liberación solamente a aquellos que viven en estas condiciones. Por consiguiente, tenemos una gran necesidad delante de Dios de pedirle que nos dé la gracia para no estar contentos con nuestra vida de pecado y de continuo fracaso. Toda victoria comienza cuando uno se da cuenta de sus faltas y de su maldad. Todo aquel que desea ser librado de la ley debe primero llegar al punto en el que no puede seguir adelante; sólo entonces experimentará la liberación. Yo simplemente estoy presentándoles el camino, ya que la verdadera liberación viene exclusivamente de Dios. En otras palabras, yo sólo presento la luz, pero Dios da la revelación directamente. La luz no puede salvar, pero la revelación sí.

EL SIGNIFICADO DE SER LIBRADO DE LA LEY

Romanos 7 es un capítulo asombroso; examinemos solamente el versículo 4. En este versículo lo primero que se menciona es esta expresión: "Así también a vosotros, hermanos míos, se os ha hecho morir a la ley". En otras palabras, estamos muertos a la ley. Hermanos, ¿comprendemos que necesitamos ser librados de la ley? Si yo digo que debemos ser librados del pecado, todos lo entienden, porque el pecado es repulsivo de por sí. Si digo que necesitamos ser librados del mundo, todos asienten porque el mundo crucificó a nuestro Señor y es maligno. Si digo que debemos ser librados de nosotros mismos, también todos lo aprueban porque saben que la carne es maligna. Si digo que debemos ser librados de las impurezas y el libertinaje, todos estarán de acuerdo. Pero si digo que debemos ser librados de la ley, algunos pueden decir que no lo creen necesario. Si el apóstol dice que necesitamos ser liberados del yo, decimos: "Amén", pero cuando dice que hemos sido libertados de la ley o que estamos muertos a la ley, no sabemos cómo responder. Comprendemos que lo dicho por el apóstol es acertado, pero no sabemos por qué lo dijo. Sabemos qué es la liberación del pecado, del yo y del mundo, pero no entendemos por qué debemos ser librados de la ley. ¿Por qué el apóstol nos dice que somos librados de la ley y que estamos muertos a la ley? ¿Qué tiene que ver la liberación con la ley? Tienen

mucha relación entre sí. Ser libres de la ley tiene mucho que ver con ser libres del mundo, del pecado y del yo. Por consiguiente, es muy importante.

Hermanos y hermanas, si deseamos experimentar la liberación, es muy importante que nos demos cuenta de que Dios no tiene esperanzas en nosotros. Si esperamos ser librados, primero debemos entendernos a nosotros mismos y reconocer que no tenemos remedio. Tenemos que ver claramente cómo Dios nos evalúa y cómo nos evaluamos nosotros mismos. Todos nosotros pertenecemos a Cristo y somos de El. Tal vez hayamos sido cristianos por muchos años, pero me temo que hemos vivido una vida de fracasos y frecuentes tropiezos y caídas. ¿Pero qué pasa después de que caemos? Casi toda persona toma una decisión después de cometer una falta, y dice para sí: “La próxima vez obraré mejor y no cometeré el mismo error”. Toda falta trae consigo dolor y remordimiento, y las preguntas surgen una vez más: “¿Por qué lo hice? ¿Por qué caí de nuevo? Soy un creyente y no debo actuar así. ¡Esto es lamentable!” Así que viene el desánimo. Después de la falta, por lo general hay dos resultados: uno decide que la próxima vez no sucederá lo mismo, en segundo lugar, se siente mal al contemplar lo que ha hecho y preguntándose por qué es tan malo. Esto es lo que hacemos constantemente. Cuando uno comete una falta, se duele en el corazón y se pregunta: “¿Cómo pude haber caído tan bajo? Jamás volveré a hacer semejante cosa. ¡Señor, líbrame de esto!” Esta experiencia es similar a la de Romanos 7. Antes de que el dolor de nuestro corazón desaparezca, habrá otro motivo para sentir más dolor. Aunque esta resolución no produjo resultados, tomamos una segunda decisión. Esto sucede una y otra vez, pero las cosas no mejoran. Este es nuestro caso. ¿Por qué sucede esto? Porque uno todavía no ha sido libertado de la ley, ni ha visto qué es la ley y qué es ser librado de ella.

Si deseamos entender lo que es ser libres de la ley, debemos primero entender la relación que la ley tiene con nosotros. La ley es lo que Dios nos exige en nuestra carne; en ella El nos dice lo que deberíamos y lo que no deberíamos hacer; es lo que Dios nos prohíbe o nos ordena. En síntesis, la ley es lo que Dios exige a todos los que están en Adán. (Dios hace esto con el fin de poner en evidencia la corrupción y la inutilidad de la carne.) Dios no es el único que nos pone bajo la ley, pues nosotros mismos, los que estamos en Adán, también nos ponemos bajo la ley, con la esperanza de complacer a Dios. Nos fijamos preceptos que queremos observar y decimos: “Haré esto y haré lo otro”. Además de los mandamientos que Dios estableció, nosotros mismos nos ponemos otros más que son tan severos como los de Dios. Por consiguiente, Dios nos exige ciertas cosas, y nosotros también exigimos algo de nosotros mismos. Esto significa que todavía tenemos esperanzas en lo que corresponde a Adán, pues pensamos que podemos mejorar y nos esforzamos por avanzar y vencer. Hermanos y hermanas, Dios nos puso bajo la ley, y también nosotros nos pusimos bajo la ley.

¿Qué quiere decir ser librados de la ley? Es perder por completo la esperanza en nosotros mismos. Abandonemos toda esperanza que tengamos en lo que provenga de nosotros, pues así seremos libres de la ley. Dios permite que pequemos día tras día, para que nos demos cuenta de que somos corruptos e

impuros, y de que es imposible mejorar. No podemos vencer ni guardar la ley. No hay ninguna posibilidad de recibir ayuda, ya que somos inútiles y no estamos mejorando. Dios desea que reconozcamos que El nos crucificó en Cristo debido a que somos corruptos y sin esperanza. Cuando reconocemos que no tenemos remedio y que Dios así nos ve, permaneceremos en la posición que Dios nos asigna. El dice que somos corruptos hasta la médula y que no tenemos remedio, y nosotros debemos decir lo mismo. Lo único que podemos hacer es pecar. Dejemos de abrigar esperanzas en nosotros mismos. Es así como somos librados de la ley. ¡Qué gran liberación es ésta! *La única manera de ser librados de la ley es creer que no tenemos remedio.*

La última vez que estuve en Canadá, conocí a cierto hermano. El era un buen hombre y sabía predicar el evangelio; Dios lo usaba para salvar a muchos pecadores. Ahora él tiene más de sesenta años. Un día íbamos caminando por la calle y hablando, y llegamos a este tema. Me dijo que ésta es la lección que tenemos que predicar continuamente. Le pregunté a qué se refería, y me contó su historia: “Cuando yo era joven, tenía mucho celo. Quería servir eficazmente al Señor, progresar espiritualmente y mejorar. Pero todo me salía mal. Cuanto más trataba de mejorar, peor me volvía, y descubrí que no podía lograrlo. Quedé desanimado y perplejo, mas no encontraba la solución. Un día un hermano me dijo: ‘Mira, Dios no abriga la esperanza que tú tienes en ti mismo. Tú tienes muchas esperanzas en ti mismo, pero ¡Dios no tiene ninguna esperanza en ti!’ Quedé bastante sorprendido y le pregunté qué pensaba Dios de mí. Me dijo: ‘Dios sabe que no tienes fuerza y que nada puedes hacer. Tú no tienes remedio. *Por esta razón* El te clavó en la cruz. No mereces otra cosa que ser crucificado’. Desde ese día, las escamas de mis ojos empezaron a caer. Vi que Dios no requiere nada de mí, y que yo no puedo hacer nada. *Por eso*, El me crucificó. Ya que tal es el caso, ¿para qué voy a seguir luchando?”

Hermanos y hermanas, en teoría y en doctrina sabemos muy bien que la antigua vida adámica es irreparable y sin cura. Pero lo sorprendente es que en nuestra experiencia, todavía tratamos de repararla y de mejorarla; todavía albergamos esperanzas en la vida adámica. Muchas personas dicen: “¡Estoy aterrado de haber cometido tal pecado!” Pero me parece que nos deberíamos sorprender cuando no cometamos ese pecado. ¿Hay algún pecado que no podamos cometer? No. Podemos cometer cualquier pecado, ya que la raíz de todo pecado se halla en nosotros. Dios nos considera desahuciados e irreparables. Por eso nos crucificó. Cuando el Señor murió, también nosotros morimos. Dios nos clavó en la cruz como resultado de habernos evaluado. En efecto, Dios dice que lo único que merecemos es la muerte.

Hermanos y hermanas, cuán diferente es nuestra evaluación a la de Dios. Nosotros creemos que podemos hacer algo, vencer, ser santos y progresar espiritualmente, pero Dios no abriga tal esperanza. Somos pecado de pies a cabeza; somos completamente inútiles. No hay forma alguna de salvarnos, excepto por medio de la muerte. Sin muerte no hay liberación. Pensamos que todavía tenemos la oportunidad de mejorarnos y de obtener la victoria, pero eso

no es posible. Vemos el primer factor, el cual es la evaluación que Dios hace de nosotros, cuánto piensa El que valemos. Los que pueden comprender esto son los más bienaventurados. Un sinnúmero de creyentes ha experimentado repetidos tropiezos, contaminación, fracasos, decepciones y caídas antes de ver que Dios *no tiene ninguna esperanza* en ellos. Cuanto más pronto veamos esta realidad, mejor, porque éste es el punto de partida de toda liberación. La verdadera emanación de vida comienza ahí. Debemos ver que sólo merecemos la muerte. Cuanto más temprano veamos esto, más rápido creceremos. Todo el problema radica en la perspectiva que tengamos de la vida adámica. Hemos oído en incontables ocasiones que la vieja vida de Adán no se puede reparar ni alterar. Pero, ¿cuántos han comprendido que la única solución es la muerte? Conocer la doctrina es una cosa, pero entender la realidad es otra. Las doctrinas sólo nos ayudan a entender intelectualmente, pero recibir la visión requiere revelación en nuestro espíritu. Todo lo que no viene de la revelación o de la visión no cuenta porque no tiene ningún efecto.

Ser libres de la ley significa ser liberados de lo que Dios exige, lo cual indica que hicimos a un lado la esperanza de complacer a Dios. A esto llegamos cuando entendemos lo que son la vida adámica y la obra de Cristo. Ya no tenemos ninguna esperanza de complacer a Dios. Si todavía pensamos que podemos complacerle por nuestro propio esfuerzo, todavía no hemos sido librados de la ley, y no podremos evitar el dolor ni el desánimo. Sólo cuando sabemos que Dios ya no tiene ninguna esperanza en nosotros, dejamos de desanimarnos.

COMO SER LIBRES DE LA LEY

Ya vimos que primero necesitamos ser libertados de la ley, pero ¿cómo podemos serlo? Sólo por medio de la muerte ya que mientras vivamos, la ley pesará sobre nosotros. Una persona que está viva no quebranta la ley por temor al castigo que le sobreviene. A esto se refiere el apóstol cuando dijo que mientras el esposo vive, la ley exige ciertas cosas de la esposa. Sin embargo, si él muere, el poder de la ley no le exige a ella esas cosas. Por tanto, para ser librado de lo que exige la ley, se requiere la muerte. Mientras vivamos, la ley seguirá haciéndonos exigencias.

En esta ocasión, no discutiremos la manera en que la ley de Dios nos exige que hagamos o no hagamos ciertas cosas; solamente examinaremos las exigencias que nos hacemos a nosotros mismos. ¿Cuándo hacemos esto? Si nos levantamos tarde hoy, decidimos que mañana nos levantaremos temprano. Decidimos vencer cuando nos hemos contaminado o cuando luchamos noche y día contra el pecado, cuando estamos en la corriente turbulenta del mundo o cuando percibimos que nuestra conducta está mal. Pensamos que podemos obtener la victoria. En tales circunstancias, todavía nos contamos como vivos. Pero si hacemos esto, no veremos la obra de Cristo en nosotros. Si verdaderamente conocemos a Dios, nos daremos cuenta de que El ya abandonó toda esperanza en nosotros. Por eso no tuvo otra opción que clavarnos en la cruz. Si pudiéramos ver que sólo somos dignos de muerte, terminarían todas nuestras resoluciones. Esta también es mi condición. Muchas veces decido que jamás volveré a hacer algo, pero

inmediatamente me pregunto de nuevo: ¿Acaso no soy digno de muerte? Si lo soy, ¿por qué he de seguir tomando decisiones? Por consiguiente, debemos ver que la manera de vencer no es tomar resoluciones ni abrigar la esperanza de que la próxima vez será diferente, sino permanecer en el lugar en donde Dios nos ha puesto. Debemos dejar de tomar resoluciones y de confiar en mejorarnos. No debemos luchar para vencer, porque sabemos que todo ello es obra de la vieja vida de Adán. Debemos dejarlas en la muerte y olvidarlas. Si verdaderamente permanecemos en la muerte, venceremos y experimentaremos liberación de todas estas cosas. Así que, la muerte es nuestro único camino y la única manera de ser salvos. Ni el mundo ni el pecado ni el yo pueden tocar a una persona muerta. Si consideramos todas estas cosas muertas, no nos tocarán jamás.

MORIMOS EN CRISTO

Demos un paso más y démonos cuenta de cómo morimos. El versículo 4 dice: “Así también a vosotros, hermanos míos, se os ha hecho morir a la ley mediante el cuerpo de Cristo”. Así podemos ver que nuestra muerte se lleva a cabo “mediante el cuerpo de Cristo”. De la misma manera que Cristo murió, nosotros morimos. Cristo murió, y nosotros también. Este no es un suicidio espiritual, en el cual nos consideramos muertos, ni es la declaración constante de que estamos muertos esforzándonos por dar la impresión de que estamos muertos. Por el contrario, cuando vemos el hecho cumplido por Cristo en la cruz y nos damos cuenta de que Dios nos incluyó en esa muerte, somos guiados a la inevitable conclusión de que estamos muertos. Las dos experiencias espirituales más asombrosas son: en primer lugar, ver el plan de Dios, es decir, lo que El planeó para nosotros y lo que El piensa que debemos hacer; por ejemplo, El nos da por muertos. La segunda experiencia consiste en ver lo que Dios hizo en Cristo por nosotros. Estas dos vivencias son maravillosas. Vemos lo que Dios obtuvo por nosotros, cómo llegamos a ser uno con Cristo, y también cómo, estando en El, podemos recibir lo que El efectuó. Cuando Cristo fue crucificado, nosotros fuimos incluidos en Su muerte, porque Dios nos incluyó en El. Cuando Su cuerpo fue partido, nosotros también fuimos partidos. Su crucifixión es nuestra crucifixión. Por tanto, nosotros y Cristo somos uno solo. Por esto prestamos atención al bautismo. Muchas personas dicen que el bautismo es solamente un rito exterior y sin importancia. No; es un testimonio de algo interno. Creemos que cuando Cristo murió, nosotros también morimos. Después de la muerte viene la sepultura; por eso, somos sepultados en las aguas del bautismo. Si no creemos que estamos muertos, no podemos ser enterrados. El hecho de que estamos dispuestos a ser enterrados indica que creemos que ya morimos. Por consiguiente, ser bautizado equivale a creer que Cristo murió y que nosotros también morimos. Por eso somos sepultados. El entierro es una prueba de que estamos muertos. Cuando Cristo fue crucificado, nosotros fuimos incluidos en El. Cuando el velo se rasgó, también se rasgaron los querubines tejidos en él. El velo se rasgó de arriba hacia abajo, pues fue Dios quien lo hizo. Al mismo tiempo, El rasgó los querubines de arriba hacia abajo, porque éstos estaban hilvanados en el velo. Sabemos que el velo representa el cuerpo de Cristo, y los querubines a las criaturas. Por consiguiente,

cuando Cristo murió, toda la creación murió. Esto es lo que significa estar muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo.

La manera de ser liberados no es considerarse muertos deliberadamente. Aquellos que predicán la doctrina de considerarse muertos predicán una enseñanza falsa. ¿Cuál es la enseñanza correcta? Es darse por muerto *en Cristo*. No morimos solos, sino mediante *el cuerpo de Cristo*. Cristo murió, y puesto que nosotros estamos unidos a El, también nosotros morimos. La clave hacia la victoria es *no mirarse a uno mismo aparte de Cristo, y nunca prestar atención al yo que está fuera de Cristo*. A esto se refiere el Señor en Juan 15 cuando dice que debemos habitar en El. Esto significa que no nos debemos ver aparte de Cristo. Lo que está por fuera sigue siendo horrible y no se puede mejorar. Si deseamos mirarnos a nosotros mismos, sólo lo podemos hacer en Cristo. Una vez que miramos al yo fuera de Cristo, caemos inmediatamente. Muchas veces olvidamos lo que Cristo llevó a cabo. Nos enojamos y nos sentimos frustrados; nos preguntamos por qué somos como somos. Continuamos fracasando, cayendo y, como resultado, desmayamos. Recordemos que esto es lo que hace alguien que está fuera de Cristo. En Cristo ya morí a la ley. Si alguien no ha recibido esta liberación, lo invito a que se mire a sí mismo solamente en Cristo, pues en El, Dios nos crucificó después de habernos juzgado irreparables. No tenemos manera de ser salvos excepto mediante la muerte. Por lo tanto, Dios nos da por muertos, pues nos crucificó en Cristo. Así que somos libres de las exigencias de la ley. Debemos mantenernos firmes sobre dos hechos. El primero consiste en que Dios nos considera desahuciados. Sólo la muerte puede librarnos de la ley. El segundo consiste en que en Cristo Dios nos crucificó. En el primero Dios nos destinó para algo, y en el segundo, Dios llevó a cabo aquello para lo que nos había destinado. Dios sabe que sólo la muerte puede librarnos. Fuimos despedazados y no hay manera de repararnos. La base de nuestra redención es la cruz. Por eso, debemos aceptar este hecho en nuestra vida diaria, a fin de ser libertados de la ley. Si nos mantenemos sobre esta base, no encontraremos obstáculos. Por supuesto, debemos confesar nuestras faltas y pedirle perdón a Dios por cometerlas, pero no debemos mirar atrás, porque todas las faltas y la degradación provienen de la vieja vida adámica. A los ojos de los hombres no hay nada mejor que pedirle al Señor que nos dé fortaleza para no volver a hacer lo mismo. Pero a los ojos de Dios, esto es superfluo, porque ya morimos en Cristo y no necesitamos tomar más resoluciones. Estamos muertos; nuestra historia se terminó junto con nuestras ideas y decisiones. Los hombres piensan que es bueno tomar resoluciones, pero éstas son débiles como cañas, no sirven para pelear contra el enemigo, y son totalmente inútiles para Dios.

UNIDOS A LA VIDA DE RESURRECCION DE CRISTO

Ya vimos que Dios nos crucificó juntamente con Cristo; sin embargo, esto no es suficiente. Necesitamos ser unidos a otro, a aquel que resucitó de entre los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. No solamente necesitamos liberación, sino también unirnos al Señor. Sin esto, nuestra labor será en vano. Por esta razón, Dios no sólo nos crucificó, sino que también nos unió a quienes fuimos

librados de la ley con el Cristo resucitado. Así que, por una parte nos proveyó la salida, y por otra, la entrada. Por una parte tenemos una ruptura, y por otra, una unión. Fuimos libertados de la ley y ahora estamos unidos a Cristo y le pertenecemos a El. Esta es la resurrección a la que nos referimos. Más aún, esto no es algo individual, ya que la resurrección lleva muchos hijos a la gloria. Juan 12:24 dice: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto". Originalmente sólo había una vida, Ahora esta vida ha pasado a muchas semillas. Sólo había un organismo, pero ahora hay muchos. Solamente existía un grano de trigo, pero éste se ha convertido en muchos granos. De la misma manera, cuando Cristo murió, El impartió Su vida en todos los creyentes. En El también tenemos dos hechos. El primero es que fuimos incluidos en la muerte de Cristo. Cuando El murió, nosotros también morimos; El segundo es que resucitamos con Cristo. Dios depositó Su vida en nosotros. Esta vida está en toda persona regenerada. No quisiera extenderme mucho en este tema, porque mi intención es centrarme en el primer hecho.

Los que resucitamos en Cristo debemos llevar fruto para glorificar a Dios. Dios nos dio la vida de Cristo, por lo cual podemos expresar Su vida. El grano que fue sembrado es exactamente igual a los treinta, sesenta o cien granos que broten. Si plantamos cebada, obviamente no saldrá trigo ni pepinos. Lo que crezca será lo que se plantó; no habrá cambios. Si lo que se planta es trigo, sin duda alguna brotará trigo. ¿Cómo, entonces, podemos expresar una vida similar a la vida de Cristo, una vida que lleve fruto para glorificar a Dios? Solamente hay una manera: debemos permitir que Cristo viva por nosotros. Cristo no solamente murió por nosotros en la cruz, sino que también vive por nosotros en nosotros. ¿Cómo podemos vivir la vida de Cristo? La única manera en que esto puede ser posible es que Cristo nos dé Su vida. Por consiguiente, debemos tener la vida de Cristo a fin de poder llevar fruto que glorifique a Dios.

Ahora que todo esto les ha sido presentado, espero que comprendamos que Dios abandonó toda esperanza en nosotros y nos desahució. Aunque nosotros pensamos que hay esperanzas y que nos queda algo de fuerza, Dios ya perdió toda esperanza en nosotros. El nos crucificó. Cuando estamos fuera de Cristo y sentimos que todavía estamos vivos y disponibles, inmediatamente caemos. Por consiguiente, solamente nos debemos ver en Cristo. Cuando estamos en El, solamente hay dos hechos: estamos muertos y resucitamos. La parte resucitada está en Cristo. Por consiguiente, Dios desea que vivamos por Su vida. Al mismo tiempo, todo lo que está en Adán murió. Si nos asimos a este hecho, nos hallamos muertos a la ley. Recuerden que no solamente estamos muertos al mundo, al yo y al pecado, también estamos muertos a la ley. De esta manera, no tendremos más esperanza en nosotros mismos, sino que permaneceremos firmes en la posición en la que Dios nos puso.

Capítulo seis

UNA VIDA SUPERFICIAL

Lectura bíblica: Cnt. 4:12; Os. 14:5-7; Mr. 4:5-6; 16-17

En Marcos 4 se presentan muchas enseñanzas con relación a la vida cristiana. Por lo general, lo primero que los hermanos y hermanas preguntan es si este pasaje se refiere a los salvos o a los incrédulos. En realidad, no debemos preguntar si la semilla se refiere a los salvos o a los impíos, pues la parábola del sembrador no nos muestra si las cuatro clases de terreno son los salvos o los impíos, sino que describe las cuatro clases de condiciones bajo las cuales los hombres reciben la palabra de Dios. Esta parábola no se refiere solamente al mensaje de regeneración. Siempre habrá cuatro reacciones a la palabra de Dios cuando los gentiles reciben la vida eterna, y cuatro reacciones cuando los creyentes son perfeccionados delante de Dios. Recordemos que el principio y la enseñanza que describimos tiene una estrecha relación con la condición del que recibe la palabra; no hay ninguna relación con el hecho de si la persona es salva o no. Por consiguiente, la salvación no viene al caso en este pasaje, pues solamente nos habla de las diferentes condiciones del hombre cuando recibe o rechaza la palabra de Dios. Así que también se aplica a los creyentes. En otras palabras, este pasaje no es solamente para los gentiles, sino también para los creyentes.

Por la gracia de Dios, les mostraré la clase de vida que permanece y que complace a Dios. ¿Qué clase de vida perdura y pasa la prueba? Les mostraré a qué nivel tan profundo tiene que actuar en nosotros la palabra de Dios para que podamos crecer en ella.

Yo sé que todos procuramos ser espirituales y deseamos ser complacer a Dios, y esperamos que nuestra vida y obra sean aceptables a Dios. Pero ¿por qué muchas personas caen en el camino? ¿Por qué algunos sólo van hasta mitad del camino? ¿Cuántos hoy día obedecen sin reservas al Señor? ¿Cuántos están dispuestos a seguir al Señor hasta el final? Hay muchos que tienen un buen comienzo, pero no muchos tienen un buen seguimiento. Es común tener un buen comienzo; sin embargo, lo que en realidad tiene valor es perseverar. Un buen comienzo no garantiza un buen final. Aquellos que en el principio son obedientes, es posible que al final no lo sean. Cuando leemos Levítico, vemos que los varones de veinte años eran considerados de más valor que los de sesenta años. ¿Por qué? Porque algunos que se habían dado totalmente al Señor cuando tenían veinte años, se habían “jubilado” antes de cumplir sesenta. ¿Cuántos seguirán al Señor hasta el final del camino? Cuando usted era joven era obediente. ¿Por qué, entonces, ahora ha disminuido su obediencia? Quizá hace algunos años las cosas no eran como ahora. Quizás su deseo de seguir al Señor no es el mismo que cuando comenzó a seguir al Señor. Tal vez hace algún tiempo usted estaba dispuesto a sufrir por el Señor y a soportar las tribulaciones por la voluntad de Dios, pero su condición hoy día es diferente. ¿Hay alguien que siga al Señor hasta el fin sin detenerse a la mitad del camino? Antes de encontrar tribulaciones y de

hallar contrariedades, es fácil decir: “Señor, te obedeceré a toda costa”. Pero cuando la voluntad del Señor es diferente a la de uno, cuando lo que El hace no concuerda con lo que uno esperaba, y cuando uno ve una gran montaña obstruyendo su camino y la considera demasiado elevada para escalarla, ya no le dice al Señor: “Te obedeceré cueste lo que cueste”. Esta es la manera en que muchos obedecen. Al principio, cuando uno ve la importancia y la seriedad de la voluntad eterna de Dios respecto a Cristo, uno toma una decisión firme y dice: “Dios, te obedeceré a toda costa”. Pero cuando el camino que Dios dictamina es diferente al nuestro, y nuestra expectativa diferente a la Suya, nos quitamos el yugo que es tan necesario, rodeamos la cruz, nos desanimamos y dejamos de seguir al Señor.

Hermanos y hermanas, solamente hay una clase de vida que glorifica al Señor: la vida que lleva la cruz hasta el final. Jamás podemos evitar la cruz. Si no somos verdaderamente disciplinados por el Señor, si no nos negamos y tomamos la cruz y lo seguimos, tarde o temprano no podremos avanzar. Si no hemos sido disciplinados ni nos hemos consagrado de una vez por todas, llegará el día en que nos enfrentaremos cara a cara con algo que no podremos soportar. El crecimiento espiritual falso puede engañarnos y engañar a otros, pero tarde o temprano descubriremos que no podemos sobrepasar cierto asunto específico. El hombre puede abandonar cualquier cosa, pero no a sí mismo. Si no somos disciplinados por completo, no podremos avanzar en ninguna área, veremos que el costo de seguir al Señor es demasiado elevado y nos daremos por vencidos.

Ahora veremos la razón por la cual algunos no han podido seguir al Señor hasta el fin. Espero que recibamos luz de las Escrituras, y que podamos recibir la ayuda de Dios y la revelación del Espíritu Santo para poder ver esto.

En Marcos 4:5 dice: “Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, por no tener profundidad de tierra”. Esto es lo que sucede hoy día. Brotar es tener la esperanza de producir vida; significa que la semilla retoña; significa que la palabra ya no es simplemente palabra, sino que se ha vuelto vida. Brotar no solamente significa que uno confesó la palabra, sino que la recibió y que comenzó a crecer en uno. También indica que la cáscara de la semilla se rompió, y la semilla germinó y que uno aceptó la palabra y tuvo un nuevo comienzo. Gracias al Señor que todos hemos comenzado de nuevo. La palabra de la cruz ya produjo un comienzo en nosotros, su retoño ya salió. Pero el Señor dice que aunque algunos comenzaron de esta manera, no tuvieron un buen final. Dice: “Salido el sol, se quemó; y por no tener raíz, se secó” (v. 6). ¿Qué clase de personas son éstas? Hay algunas personas que tienen un buen comienzo, pero no un buen final. Ellas son los que obedecieron al principio, pero se regresaron a mitad de camino. Son aquellas que al principio están dispuestas a abandonarlo todo por el Señor, pero que más tarde se rehúsan a seguir. Estas son las que brotan pronto, pero más tarde se secan. Brotar indica que la vida está presente; secarse significa que la esperanza que estaba presente se fue. Muchos que han fracasado a mitad de camino tenían muchas esperanzas al principio; sabían que este camino era el correcto, y esperaban mucho de este camino. Sin embargo,

después de tres o cinco meses, o de tres o cinco años, se rindieron y se secaron. La vida que expresaron inicialmente se les fue, y toda señal de vida desapareció.

¿Por qué sucede esto? El Señor mismo nos da una explicación: “Estos son asimismo los que son sembrados en los pedregales, los que cuando oyen la palabra, al momento la reciben con gozo. Pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración; luego cuando viene la aflicción o la persecución por causa de la palabra, en seguida tropiezan” (vs. 16-17). Según el Señor, ellos encontraron aflicción y persecución y tropezaron. La persecución que se menciona aquí viene a causa de la palabra, y no es una persecución común. Ellos recibieron la palabra, pero no pueden recibir la aflicción y la persecución que la acompañan y, como resultado, caen.

Cada mensaje que uno oye trae consigo su aflicción y su persecución. Sin embargo, no voy a compartir sobre eso ahora. Sí quisiera recalcar que cuando un creyente recibe la Palabra, cualquiera que sea, se enfrentará con aflicción y persecución. Por consiguiente, uno no puede tomar la palabra como un adorno y pensar que puede predicar todo lo que ha oído. Puede hacer eso con cualquier otra clase de conocimiento, pero no puede ser tan irreflexivo con la Palabra. Para poder ser un testimonio verdadero, debe pasar por un quebrantamiento genuino. Debe estar en verdad muerto y crucificado por causa de la Palabra, y partido por Dios por causa del testimonio. No es un asunto de juntar unos cuanto versículos afines, clasificarlos y organizarlos para producir un mensaje, pues eso no es un mensaje. En la concordancia se pueden encontrar muchas cosas así. Uno debe ser disciplinado en verdad para tener un mensaje. Por consiguiente, ningún mensaje que uno dé está libre de su correspondiente aflicción y persecución.

¿Por qué sucede esto? Después de que uno escucha una enseñanza y la recibe, Dios produce un ambiente que exige esa enseñanza. Por ejemplo, es posible que hoy escuchemos un mensaje acerca de la paciencia. Dios entonces nos pondrá en circunstancias en las que se requiera paciencia. O puede ser que oigamos un sermón sobre el amor fraternal; a continuación, Dios crea para nosotros una situación en la que el amor se haga necesario. Lo que uno escucha y lo que dice no son dignos de fiar. Lo único que es válido, es poner en práctica las palabras cuando las cosas ocurren. Por esto todos los mensajes que uno oye traen consigo aflicción y persecución, pues éstas ponen en evidencia si uno recibió el mensaje en realidad. No se puede adquirir ninguna enseñanza bíblica sin pagar por ello. Junto con las enseñanzas Dios crea el medio que exige las tales enseñanzas, pues de ese modo es probado si lo que recibimos es verdadero.

Muchas veces, cuando los hermanos y las hermanas oyen una palabra sobre la cruz, sobre una consagración incondicional y sobre una santidad perfecta, se animan mucho y piensan que no hay problema y que la entienden. Hermanos, no se regocijen tan pronto, porque al poco tiempo vendrán la aflicción y la persecución y mostrarán si ustedes recibieron el mensaje. Si en verdad lo recibieron, la aflicción lo demostrará. Si no lo recibieron, o lo recibieron superficialmente, quedarán abrumados cuando le sobrevengan las aflicciones y la

persecución. Recuerden que el fin de la aflicción y la persecución es sencillamente poner en evidencia la verdadera condición de uno, no para quitar lo que es verdadero, pues sólo prueban si en verdad uno recibió la palabra del Señor; no hacen que uno la pierda. El oro no se vuelve cobre cuando pasa por el fuego. No importa cuán intenso sea el fuego, no cambiará la naturaleza del oro. Pero si uno objeto sólo ha sido bañado en oro, si sólo lo cubre una capa de oro, pero no tiene oro por dentro, el fuego sacará a la luz su verdadera naturaleza.

Tengamos presente que podemos recibir una enseñanza, pero eso no garantiza que lo que oímos nos pertenece. Después de oír la enseñanza, Dios la pondrá a prueba para determinar si es ahora nuestra. Aunque uno haya oído cierto mensaje y tenga conocimiento de las Escrituras que tratan ese tema, ello no implica que haya pagado el precio que lo une a esas palabras, y en la experiencia no se ha negado ni ha aceptado la cruz. Con la boca uno dice que obedecerá, e incluso, es posible que ore gratuitamente diciendo: "Señor, estoy dispuesto a negarme a mí mismo". Hermanos y hermanas, puedo decirles que el sol del Señor saldrá pronto. Si verdaderamente tenemos vida, si tenemos raíces y si somos veraces ante el Señor, el sol nos ayudará a crecer y fomentará nuestro crecimiento. Pero si no tenemos raíces nos secaremos tan pronto salga el sol. Todas las pruebas nos deben ayudar a crecer. Si lo que recibimos del Señor no es genuino ni puro, los problemas lo aplastarán, mostrarán lo que somos interiormente y sacarán a la luz todo lo que somos por dentro y por fuera para que se vea si lo interior y lo exterior concuerdan.

Hermanos y hermanas, ¿saben ustedes a qué alude el sol en esta parábola? ¿Saben qué son en realidad la aflicción y la persecución? Permítanme decirles: son la máxima expresión del amor del Señor: la cruz. No hay nada que cultive nuestras vidas más que la cruz, y no hay mejor prueba que la cruz. Ella dividió al mundo en dos. En un lado están los vencedores, y en el otro, los derrotados. La diferencia entre los dos es la cruz. Conozco a muchas personas que al principio eran como la gente del mundo y estaban contentas allí, pero tan pronto fueron iluminadas y Dios se les reveló, decidieron desde ese momento servir al Señor, ser Sus discípulos, hacer a un lado todo y seguirlo. Ellas pensaban que eran buenas y que podían seguir este camino, pero estaban engañadas, porque no conocían su condición verdadera. Dios no les iba a dejar en la ignorancia para siempre. Por esta razón, El hizo algo que pusiera en evidencia su verdadera condición. Ellos tenían un alto concepto de sí mismos, así que Dios les permitió pasar por ciertas pruebas, ya que no quería que se quedaran en tinieblas. Así que los condujo a la cruz para exponer su verdadero yo. Un día se dieron cuenta de que tenían un problema ante Dios y empezaron a luchar con El. Me temo que muchos cristianos ya han argumentado y creado un problema ante Dios. Un día se darán cuenta de que Dios no se relaciona con usted según su propia expectativa, pues descubrirá que Dios no hizo lo que usted esperaba. Uno espera que Dios obre de cierta manera, pero El decide actuar de otra; uno espera que Dios no obre de cierta manera, pero eso es exactamente lo que hace. Uno se aflige y considera en su corazón que Dios no hizo lo que debía. Cuando uno vea que lo que Dios dice es diferente de lo que uno dice, que lo que El hace no es lo mismo que uno

hace, y que los lugares a los que El quiere ir no son los mismos a los que uno desea ir, no estará conforme con lo que El dispone y comenzará a argumentar con El y a preguntarle por qué actúa así. Uno empezará a enojarse con Dios y a entenderlo mal. Es posible que nunca se nos hubiera ocurrido que un siervo del Señor podría encontrarse con tales cosas, pero para nuestra sorpresa, nos sucede a nosotros; son cosas que no planeábamos, pero nos las encontraremos en nuestras circunstancias, en el colegio, en la casa y en el trabajo. A raíz de esto comenzamos a argumentar con el Señor y a culparlo por lo que nos pasa. Hermanos y hermanas, recordemos que este tipo de argumento nos limitará y nos secará. No olvidemos que *toda aridez espiritual comienza cuando uno discute con Dios y no está dispuesto a ceder*. Después de cada argumento viene el fracaso. Si Dios pierde y nosotros ganamos, sin duda alguna, nos secaremos. Por consiguiente, cada vez que vayamos a Dios, nos probará en la cruz, y ella determinará si nuestra vida es rica o se seca.

Muchos de ustedes han discutido con Dios de esta manera, y muchos de ustedes todavía están en medio de una discusión con El. Tal vez usted continúe quejándose de la manera en que Dios lo trata. Permítanme decirles que el resultado de tales argumentos determinará cómo vivirán ustedes desde ese momento en adelante. En otras palabras, la abundancia o la esterilidad de nuestra vida depende de la manera en que resolvamos estas discusiones. Si usted gana, Dios pierde, y el resultado inexorable será sequedad. No se regocije por su victoria ni por su libertad, ni piense que ganó, solo porque obtuvo lo que deseaba. Esto en realidad es la evidencia de que su vida se está secando y está decayendo rápidamente. Esta es la experiencia de muchas personas. Toda aridez espiritual comienza cuando uno comienza a debatir con Dios, cuando El pierde y uno gana. Nuestra vida jamás florecerá si Dios pierde. Eso lo puedo asegurar. Hermanos y hermanas, si están en medio de una discusión con Dios, si no han resuelto algún problema entre ustedes y Dios, y si todavía no ven claramente lo que es la voluntad de Dios, puedo decirles con franqueza que están en una situación muy precaria. Tengan mucho cuidado. Si usted culpa a Dios o menosprecia lo que El hace, ahí mismo caerá. No tendrán que esperar hasta que todo el asunto se aclare, pues se empezarán a secar ahí mismo.

Por consiguiente, Dios no permitirá que oigamos un mensaje o nos consagremos y demos el asunto por terminado. Cuantas veces digamos que no fracasaremos, que seremos cristianos obedientes, que seguiremos al Señor andando en Su senda, inmediatamente el Señor nos pondrá a prueba. El no nos permitirá que sólo seamos obedientes de palabra sin primero pasarnos por la prueba, ya que El sólo puede usar los vasos que hayan pasado la prueba. La fidelidad o la infidelidad nuestra no se determina en el momento que oímos un mensaje, ni cuando confesamos que lo creemos y lo aceptamos. Dado que Dios no puede confiar en nosotros, El permite que la aflicción y la persecución que vienen con Su palabra, nos sobrevengan y nos examinen para que veamos nuestra reacción. Entonces veremos si verdaderamente nos dimos a Dios o si simplemente hicimos una confesión superficial. En el momento de la prueba, puede ser que no

alabemos tanto a Dios. En esos momentos, quizá no estemos seguros de que Dios nos cuida, pero de todos modos, El tiene que someternos a prueba.

Cuando yo empecé a laborar para el Señor, fui a visitar la señorita Barber, una hermana ya avanzada en años. Nos sentamos en la sala, y ella me preguntó: “¿Desea Dios que tú le sirvas? ¿Qué quiere el Señor que hagas?” Yo le contesté: “El desea que yo le sirva”. Ella me preguntó: “¿Qué harías si descubres que el Señor no desea que labores para El?” Le respondí: “Por supuesto que El desea que yo labore para El. Eso ya lo sé”. Entonces ella me leyó Mateo 15, donde se narra que el Señor alimentó a cuatro mil con siete panes y unos pescados, y me preguntó qué entendía yo en ese pasaje. Le contesté que los discípulos pusieron los panes y los peces en las manos del Señor, y cuando el Señor los bendijo, se multiplicaron y alimentaron a los cuatro mil. Entonces ella agregó algo que hasta este día no olvido. En ese momento yo estaba perplejo. Ella mencionó que los panes fueron partidos primero antes de ser distribuidos. Un pan que no sea partido no puede cambiar ni puede sustentar otra vida. También dijo: “Hermano (ella era mayor que mis padres), recuerde que muchas veces somos como los panes, y decimos: ‘Señor, me consagraré a Ti’. Pero aun cuando nos hemos consagrado, secretamente en nuestro corazón esperamos que el Señor no nos parta. Esperamos que el pan siempre esté entero y bello y que no sufra ningún cambio. Pero ningún pan que sea puesto en las manos del Señor se quedará sin partir. Si uno no quiere ser partido, es mejor que no se ponga en Sus manos”. Han pasado ya doce años desde el día que ella me dijo esto. En estos doce años, he aprendido esta lección profundamente. Me he dado cuenta de que esto es verdadero. Todo pan que llega a las manos del Señor es partido. Permítanme, entonces, decirles lo mismo: “Si ustedes no desean que el Señor los parta, no se pongan en Sus manos”. En esto reside el problema de muchas personas. Cuando oyen la enseñanza acerca de vencer, se ponen muy contentas y dicen: “Dios, te consagro todo lo que tengo”. Pero cuando el Señor comienza a partirlos, lloran: “Oh, yo no esperaba que esto me sucediese a mí”. Esta vida es dolorosa y difícil de sobrellevar. Por una parte, Dios se apodera de nosotros, y ya no podemos ser como los demás, y por otra, no queremos ser partidos de esa manera. Así que, si usted no ha calculado el precio y no está dispuesto a ser partido por El, no se hallará satisfecho con Dios, y El no estará contento con usted.

Si usted no desea seguir al Señor, Dios no puede hacer nada con usted. Pero si se da cuenta de que debe obedecer al Señor y no desea que su vida se seque, y desea tener una vida vigorosa, tiene que permitir que Dios pruebe con aflicciones y persecución la realidad de la Palabra que recibió. Yo no sé cuántas personas han experimentado aridez como resultado de no pasar el examen de la Palabra de Dios.

En breve estudiaremos el propósito eterno de Dios. No estoy seguro si podemos llegar a la norma de Dios. Muchas veces anhelamos y deseamos, pero no hemos pasado por las diferentes pruebas como es debido. En consecuencia, no podemos ser lo que deseamos. Es por eso que la cruz es nuestro examen. La cruz nos separará, y podremos ver en qué lado estamos. Pero en esta ocasión no

trataremos este tema, sino que hablaremos de lo que hace que la semilla se seque. ¿Por qué la semilla creció tan rápido, y por qué se secó tan rápido? ¿Por qué cuando el sol sale se seca? El Señor nos da tres razones en Marcos 4.

I. NO TIENEN PROFUNDIDAD DE TIERRA

La primera razón que el Señor menciona es que estas semillas no tienen profundidad de tierra. Una persona en esa condición sólo tiene una pequeña cantidad de tierra; todo lo que se relaciona con ella es superficial. No tiene mucha tierra, y es muy superficial. Se sacia con facilidad y le da hambre fácilmente. Toma poco y queda satisfecha. Para ella es tan fácil regocijarse como afligirse, reírse como llorar. Permanece en un lugar muy superficial. Es una persona que se comporta según sus circunstancias, es decir, vive en sus emociones. No hay nada más superficial en este mundo que las emociones y las circunstancias.

Cuando un árbol es grande, sus raíces son grandes porque tienen que descender a lo profundo de la tierra para hallar agua. Debido a que no hay agua en la superficie, algunas raíces descienden de tres a cinco kilómetros. Cuando las raíces no encuentran agua en la superficie, bajan a lo profundo, aun kilómetros en algunos casos, para hallar agua. Se hallan palmeras en medio de los desiertos de Arabia. Ellas ondean su verde y exuberante follaje bajo el candente sol, debido a que sus raíces están en contacto con agua fresca; así que el candente sol no les afecta. Por lo tanto, aunque sean severamente azotadas por los rayos solares, pueden absorber el agua fría porque no viven en la superficie de la tierra, sino en las profundidades del suelo.

Todos aquellos que viven según el ambiente que les rodea o por sus sentimientos, viven en un terreno superficial. Aunque yo no he estado laborando para el Señor por mucho tiempo, he notado que las personas más difíciles de tratar son las que dicen “sí” a todo. No importa lo que usted diga, ellos responden que sí y aceptan superficialmente lo que usted dice. Parecen estar muy atentos, pero en verdad, interiormente no tienen nada. Las personas que ríen y lloran con facilidad, que son afectadas fácilmente por el clima, que se alegran o se entristecen debido a sus sentimientos o a lo que las rodea, son muy difíciles de manejar. Las personas cuyo suelo es superficial son controladas por sus emociones y sus circunstancias. Las que tienen profundidad no son así. Ellas no se fijan en las circunstancias, sino en que el Señor está detrás de ellas. No prestan atención a sus emociones, pues las han encerrado bajo llave. Conocen al Señor *desde adentro*.

Hermanos y hermanas, ¿qué sucede con quienes tienen poca tierra? El Señor nos muestra una lección profunda aquí. Si no vemos al Señor detrás de las circunstancias y nos conducimos según nuestras emociones o nuestro ambiente, no podremos asirnos de ninguna doctrina o enseñanza. ¿Qué está haciendo entre nosotros el Señor hoy? El busca algunos entre nosotros para que sean vencedores. Nunca podremos ser vencedores si nos conducimos constantemente según lo que nos rodee, sin ninguna seguridad; esto es vivir por nuestros sentimientos sin conocer al Señor. Muchos cristianos se alegran cuando

progresan de una manera fácil, pero cuando se encuentran con la oscuridad, sienten que todo les deprime. No tienen idea de lo que es la obra del Espíritu Santo. No viven por el Señor, sino por las palabras del hombre, por sus propios pensamientos y guiados por sus circunstancias. En tal condición, cuando las dificultades lleguen, van a caer. Una vez se vean frente a la cruz, caerán. Por consiguiente, si tropezamos ante los sufrimientos y no tomamos la cruz para seguir adelante, no seremos de mucha utilidad para el Señor; por el contrario, seremos muy superficiales, no tendremos nada, sensibles a nuestros sentimientos, y viviremos por éstos.

II. NO TIENEN RAICES

El Señor nos dice que la segunda razón por la cual la semilla se seca es la carencia de raíces. ¿Qué es la raíz? En un árbol vemos el tronco, y la parte que está bajo la tierra, la cual no podemos ver, es la raíz. Las ramas tienen vida y son visibles, pero las raíces son invisibles. Las raíces están enterradas bajo la superficie. Por consiguiente, las raíces se refieren a *la vida escondida*. A aquellos que no tienen raíces ante el Señor, se les seca la vida. Aquellos que no tienen una vida escondida, que hacen todo delante de los hombres y no tienen una relación especial con el Señor, no pueden pasar la prueba de la cruz. Permítanme preguntarle: ¿Es su vida espiritual sólo lo que los hombres ven? ¿Tiene usted una vida secreta delante del Señor, la cual vive en su propio aposento? Si sus oraciones solamente se oyen en la reunión de oración, si usted sólo lee la Biblia con otros, y si todas sus obras son hechas delante de los hombres, entonces no tiene raíces. ¿Sabe que son las raíces? Las raíces son la parte que nadie ve, que está escondida y que vive en secreto. Nada que sea visible es parte de las raíces. Por eso, debemos preguntarnos ¿cuánto de nuestra vida se lleva a cabo en verdad delante del Señor? Aparte de la conducta, el testimonio, la lectura de la Biblia y las oraciones que hacemos delante de los hombres, ¿cuánto hacemos en secreto? Si usted no tiene una vida secreta o escondida delante de Dios, y si no tiene una oración privada, una lectura a solas y una obediencia secreta, puedo decirle francamente que usted no tiene raíces. Por eso, no le extrañe que cuando la cruz le sea aplicada, usted no la podrá soportar. Esto se debe a que usted carece de una vida escondida. Nada lo preservará más que una vida escondida. Si usted ve que un hermano cae o fracasa o que está en problemas, sin necesidad de preguntarle a nadie, tenga la certeza de que, antes del problema, aquel hermano ya había perdido su vida escondida. El perdió su vida escondida durante las semanas, los meses o posiblemente los años anteriores. La vida espiritual de uno depende mucho de su vida escondida delante de Dios. Si no puede alimentar tal vida, se debilitará. Por tanto, debe darse cuenta de la importancia de tener una vida escondida.

Cerrar la puerta como se describe en Mateo equivale a tener una vida con raíces. ¿Qué dijo el Señor en el versículo 6 del capítulo 6? Dijo que cuando oremos, debemos entrar en nuestro aposento y, cerrada la puerta, oremos a nuestro Padre que está en secreto; y el Padre que ve en secreto, nos recompensará. El Señor es muy específico, El dice que el Padre nos *verá* en secreto. La oración es algo que

se puede ver. Siempre pensamos que la oración es algo que se puede oír, pero el Señor no dice que las oraciones se oyen, sino que se ven. Muchas veces cuando no tenemos palabras delante del Señor, nuestra sola actitud es suficientemente preciosa, porque Dios nos ve, no simplemente nos oye. Hermanos y hermanas, ¿cuánto de lo que somos se puede ver ante Dios? ¿Cuánto de nuestro vivir lo puede ver El? ¿Cuántas veces solamente podemos ser vistos por el Señor y por nadie más? ¿O todo lo hacemos frente a los hombres? Quisiera dirigirme especialmente a los hermanos que sirven en la obra. Nadie es más susceptible que los que laboran para el Señor. Nosotros sufrimos más tentaciones que los demás, porque para nosotros es fácil poner, e incluso exhibir ante los hombres, todo lo que tenemos en secreto. Hermanos, permítanme preguntarles de nuevo: ¿Cuánto de nuestras vidas es vista por Dios solo y no la conocen los hombres? ¿Cuántos tienen la experiencia de Pablo, que por catorce años no reveló lo que había experimentado? ¿Cuántas de nuestras cosas son guardadas exclusivamente para que Dios las disfrute? Si no tenemos algo así, les digo con franqueza que no podremos tener raíces. Si no tenemos una vida espiritual escondida y no hemos sido disciplinados por Dios ni heridos por El de una manera escondida, todo será superficial y no tendrá valor.

Todo lo que el hombre tiene debe ser primero probado en la cruz y debe pasar la prueba, antes que se pueda considerar digno de confianza. Si un hombre está profundamente arraigado en la muerte de Cristo, pasará por pruebas pero permanecerá. Permítanme preguntar: ¿Diría usted que todavía creerá, si es perseguido por causa del Señor al grado de arriesgar la vida, y teniendo a alguien que le dice: “Te mataré si continuas creyendo en el Señor Jesús”? ¿Cómo sabe usted que no tratará de salvar su propia vida? La única protección que usted tiene cuando pasa por juicios, tribulaciones y persecuciones son sus raíces profundas. Si las raíces no son profundas, con seguridad fracasará y no podrá vencer. Si en aquel día usted quiere estar de pie, debe tener raíces profundas en su vida cotidiana hoy. Esto significa que usted debe tener una vida escondida delante del Señor y debe continuar teniendo experiencias secretas. Por lo tanto, la única manera en que podemos saber que no caeremos en aquel día, es por tener hoy una vida escondida.

III. ENTRE PEDREGALES

Es posible que los que tienen suelo poco profundo aún deseen tener raíces profundas, pero hay piedras que estorban. Hay rocas donde están las raíces. Por fuera parecen ser similares a otros suelos; como otros, están llenos de polvo y lodo, pero por dentro hay pecados escondidos y el yo. Por fuera, se ven como los demás. Ellos oyen y hablan como los demás, pero en los lugares escondidos, hay grandes rocas que estorban. Por esto no pueden tener profundidad. ¿Qué son las rocas? En la Biblia las rocas tienen muchos significados. Mencionaré solamente uno: el corazón endurecido. Si usted desea ser espiritual, no puede tener un corazón endurecido. Muchas personas nunca han recibido un revés en sus deseos, y su yo nunca ha sido quebrantado. Pueden decir mucho acerca de la voluntad de Dios y dar muchos razonamientos. Tienen sus propias ideas acerca

de la voluntad de Dios. Siempre dicen: *Yo creo* que las cosas se deben hacer de esta manera. Dios todavía no ha destruido la sabiduría de ellos, ni les ha quebrantado la voluntad. Todavía siguen maquinando y planeando; pero debido a que hay rocas bajo la superficie, no pueden descender muy profundo. Hermanos y hermanas, siendo francos, no podemos tener un verdadero progreso espiritual a menos que permitamos que Dios nos parta. La cruz es la única fuente de progreso. Si Dios no nos parte, nunca seremos útiles. El debe quebrar las rocas que yacen debajo de nosotros, de lo contrario no tendremos profundidad. Solamente hay una clase de personas que podrá echar raíces profundas: aquellos que son dóciles como un niño y temen y tiemblan ante la palabra de Dios. ¡Desafortunadamente, una incontable cantidad de personas tienen que pensar antes de tomar una decisión ante una orden de Dios! Ellos piensan que el mandato de Dios requiere discernimiento y selección. Gracias al Señor que hay muchos que han obedecido con sencillez. Damos gracias al Señor porque hay muchos a quienes solamente les importa “quién” da la orden y nunca preguntan “por qué” antes de obedecer. Hermanos y hermanas, un corazón desobediente es una roca. Que Dios haga resplandecer Su luz sobre nosotros, para que veamos cuán grandes son las rocas que tenemos dentro.

Las rocas no solamente son el yo; también son pecados escondidos. En la vida de uno, por lo general hay un pecado que no ha sido eliminado debido a que cuesta mucho dejarlo, y uno lo deja allí y se niega a soltarlo. Si lo dejamos intacto, no recibiremos las riquezas espirituales ni descenderemos a las profundidades. Por consiguiente, es menester deshacerse por completo de todos los pecados. Aquellos pecados escondidos se tienen que eliminar completamente. Si usted no hace frente a los pecados escondidos y al obstinado yo, sus raíces nunca serán profundas.

Hermanos y hermanas, ¿cuántas cosas le ha indicado Dios? ¿Están dispuestos a acudir al Señor? ¿Está usted peleando y se niega a rendirse? Quizá hay un problema entre usted y Dios. Posiblemente haya visto lo que Dios desea y esté debatiendo con El. Esto es lo que el Señor desea mostrarle. Si uno desea sinceramente servir al Señor y adquirir la verdad, esas pedregales deben ser eliminados, pues de lo contrario, la tierra será superficial, y las raíces no tendrán profundidad. Si uno no puede deshacerse de los pecados escondidos, del obstinado yo y de las opiniones que expresa, tales como “no quiero” y “no lo haré”, nunca adquirirá poder espiritual. Si hay un problema entre usted y Dios, será imposible que la tierra tenga profundidad y que las raíces lleguen muy abajo. Damos gracias al Señor porque a pesar de todo esto, El puede hacer Su obra. Nuestro corazón está endurecido, pero el Señor puede transformarlo. Sé que muchas personas han sido heridas antes por Dios, pero también sé que hay muchos que son bastante obstinados. De todos modos, si el Señor puede quebrantar a otros, también lo puede quebrantar a usted. Si El se pudo sentar sobre un asno que nadie había montado antes, cuando entró en Jerusalén, El se puede sentar en usted también. Aquellos que conocen saben que es muy difícil montar un asno que nadie ha montado. Pero el Señor lo hizo. El pudo sentarse en aquel asno, sin peligro alguno, y entrar en Jerusalén. De la misma manera El se

puede montar sobre usted. Por obstinado que usted sea, el Señor puede quebrantarlo. Usted puede orar hoy sinceramente diciendo: “Señor, yo soy muy duro por dentro. Muchas veces me aferro a mis propios deseos e insisto en mis propias opiniones. Por eso muchas veces he sido muy superficial. Por favor, quebrántame”. No sabemos cuán superficial es nuestra vida delante de Dios. Si permitimos que El quebrante nuestro corazón endurecido, si no somos guiados por nuestros sentimientos ni nuestras circunstancias, y si le pedimos a Dios que nos dé una vida escondida, podremos avanzar. Si tomamos la cruz cada vez que se nos presente en el camino, tendremos cada vez más profundidad de tierra.

Aunque mencionamos otros dos pasajes de las Escrituras, no los discutiremos en detalle aquí; solamente los tocaremos brevemente pues creo que he presentado lo que deseaba compartir. Examinemos estos pasajes para completar lo que nos falta. En Oseas 14 se menciona el Líbano en tres ocasiones: primero, en contraste con el lirio; luego, en contraste con el olivo; y por último, en contraste con la vid. El Líbano se menciona repetidas veces porque es una especie de cedro común en el Líbano. Los cedros son árboles altos cuyas raíces son profundas. Muy pocos árboles tienen las raíces tan profundas como el cedro. La Biblia considera los cedros del Líbano como los más grandes del mundo. Ellos representan a aquellos que tienen raíces profundas. No le dé mucho valor a lo que el mundo le diga, porque la Biblia nos muestra que el Señor sólo se complace en aquellos que tienen raíces profundas.

En este pasaje el Señor presenta primeramente un contraste entre el Líbano y el lirio; en segundo lugar, hace un contraste entre el Líbano y el olivo; y en tercer lugar, contrasta el Líbano con la vid. ¿Por qué el Señor hace un contraste entre el Líbano y el lirio? Porque el lirio es muy atractivo. Los cristianos no deberían tener flores de las que crecen en los jardines, sino de las que crecen en el valle. Los lirios crecen en el desierto, no en las casas; no necesitan que ningún jardinero los cultive, pues son sustentados con el agua del cielo; son cultivados y sustentados directamente por Dios. La belleza del lirio radica en que se halla en el desierto, ante Dios. Oseas 14:6 también dice que la gloria de Israel será como el olivo. Según entiendo, el olivo no tiene ninguna belleza. Sería más lógico decir que su belleza será como una hermosa flor. No parece tener mucho sentido decir que su belleza será como el olivo. Sin embargo, la belleza de Dios no está en la apariencia sino en el fruto. Sabemos que del olivo se extrae aceite; es un árbol que produce el fruto del Espíritu. La belleza del olivo está en su fruto, el cual tipifica el Espíritu. Esto es algo interno, y no es algo que sea visible delante de los hombres. Más adelante, dice que Israel crecerá como la vid. ¿Han visto ustedes florecer una vid? En mi casa hemos tenido una vid desde que yo era joven. Pero nunca he visto que se ponga flores de la vid en un florero, ni he visto una vid florecer. A menos que uno busque cuidadosamente, no puede encontrar los botones; ellos son muy pequeños, y antes de retoñar completamente, se convierten en racimos de uvas. ¿Por qué no se habla de flores de durazno o de ciruelo, en lugar de flores de la vid? La razón es que nuestra flor no tiene como fin desplegar belleza, sino llevar fruto. Hay tres clases de flores. Unas solamente se usan para decoración, como por ejemplo, el crisantemo; otras decoran y también

llevan fruto, como el ciruelo; la tercera clase sólo lleva fruto, como los retoños de la vid. Dios no desea que seamos como las flores del ciruelo ni como el crisantemo que sólo se usan para ornamentar. Dios solamente exige que tengamos raíces que descendan a lo profundo. El Líbano se menciona tres veces, y tres veces se nos dice que nos ocupemos de la vida escondida. Esto es crítico. Tal vez una vida que lleve fruto espiritual no luzca muy bien; la oración no es algo que sirva de decoración. Sin embargo, vivimos para Dios, y si a El le parece bien, eso basta.

Hallamos un pasaje similar en Cantar de cantares 4:12, donde dice: “Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía; fuente cerrada, fuente sellada”. Un huerto cerrado significa que no es público; no es un huerto al que todo mundo tenga acceso. Por el contrario, es un huerto cerrado, reservado específicamente para alguien. Las flores de nuestro huerto son apartadas para Cristo y no son para nadie más. Nadie puede verlas. Hay una diferencia entre fuente y un pozo. Este es hecho por el hombre, mientras que aquélla es natural. Abraham excavó pozos. Cuando sus siervos encontraban una fuente, él hacía un pozo. Sin embargo, una fuente es natural, pues el hombre no la labró. El Señor dice que somos un huerto cerrado y que no estamos abiertos continuamente; la única ocasión en que estamos abiertos es cuando nos abrimos al Señor. También somos un pozo sellado. Un pozo se cava es para el uso del hombre; aún así, este pozo está limitado por el Señor y sellado para Su uso exclusivo. La fuente representa lo que recibimos de Dios, el gozo que recibimos de El. El pozo se relaciona con el hombre, y la fuente, con Dios. Ninguno de ellos se pueden mostrar adrede; están sellados. Todas las experiencias que tenemos acerca de la oración las debemos ocultar, y no hacerlas públicas. Aun la parte que es para el hombre, se debe esconder. En síntesis, todas las cosas buenas que poseemos deben encerrarse bajo llave porque son del Señor.

Lo que hemos presentado se relaciona sólo con la acción de “descender”. No tenemos ninguna otra meta que permitir que la cruz haga en nosotros una obra profunda. Hermanos y hermanas, en nuestro medio hay demasiadas cosas superficiales y externas; muchas cosas crecen por fuera, visibles y sobre la superficie, a la vista del hombre. Hay una gran escasez de tener una vida secreta ante Dios. Lo que Dios busca hoy y lo que le interesa es nuestro corazón, es que tengamos una vida secreta con El, que no sea visible al hombre. La vida que Dios desea es como la de una hermana, una vida que se relega a un segundo plano. Dios no tiene la intención de que lo saquemos todo a la luz sin dejar nada escondido o secreto. Que Dios nos conceda la gracia para aceptar lo que El exige y no seguir en la misma condición. Pidámosle a Dios y permitámosle que nos conceda un verdadero quebrantamiento para que podamos seguir en el camino que tenemos por adelante.

Capítulo siete

¿QUE SOMOS NOSOTROS?

(El siguiente mensaje, dado por el hermano Watchman Nee en Shanghai, en enero de 1934, durante la tercera conferencia acerca de los vencedores, se traduce de las notas tomadas por el hermano K. H. Weigh.)

Lectura bíblica: Jn. 1:22; 2 P. 1:12

Abordemos esta pregunta: ¿Qué somos nosotros? ¿Qué hacemos aquí? No hemos hablado sobre esto antes porque, en cierta medida, es algo incómodo hablar de nosotros mismos. Sin embargo, aunque no hemos mencionado este asunto, se nos ha preguntado: “¿Quiénes son ustedes?” Algunos han dicho que somos la Iglesia del Avivamiento o la Iglesia de la Manada Pequeña o la Iglesia El Cristiano (Nota del Editor: El hermano Nee publicaba una revista llamada *El Cristiano*). Por esta razón, quisiéramos dar respuesta a esta pregunta.

En primer lugar, debemos aclarar que no somos nada en particular. No somos otra denominación ni una secta ni un movimiento ni una organización. No tenemos la intención de unirnos a alguna secta ni de formar nuestro propio grupo. No existiríamos independientemente, si no fuera porque tenemos un llamado especial, y una comisión de parte de Dios. Estamos aquí porque Dios nos hizo un llamado especial.

CONFIRMADOS EN LA VERDAD PRESENTE

En 2 Pedro 1:12 aparece la expresión “confirmados en la verdad presente”, que también se puede traducir “la verdad actual”. ¿Qué es la verdad actual? En realidad, todas las verdades constan en la Biblia; sin embargo, por la insensatez, la infidelidad, la negligencia y la desobediencia del hombre, muchas de las verdades se perdieron al quedar ocultas al hombre. Aunque las verdades estaban ahí, el hombre no las veía ni las tocaba. Sólo cuando llega el cumplimiento del tiempo, Dios corre el velo de ciertas verdades durante períodos específicos y las da a conocer una vez más.

Las verdades que recientemente son reveladas, no acaban de ser inventadas por Dios, sino que son descubiertas por el hombre. No tenemos necesidad de inventar, pero sí de descubrir. En generaciones anteriores, Dios reveló diferentes verdades. En ciertas épocas hizo que los hombres descubrieran verdades específicas. Podemos ver esto con claridad en la historia de la iglesia.

Tomemos el caso de Martín Lutero en el siglo dieciséis. Dios le abrió los ojos y le reveló lo que es la justificación por fe. Él fue un vaso que Dios usó para que descubriera la verdad de que el hombre es justificado por la fe. Esto no quiere

decir que antes de Lutero no existiese la justificación por fe. El hecho ya existía antes de aquellos días, pero Lutero simplemente comprendió esta verdad de una manera convincente y la defendió. Por esta causa, esa verdad fue la “verdad presente” de aquella época.

El obrero del Señor debería inquirir delante de Dios cuál es la verdad presente. Debemos preguntar: “Dios, ¿cuál es la verdad actual?” Aunque en la Biblia hay muchas verdades importantes, lo que necesitamos conocer es la verdad presente. No sólo necesitamos conocer las verdades generales, sino que también debemos entender claramente cuál es la verdad presente que Dios revela.

LA VERDAD RECOBRADA DURANTE EL SIGLO DIECISEIS

A partir del siglo dieciséis, Dios ha estado recobrando diferentes verdades. El siglo dieciséis fue la era de la Reforma. En ese entonces hubo un cambio monumental en la religión. Eso no significa que antes de esa época no había recobro alguno. Dios había recobrado otras verdades antes de los días de la Reforma. Sin embargo, a partir del siglo dieciséis se comenzaron a recobrar verdades importantes. Tenemos que examinar la historia desde el período de la Reforma, como uno de los cuatro lapsos [en que clasificamos la historia de la iglesia]. El primer período es la Reforma; el segundo período, es el tiempo posterior a la Reforma, que se extiende desde el siglo dieciséis hasta el siglo dieciocho; el tercero es el siglo diecinueve; y el último período es el siglo veinte.

Examinemos primero la Reforma que introdujo Lutero. Cuando Dios lo usó, él vio la luz y se propuso que el hombre regresara a la verdad expresada en el libro de Romanos. En la actualidad muchas personas evalúan la obra de Martín Lutero desde una perspectiva política y creen que él inició un movimiento político. Sin embargo, después de leer el diario de Lutero, sus escritos y sus libros, se puede ver que sus motivos y sus metas eran correctos. Lo mejor que podemos hacer en cuanto a él, es darle crédito por recobrar la verdad de la justificación por fe. Por supuesto, Dios no recobró todas las verdades por medio de Lutero. Este solamente sacó a la luz la verdad de la justificación por la fe; no sugirió cambios radicales con respecto a la iglesia. Por ejemplo, reconocía una iglesia estatal y estaba de acuerdo con que la iglesia constituyera parte del estado. No recibió revelación sobre este punto. Debido a lo anterior, cierto tiempo después, la denominación luterana se convirtió en la religión oficial de Alemania. En cierta ocasión, Lutero dijo que la iglesia no debía ser controlada por el estado; sin embargo, consideraba que los asuntos administrativos eran transitorios, temporales y pertenecientes al atrio, y no eran asuntos que pertenecieran al lugar santo. Por consiguiente, él no fue muy detallado al respecto. Dios permitió que lo pertinente a la administración de la iglesia no se resolviera en el tiempo de Lutero. Aunque este asunto no se recobró, la verdad acerca de la justificación por fe sí se recobró ampliamente. Dios extrajo esta verdad, la cual yacía enterrada en las tradiciones, opiniones humanas y credos, e hizo que se conociera y se predicara una vez más. Quienes nacieron en esa época debían predicar esta verdad y

exhortar a los demás con respecto a ella; de lo contrario, no se habrían considerado obreros fieles de Dios en esa época.

EL RECOBRO DE LA VERDAD DESDE EL SIGLO DIECISEIS HASTA EL SIGLO DIECIOCHO

Siguiendo este mismo delineamiento, vayamos al período comprendido desde el siglo dieciséis hasta el siglo dieciocho. En 1524 surgieron en Alemania los anabaptistas, un grupo de creyentes que propusieron bautizar de nuevo a las personas aunque hubiesen sido bautizadas por aspersion cuando eran niños. Ellos fueron seguidores de los primeros hermanos de Lhota que predicaron sobre la necesidad de los creyentes de ser bautizados. Hasta entonces, tanto la Iglesia Católica Romana como la Iglesia Luterana bautizaban a los niños por aspersion. Los anabaptistas no solamente predicaban la verdad de la justificación por fe, sino que avanzaron un poco más bautizando a los creyentes que eran justificados por la fe. Pese a que la Iglesia Anglicana estaba establecida en Inglaterra, estas personas afirmaban que la iglesia no debía tener nada que ver con la política. Por esta causa fueron perseguidos y exiliados.

Después de doce años, en 1536 Dios levantó a Juan Calvino, quien fue uno de los vasos de Dios más importantes en esa era. El enfrentó persecución por todas partes, primero en Suiza y luego en Alemania. Adonde iba encontraba persecución y destierro. Finalmente en Escocia tuvo un comienzo nuevo y estableció la Iglesia Presbiteriana de Escocia.

A fines del siglo dieciséis y comienzos del siglo diecisiete, se formó en Inglaterra la Iglesia Anglicana. Ese fue el inicio de la iglesia estatal de Inglaterra. Aunque estaba libre del influjo de la Iglesia Católica Romana, estaba ligada a la política británica. Por esta razón, se levantaron algunos disidentes en Inglaterra. Ellos se opusieron al estado y a la religión del mismo. Afirmaban que la iglesia no debía estar bajo el control del estado, y que la iglesia y el estado debían estar separados. A pesar de que estos disidentes tuvieron la osadía de señalar los errores de la iglesia estatal, ellos mismos no se volvieron totalmente a la enseñanza del Nuevo Testamento. Todo esto sucedió en Inglaterra.

En esos días en Alemania, Dios levantó a Philipp Jakob Spener, quien llegó a ser pastor de una iglesia luterana en Francfort en 1670. Para entonces la denominación luterana había caído en una especie de religión ritual. Al profundizar en la Biblia, Spener comprendió que la iglesia de ese tiempo estaba llena de opiniones humanas, algo que Dios no aprueba, y vio que los creyentes debían regresar a la enseñanza del Nuevo Testamento. Por esta causa condujo a los creyentes a practicar 1 Corintios 14. En sus reuniones comenzó a rechazar las formalidades tradicionales y a seguir al Espíritu Santo. Lamentablemente, esa práctica no duró mucho.

En 1732 surgió el primer grupo de misioneros en el mundo: los llamados Hermanos moravos. La palabra *moravo* es el gentilicio de un lugar llamado Moravia, de donde salió el primer grupo de hermanos que fueron a evangelizar por todo el mundo. Ochenta y cinco de los cien que salieron, permanecieron en el extranjero como misioneros. Aquello comenzó con un hermano llamado Cristian David. Antes de ser salvo, viajó por todas partes en busca de la verdad relacionada con la salvación, pero sin éxito. Finalmente, a la edad de veintidós años, encontró el camino a la salvación y regresó a Moravia, su pueblo natal, y allí comenzó a proclamar con valentía esta verdad. Dios hizo una obra asombrosa por medio de él. En ese avivamiento, llegó la persecución, y lo exiliaron de su pueblo natal a Sajonia. Allí conoció al Conde Zinzendorf. Este solamente tenía veintidós años y era miembro de la aristocracia de un reino pequeño. Debido a la persecución que hubo en Moravia, los hermanos huyeron de allí y fueron recibidos por el hermano Zinzendorf en su jurisdicción. Allí comenzaron a vivir como la iglesia morava, y se radicaron en los montes de Sajonia, donde empezaron a crear una comunidad. Gradualmente, debido a la persecución, cristianos de diversos orígenes se mudaron allí.

Entre estos inmigrantes hubo un hombre negro de las Indias Occidentales llamado Antonio. Cuando él conoció a esos hermanos, les mencionó la condición en las Indias Occidentales. Algunos hermanos sintieron la necesidad de ir a predicar el evangelio allí. Por medio de cierto sorteo seleccionaron a algunos para que fueran con Antonio en una misión. Esa fue la primera obra de misioneros, lo cual sucedió por el año 1732. Desde entonces, se siguieron produciendo misioneros, y la Iglesia de Moravia se volvió el cuerpo de misioneros más fuertes de esa época. Sus creencias se difundieron por todo el mundo.

En esa época surgió algo nuevo en la Iglesia Católica. El Señor levantó un grupo de personas espirituales. Entre los más espirituales se halla Miguel de Molinos, quien nació en 1640 y murió en 1697. Él escribió un libro titulado *Guía espiritual* que enseñaba la manera de negarse a uno mismo y morir con el Señor. Este libro influyó en muchas personas de esa época. Una de sus contemporáneas fue la señora Guyón, quien nació en 1648 y murió en 1717. Ella tenía mucho conocimiento en cuanto a unirse a la voluntad de Dios y negarse al yo. Su autobiografía es un excelente tomo espiritual.

Además, encontramos al padre Fénelon que era un obispo en esa época. Él estaba muy dispuesto a sufrir por el Señor, y laboró junto con la señora Guyón. Por medio de estas personas, Dios reveló muchos mensajes espirituales. En ese tiempo, los hombres y las mujeres que tenían experiencias profundas en la vida espiritual, se encontraban en la Iglesia Católica. El protestantismo estaba centrado en la doctrina de la justificación por la fe.

Además de estas tres personas, estaba Gottfried Arnold, quien escribió muchos libros relacionados con la iglesia. Él consideraba que la iglesia en ese momento se había desviado de la verdad y que debía regresar a la debida base revelada en el Nuevo Testamento para poder ser edificada. Vemos en ese entonces dos

corrientes. Una provenía de creyentes como Molinos, Madame Guyón y Fénelon, y la otra, de hombres representados por Arnold. En nuestra revista *El testimonio actual* publicamos “El fluir del Espíritu” de la señora Guyón: Por medio de sus escritos podemos ver que ella era verdaderamente una persona espiritual. Con relación a Arnold, por conducto de él se recobraron muchos de los asuntos visibles. El propuso que los creyentes regresaran al fundamento bíblico descrito en el Nuevo Testamento.

Con el tiempo estas dos corrientes se unieron. En 1700 surgió la iglesia de “Filadelfia” [N del T.: una alusión a una de las siete iglesias mencionadas en Apocalipsis 2 y 3.] Filadelfia significa amor fraternal. En ese tiempo, cuando estos hermanos leyeron Apocalipsis 2 y 3, se dieron cuenta de que el protestantismo había salido del catolicismo, pero como resultado solamente se había producido la iglesia en Sardis; es decir, no hubo un recobro total.

Cuando surgieron estos grupos, a diferencia de otras organizaciones, ellos no le sugerían a las personas que salieran de sus organizaciones de origen, ni les instaban a dejar las denominaciones. Sencillamente tenían reuniones por todas partes. Desde 1670, el testimonio de ellos se extendió a Inglaterra. En Leeds, Bradford y otras ciudades, sus reuniones se multiplicaban. Ellos constituyeron el testimonio más definido del siglo dieciocho. Mientras Zinzendorf vivía, trató de hacer de este movimiento parte de la Iglesia de Moravia, pero sin éxito.

A comienzos del siglo dieciocho, surgió un gran avivamiento en Inglaterra. En 1729 los dos hermanos Wesley fueron usados por Dios. Se les llamó los metodistas. Por medio de ellos, Dios trajo un gran avivamiento. Ese fue el comienzo de la Iglesia Metodista. Los hermanos [Juan y Carlos] Wesley fueron las principales figuras del siglo dieciocho. Antes que John Wesley se salvara, se esforzaba por ser bueno; inclusive, viajó como misionero a los Estados Unidos, pese a que todavía no era salvo. El testificó que a pesar de haber oído la verdad de la justificación por fe, no podía entenderla. Más tarde un hermano moravo le ayudó y le dijo: “Predica la justificación por fe a los demás, hasta que tú mismo sea justificado por la fe”. Poco después, él fue salvo. Después de su salvación, los dos hermanos Wesley comenzaron a predicar este mensaje por todas partes. En esa época no se permitía predicar al aire libre; solamente se podía hacer esto en la iglesia, porque se entendía en ese entonces que la Palabra santa se debía proclamar solamente en el santuario. Sin embargo, estos dos hermanos, junto con Jorge Whitefield, comenzaron a tener reuniones al aire libre y a traer personas al Señor. El tema principal de los mensajes de Juan Wesley era la santificación. La enseñanza de erradicar el pecado comenzó con él, aunque también enseñaba que la santificación era por fe.

Después de la muerte de Wesley, comenzó el movimiento de misioneros al extranjero. La primera organización que se estableció fue la Sociedad Misionera de Londres. Esta organización comenzó como una institución no denominacional, pero más tarde quedó bajo la dirección de los Congregacionistas. En 1799 se formó la Sociedad Misionera, bajo el auspicio de la Iglesia Anglicana. Los

metodistas también expandieron su organización misionera y formaron la Sociedad Misionera Metodista, que existe hasta hoy día.

En conclusión, las reformas del siglo dieciséis se difundieron ampliamente, pero no sucedió lo mismo con las del siglo dieciocho. Aquéllas no sólo afectaron el mundo espiritual, sino también el político y social; mientras que éstas ejercieron su influencia principalmente en el aspecto espiritual. De todos los movimientos del siglo dieciocho el más notorio fue el de la iglesia de "Filadelfia". Ellos asimilaron todo lo que se había recobrado hasta entonces. Las verdades más importantes las podemos encontrar entre ellos.

EL RECOBRO DE LA VERDAD DE DIOS EN EL SIGLO DIECINUEVE

Examinemos ahora lo que ocurrió en el siglo diecinueve, en el cual hubo un avivamiento completo. Veamos primero el caso de John Nelson Darby y el avivamiento que él representó.

En 1827 apareció en Dublín, Irlanda, un grupo de personas; entre ellas había hombres como Edward Cronin y Anthony Norris Groves. Ellos vieron muchas verdades acerca de la iglesia, y explicaron que estaba muerta, sin vida y llena de formalismos. Ellos comenzaron a pedirle al Señor que les mostrara la iglesia según la revelación bíblica. A través de la oración y la comunión, ellos concluyeron que se debían reunir según el principio de 1 Corintios 14. Así que, comenzaron a partir el pan en la casa de un hermano. Al poco tiempo, un exministro anglicano, John Nelson Darby, comenzó a asistir a aquellas reuniones y a exponer la Biblia. Gradualmente fueron surgiendo más expositores, entre ellos William Kelly, C. H. Mackintosh, B.W. Newton y J. G. Bellett. Al leer los libros de ellos, recibí la luz para ver el error de las organizaciones o denominaciones y comprendí que Cristo tiene un solo Cuerpo. La iglesia no se debe formar basándose en opiniones humanas, sino que debe estar bajo la guía directa del Espíritu Santo. Cuando examinamos las organizaciones de la iglesia actual, vemos muchas tradiciones y opiniones humanas, y muy poca dirección del Espíritu Santo. Esto no concuerda con el deseo de Dios; su voluntad no es que la iglesia esté bajo el control del hombre, sino que sea dirigida solamente por el Espíritu Santo. Todos aquellos que pertenecen al Señor deben aprender a ser guiados por el Espíritu Santo y no deben seguir la dirección del hombre. Todas estas son verdades que fueron recobradas por la Asamblea de los Hermanos.

Además, los Hermanos descubrieron muchas verdades con respecto al milenio, al arrebatamiento y a las profecías en Daniel y Apocalipsis. Ellos fueron los expositores más prominentes de la tipología del Antiguo Testamento. El comentario sobre el Pentateuco de C. H. Mackintosh ha sido muy reconocido; inclusive lo recomendó el conocido evangelista D. L. Moody. Los Hermanos también establecieron una clara distinción entre las profecías bíblicas relacionadas con los judíos y las que se refieren a la iglesia. Hace cien años, muchas personas confundían las profecías dirigidas a los judíos con las que aluden a la iglesia. Ellos

pensaban que las profecías con respecto a los judíos ya se habían cumplido en la iglesia. Además, los Hermanos publicaron muchos otros escritos.

Durante ese período, muchos hermanos espirituales se levantaron en Inglaterra. Además de los que acabamos de mencionar, hubo hermanos como Charles Stanley y George Cutting, el cual escribió un libro llamado *Safety, Certainty, and Enjoyment* [Seguridad, certeza y deleite] en el cual afirma que uno puede tener la seguridad de la salvación. Dicho libro ya se tradujo al chino. Por medio de estos hermanos se recobraron las verdades pertinentes a la predicación del evangelio.

Además entre estos hermanos estaba Robert Govett, quien vio el asunto de la recompensa del cristiano. El descubrió que si bien es cierto que el hombre es salvo por la fe, es recompensado según sus obras delante de Dios. La salvación se relaciona con la vida, mientras que la recompensa depende de la conducta. C. H. Spurgeon dijo en cierta ocasión que Govett estaba cien años adelantado a su época porque su enseñanza era muy profunda. Govett dijo que existía la posibilidad de que los creyentes fueran excluidos de estar con el Señor durante el milenio. Por lo tanto, el creyente debe ser fiel y diligente. En segundo lugar, enseñó que no todos los creyentes serán arrebatados antes de la gran tribulación. Solamente los vencedores y los creyentes fieles participarán de este arrebatamiento.

Estos exponentes de las Escrituras fueron levantados por Dios. Otro hermano de peso espiritual y bastante conocido fue G. H. Pember, quien realizó una amplia exposición bíblica. También hubo otros como D. M. Panton y Hudson Taylor. Este último escribió un libro titulado *Unión y comunión*, en el cual describe experiencias profundas en Cristo. Todas las verdades mencionadas fueron grandes descubrimientos; sin embargo, aunque fueron recobradas, no pueden considerarse la verdad central de Dios.

Después de esto, Dios levantó a George Müller en Inglaterra. El aprendió muchas lecciones con relación a la oración y a la fe en la palabra de Dios. El enseñó que el hombre debía reclamar las promesas de Dios por medio de la oración y fue un testimonio de lo que es vivir por fe en lo pertinente a sus necesidades económicas.

En los Estados Unidos se estableció la Alianza Cristiana y Misionera. Entre los líderes prominentes se hallaban A. B. Simpson, A. J. Gordon y otros. Ellos tuvieron una gran influencia. Aun Hudson Taylor, en Inglaterra, fue afectado por ellos. Ellos vieron que los creyentes debían regresar a la experiencia de la era apostólica, cuando los hombres vivían por fe. Esta fue una revelación muy destacada en ese tiempo. Esta verdad es conocida ampliamente entre nosotros en la actualidad.

Gordon y Simpson también descubrieron la verdad con relación a la sanidad divina y la aplicaron. Este asunto se esparció rápidamente, y muchos fueron atraídos por ello. Sin embargo, Simpson recalca que no es la sanidad, sino la vida de resurrección lo que vence la debilidad de la carne. El enseñó que se puede triunfar sobre la enfermedad conociendo a Cristo como poder y como el Libertador.

Al mismo tiempo apareció otro grupo que prestó mucha atención a la vida interior. Hace sesenta años, Dios ganó el corazón de un comerciante de porcelana que se llamaba Robert Pearsall Smith. Él vio que la santificación viene por medio de la consagración. Esta clase de santificación es bastante diferente de la santificación de la que habló Wesley. La consagración a la que se refería Smith se logra por medio de la consagración y la fe. La santificación que Wesley predicaba era una vida que uno obtenía después de haberse consagrado. De hecho, ambas enseñanzas son válidas. En el mismo delineamiento de Smith, estaba la señora Hannah Whitall Smith que escribió el libro *El secreto cristiano de una vida feliz*. Hubo también otros como Stocknell, Evan Hopkins y Andrew Murray, quienes dieron continuidad a la verdad de la negación del yo, predicada por personas como la señora Guyón doscientos años antes en la Iglesia Católica. Estos creyentes empezaron a celebrar conferencias en Alemania, en Inglaterra y en otros lugares. Esas conferencias fueron el comienzo de lo que hoy se conoce como la Convención de Keswick. El orador principal de esa convención fue Evan Hopkins. Él recibió ayuda de Smith y de otras personas como la señora Guyón y ejerció un influjo espiritual bastante definido en ese tiempo. Pese a que la verdad que compartió la señora Guyón, nunca ha sido popular en la historia de la iglesia, ha afectado espiritualmente a muchas personas de una manera profunda. Inclusive Wesley recibió ayuda de ella. Juan Wesley dijo en cierta ocasión que él deseaba que todos los creyentes leyeran los mensajes de ella, y que él le estaba muy agradecido. Dios obtuvo a esa mujer en el siglo diecisiete y, por medio de ella, trajo la corriente más importante que hubo en el siglo diecinueve.

Además de Hopkins, estaba H. C. Trumbull, quien compartió en la Convención de Keswick la verdad acerca de la vida que vence. La proclamación de esta verdad produjo un gran recobro con relación al conocimiento de la vida vencedora y la manera en que los creyentes la experimentan diariamente.

Después de Hopkins, Dios usó a otra hermana, la señora Jessie Penn-Lewis. Esta hermana era muy débil físicamente durante los primeros años de su vida y siempre estuvo postrada en cama. Durante su convalecencia, leía los escritos de la señora Guyón y la tomaba como su compañera de cabecera. Sin embargo, no creía que esa total negación al yo, esa fe y ese amor descritos en dichos escritos se pudieran practicar. Un día mientras discutía con Dios, buscó desesperadamente al Señor para que le mostrara esas verdades. El Señor oyó su oración y la sanó; desde ese momento empezó a predicar el mensaje de la cruz.

Robert Holden, un exmisionero de la Misión al Interior de la China, conoció el significado de la cruz leyendo los libros de la señora Penn-Lewis. Ella verdaderamente llevaba la cruz. Las experiencias que tuvo motivaron a muchos creyentes a seguir el mensaje de la cruz. Por medio de estos hombres y mujeres, Dios guió a muchos a ver que el centro de la obra de Dios es la cruz, pues ésta es el fundamento de todos los asuntos espirituales. Sin la obra de la cruz no podemos saber lo que es la muerte ni lo que es el pecado. Muchas personas espirituales recibieron ayuda de parte de esta hermana. Por medio de los mensajes que ella predicó, Dios liberó a muchos. Podemos ver que el

descubrimiento de la verdad de Dios es progresivo; cuanto más avanza, más completo es. Para finales del siglo diecinueve, casi todas las verdades ya habían sido recobradas.

EL AVANCE DE LA VERDAD EN EL SIGLO VEINTE

Llegamos al siglo veinte, en el cual sucedieron dos grandes eventos. El primero fue la rebelión de los Boxers en China en 1900 durante la cual muchos creyentes murieron como mártires; y el segundo fue el avivamiento de Gales, en 1904, durante el cual en muchos municipios toda la población fue salva, a tal grado que no había más almas que salvar. Además se manifestaron muchos prodigios entre los pentecostales.

El líder de este avivamiento fue Evan Roberts, un minero de veintidós años. El no tenía mucha educación. Dios llamó a este hombre de humilde condición y le dio un compañero llamado Hastwell. Después de que Roberts fue salvo, oraba con frecuencia en las minas de carbón. Su única oración era: “Señor, conduce tu iglesia a salvar el mundo”. Aquellos que lo rodeaban estaban perplejos e impresionados. Gradualmente, más gente se unió a su oración, y pronto todos los trabajadores de la mina habían sido afectados. Muchos mineros oraron por primera vez. Este avivamiento comenzó a esparcirse por todo el sur de Inglaterra.

Por medio de ellos aprendimos dos verdades: primero, el avivamiento del Espíritu Santo viene cuando un grupo de personas se humillan y se someten ante Dios. No necesitamos pedirle a Dios que nos envíe un avivamiento externo, sino que nos someta de una manera nueva y profunda. La vida brotará espontáneamente de nuestro ser.

En segundo lugar, desde entonces, muchos comenzaron a estar advertidos de la obra de los espíritus malignos. Anteriormente, aunque los hombres hablaban de ese asunto, el conocimiento que tenían no era completo. El hermano Roberts entendió lo que significa la guerra espiritual. Hasta ese momento la experiencia de Efesios 6 no se entendía por completo. En 1908 estando acostado en su lecho, enfermo, les contó al señor y a la señora Penn-Lewis su guerra con los espíritus malignos. La señora Penn-Lewis se basó en esto y en su experiencia personal para escribir el libro: *La guerra contra los santos*, el cual ayudó a muchos creyentes a ser libres del engaño en el que habían estado. En años recientes, casi todos los mensajes que predicán los creyentes espirituales son las enseñanzas de la señora Penn-Lewis, las cuales se relacionan con la guerra espiritual y la cruz.

Al mismo tiempo que este avivamiento estaba en pleno apogeo, comenzó una nueva obra en Los Angeles, en los Estados Unidos. De 1908 a 1909, un grupo de creyentes, en la calle Azusa, experimentaron el bautismo del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas. En cuanto a esta práctica, podemos decir que en algunos casos se ha llevado a extremos. Por supuesto, no negamos que hablar en lenguas sea bíblico. Debemos ayudar a los demás a tener esta experiencia

pentecostal. Pablo nos dice, por una parte, que no todos hablan en lenguas (1 Co. 12:30), y por otra, que no impidamos el hablar en lenguas (14:39). El primer versículo es para quienes hacen demasiado énfasis en este asunto, y el segundo, para quienes lo pasan por alto. Tenemos que abrazar ambos aspectos.

Estos individuos dijeron que la profecía de Joel 2 se cumplió sólo parcialmente en el tiempo de los apóstoles, y que el día de la lluvia tardía vendrá antes del cumplimiento de los tiempos. En términos espirituales, “el día de la lluvia tardía” es hoy.

LA OBRA DE DIOS HOY Y LA ACUMULACION DE LA REVELACION

Podemos ver en lo que acabamos de presentar que los diferentes descubrimientos de las verdades de Dios tomaron lugar antes y durante este siglo. Ahora debemos preguntar: ¿cuál es la obra de Dios en China hoy? ¿Qué clase de obra efectúa Dios hoy?

Inmediatamente después de que fui salvo, oí muchas enseñanzas de misioneros que venían del extranjero. Antes de 1920 era muy difícil escuchar en China algún mensaje sobre la salvación. Después de 1920 se predicó profusamente en cuanto a la salvación, la justificación y la regeneración. Antes, muchos ni siquiera habían oído de la salvación. En este momento, hay más de ciento cincuenta denominaciones. Dios nos mostró el error en que están las denominaciones y el sectarismo. Por esta causa empezamos a predicar estos mensajes. Más tarde, Dios comenzó a mostrarnos las diferentes verdades que acabamos de describir. Gradualmente comenzamos a ver la victoria de Cristo, la vida de resurrección, el mensaje de la cruz, la obra del Espíritu Santo, entre otras verdades. Por toda la China los hombres comenzaron a entender estas cosas. En el curso de nuestra conversación con los misioneros, descubrimos que muchas de estas verdades también se habían recobrado en Occidente.

Sabemos que las verdades de Dios son acumulativas y que las verdades recientemente descubiertas no niegan las anteriores. Todas las verdades que Dios reveló antes constituyen el fundamento de las verdades de hoy. Lo que vemos hoy es el agregado de las revelaciones de Dios. Cuando Dios nos permite comprender este hecho, nos damos cuenta de que nos hallamos en la corriente de la voluntad de Dios. Este flujo es la continuación de toda la obra que Dios ha realizado en las edades anteriores.

A partir de 1926, comenzamos a compartir acerca de la salvación, la iglesia y la cruz, y hemos dado testimonio de estas verdades. En 1927 concentramos nuestra atención en la obra práctica de la cruz. Vimos que la cruz no sólo se relaciona con la muerte de Cristo, sino también con la resurrección. En el pasado, predicábamos la resurrección principalmente como un asunto de fe y sin relación con nuestra experiencia. Ahora hablamos de la resurrección como un principio de vida. No es simplemente una doctrina, sino un hecho espiritual. Es semejante al grano de trigo

que muere y produce muchos granos. Luego, Dios nos mostró lo que es el Cuerpo de Cristo, y en dónde se encuentra la realidad del mismo. Comenzamos a entender que así como Cristo tiene una sola vida, asimismo hay una sola iglesia.

Yo recibí ayuda de la señora Penn-Lewis. En Inglaterra, el señor Austin-Sparks también recibió ayuda de ella. Este hermano era un pastor de una capilla bautista en el sudeste de Londres. El Señor le mostró las diferentes verdades con relación al significado de la resurrección y de la vida de iglesia.

No podemos decir que las verdades que mencionamos anteriormente no existían antes de estos días, sólo que no habían sido reveladas tan claramente como hoy. A pesar de esto, antes de 1928 no hallamos nada con relación a los asuntos centrales de Dios. En febrero de 1928 comenzamos a hablar del propósito eterno de Dios. Desde entonces, comenzamos a anunciar el propósito eterno de Dios. En ese año tuvimos la primera conferencia sobre los vencedores. Más adelante tuvimos una segunda conferencia sobre el mismo tema. Lo que abarcamos en esas conferencias tenía relación con el tema central de Dios.

A pesar de las revelaciones antes descritas, sólo en 1934 comprendí qué es lo central de las cosas relacionadas con Dios y con Cristo. Cristo es lo central y la universalidad de Dios. El plan de Dios gira en torno a Cristo. Esta es la verdad que le place a Dios revelarnos en estos días, y también es nuestro mensaje en esta conferencia. Hemos recibido mucha luz con respecto a la verdad de los vencedores que Dios busca.

Los vencedores que Dios quiere son personas que toman la iniciativa para permanecer en la muerte en nombre de toda la congregación. Su relación con la iglesia es como la relación entre Sión y Jerusalén. Todas las exigencias de Dios recaen sobre Sion. Cuando se gana a Sion, se gana a Jerusalén. Cuando tanto Sion como Jerusalén tienen seguridad, se cumple el propósito de Dios.

Nuestro corazón está lleno de gratitud a Dios. Por medio de todos estos hermanos hemos obtenido mucha ayuda. Pablo dijo: "Ni lo recibí de hombre alguno" (Gá. 1:12). Asimismo, nosotros podemos decir que a pesar de haber sido ayudados por nuestros hermanos, estas revelaciones no se han recibido del hombre. Fuimos ayudados por Lutero, Zinzendorf, los hermanos de Moravia y los mensajes de Keswick. Creemos que hoy la meta de Dios consiste en que Cristo lo sea todo. El doctor F. B. Meyer, un pastor ya de edad, también vio este asunto. Sin embargo, para entonces él tenía más de noventa años y no pudo laborar mucho. Yo creo que hoy Dios tiene una sola obra. Este es el mensaje de Colosenses 1:18 donde dice que Dios desea que Cristo tenga la preeminencia en todo. La base de todas las cosas es la muerte, resurrección y ascensión de Cristo. Aparte de El, no hay realidad espiritual. Esta es la "verdad presente" de Dios.

UN LLAMADO

Por tanto, ¿qué hacemos hoy? Debemos contestar como lo hizo Juan el Bautista, somos una voz que clama en el desierto (Jn 1:23). Nuestra labor es anunciar el llamado a los hijos de Dios de que regresen al propósito central de Dios, a tomar a Cristo como el centro de todas las cosas, y tomar Su muerte, resurrección y ascensión como la base de todo. Este es el mensaje de Colosenses 1 y 3. Conocemos la posición de la iglesia en el Nuevo Testamento. Nos damos cuenta de que esta posición es noble y espiritual. Le damos gracias a Dios por la ayuda que nos trajo por medio de los misioneros occidentales. No obstante, El nos está mostrando que debemos encausar todas esas verdades en Su propósito central. Nuestra tarea es regresar al cimiento bíblico de la iglesia.

La verdad de Dios parte de este punto. Pablo primero fue establecido en la iglesia que estaba en Antioquía. Todas las verdades que predicamos hoy parten de la iglesia. Esta es nuestra tarea y nuestro testimonio.

Debemos hacer menos énfasis en las verdades secundarias. Tenemos que hacer todo lo que podamos por presentar al Señor como Cabeza de todas las cosas. No estamos aquí para desbaratar iglesias, sino para regresar a la labor inicial de los apóstoles. Tengamos cuidado en todo lo que hagamos. Debemos aprender a rechazar lo que viene del hombre y luchar por obtener lo que viene de Dios.

Le damos gracias a Dios porque podemos tocar Su gran propósito. Debemos humillarnos, postrarnos y negarnos a nosotros mismos. Necesitamos estar seguros de que nuestra obra no está limitada a ganar almas o a ayudar a las personas a ser espirituales. Nuestra meta es la más grandiosa y la más gloriosa. Agradecemos a Dios porque tenemos acceso a Su “verdad presente”. Que El nos conceda Su gracia de no ser privados de la “verdad presente”. Velemos y no permitamos que la carne ni el yo ganen ningún terreno. Qué la voluntad de Dios se cumpla en nosotros.

TENEMOS CUATRO RESPONSABILIDADES

Para concluir quisiera decir que hoy tenemos cuatro responsabilidades: (1) Con respecto a los pecadores, tenemos que predicar el evangelio. (2) Con respecto a Satanás, tenemos que estar conscientes de que estamos en una guerra espiritual contra él. (3) Con respecto a la iglesia, tenemos que asirnos de lo que hemos visto. (4) Con respecto a Cristo, debemos dar testimonio de Su preeminencia en todas las cosas. Hoy se puede encontrar este testimonio en Estados Unidos, en África y por todas partes. Sin embargo, la cantidad de lugares donde lo ven no es grande. En el aspecto físico, la condición de ellos es muy pobre; por lo tanto, debemos orar por todos estos lugares.

Capítulo ocho

PREGUNTAS RELACIONADAS CON LOS OBREROS

(Charlas dadas en Haroon Road, Shanghai el 3 de enero de 1934, y traducidas de las notas tomadas por el hermano K. H. Weigh.)

I. EL SURGIMIENTO DE LOS OBREROS

Lo primero que deseamos ver es cómo surgen los obreros. Hay dos aspectos principales en cuanto al llamado de los obreros. El primero se refiere a localidades existentes. Si algunos hermanos de una localidad sienten la carga de ir a otra localidad a laborar, deben ser responsables delante del Señor y también deben tener la aprobación de los hermanos y hermanas donde ellos se reúnen. Un ejemplo de esta situación es como si un dedo quisiera moverse; no se puede mover independientemente, sino que debe moverse con todo el cuerpo, ya que necesita la aprobación de todo el cuerpo. Cristo es la cabeza de la iglesia. Por tanto, la iglesia es el Cuerpo de Cristo. En una localidad donde no hay reuniones, no se manifiesta el Cuerpo. En ese caso, un individuo sólo es responsable ante Dios. Pero siempre que una reunión se establece en una localidad, se necesita la aprobación de los hermanos y hermanas. Esto se puede ver por medio de la narración de Hechos 13. Había una reunión en Antioquía, y el Espíritu Santo por medio del Cuerpo envió a Pablo y Bernabé para que salieran a la obra.

En segundo lugar, en una localidad donde todavía no hay reuniones, la situación es diferente. Si alguien desea laborar en una localidad donde no hay reuniones, es responsable ante el Señor. En Hechos 11, no se había establecido todavía la iglesia en Antioquía; así que Pablo y Bernabé sólo rendían cuentas a Dios. Pero más tarde, cuando la iglesia se estableció, el Espíritu Santo envió profetas y maestros al Cuerpo. Entonces Pablo y Bernabé ya no eran responsables solamente delante de Dios, sino ante el Cuerpo. Los discípulos les impusieron las manos a Pablo y a Bernabé y los enviaron, lo cual significaba identificación y unión. Por medio de la imposición de manos, todos los hermanos se unieron a Pablo y a Bernabé al partir. Cuando estos dos se fueron, todo el Cuerpo fue con ellos. La imposición de manos es diferente de la ordenación de los pastores, la cual se basa en las tradiciones y no se encuentran en la Biblia.

Después de que Pablo y Bernabé partieron de Antioquía, se comprometieron en la obra comisionada por el Espíritu Santo. Este es el primer caso en la historia de la obra misionera. En este envío, el Espíritu Santo mantuvo Su absoluta autoridad. Una iglesia no debe enviar a nadie solo, pues para hacerlo, primero debe tener la palabra del Espíritu Santo. Cuando la iglesia envía, simplemente ejecuta la orden del Espíritu Santo y Su confirmación.

Hechos 15:36-40 menciona otro caso. En estos versículos vemos que se separan la senda de Pablo y la de Bernabé. Pablo sugirió que sólo los dos debían ir, pero

Bernabé insistió en que debían llevar con ellos a Marcos. Pablo consideraba que no era apropiado que Marcos se uniera a ellos. Entre ellos hubo un serio conflicto. Por tanto, Bernabé decidió llevar consigo a Marcos, y Pablo escogió a Silas y se fue por otro camino. El versículo 40 dice: “Y Pablo ... salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor”. Esta es la diferencia entre los dos hombres. Pablo fue enviado por el Cuerpo, y Bernabé no. Pablo fue encomendado por los hermanos a la gracia del Señor, lo cual no sucedió con Bernabé. En este caso, el Cuerpo permaneció con Pablo. Después de Hechos 15, no se vuelve a mencionar a Bernabé. Así que el Espíritu Santo confirmó el envío del Cuerpo.

Marcos jugó un papel pasivo. Él era un joven colaborador y un aprendiz. Por tanto, él no llevaba una responsabilidad tan grande como la de Bernabé. Más tarde, Dios restauró a Marcos y lo puso de nuevo en la obra. Pero ¿qué pasó con Bernabé? Él ni regresó ni se volvió a mencionar. Puede ser que algunos se pregunten: “¿Si cierto hermano puede hacer algo, por qué no puedo yo hacer lo mismo? ¿Si un hermano puede ir a cierta localidad, por qué no puedo yo ir allá?” Tenga cuidado. Ese hermano puede ir bajo el envío del Cuerpo, mientras que usted puede ser enviado por sí mismo. Ahí reside la diferencia. No diga: “Si Dios lo puede usar a él, también me puede usar a mí”. Dios lo usa a él, pero no a usted, porque él es enviado en el Cuerpo. No diga que Dios no lo puede desechar; Él puede desecharlo a usted, de la misma manera que desechó a Bernabé. La crónica de Hechos es clara. Después de ese incidente, el Espíritu Santo no menciona a Bernabé de nuevo.

Toda la obra debe ser hecha por individuos, pero siempre como parte del mover del Cuerpo. Esto fue lo que sucedió en el día de Pentecostés. Hechos 2:14 dice: “Entonces Pedro, poniéndose en pie con los once alzó la voz y les declaró”. La expresión “poniéndose en pie con los once” es plural, mientras que “alzó” es singular. Aunque un solo hombre hablaba, los otros once estaban de pie detrás de éste. Por consiguiente, tenemos que ver que cuando laboramos, debemos tener el apoyo de los hermanos.

Necesitamos aprender a ser sumisos. Tanto los enviados como los que envían necesitan aprender a ser sumisos. Solamente en un espíritu de sumisión aprende uno a oír la voz del Espíritu Santo. No podemos considerar que la norma para la obra es un acuerdo común; la norma debe ser la sumisión. No debemos enviar un hermano solamente porque estamos de acuerdo con él. Muchas veces, aunque no estemos de acuerdo con lo que un hermano propone, tenemos que darle la libertad de hacerlo. Lo que cuenta no es si estamos de acuerdo, sino que nos sometamos. El Espíritu Santo puede lograr lo que quiere solamente con los sumisos.

Una vez que el obrero es enviado se convierte en apóstol. Un apóstol es un obrero que fue enviado. ¿Cuál es la diferencia entre un apóstol y un anciano? Según la Biblia, los ancianos son sedentarios, mientras que los apóstoles viajan. Los ancianos son nombrados para que laboren en una localidad solamente, mientras que los apóstoles laboran para todo el Cuerpo. Pablo nunca fue anciano, pero sí

apóstol. Por otro lado, Pedro y Juan fueron ancianos y también apóstoles. Cuando estaban en Jerusalén, ellos era ancianos. Además de ser ancianos en Jerusalén, también eran apóstoles. Debido a que eran apóstoles, tenían la autoridad de vigilar. Como apóstoles, la responsabilidad estaba limitada a la obra que se les comisionó; no tenían la responsabilidad de velar por la grey. Espero que todos tengamos claridad con respecto a esto. Cuando hablamos de ancianos, nos referimos a una localidad, y cuando hablamos de apóstoles, nos referimos a la obra en toda la tierra. La misma persona puede tener dos funciones: por una parte, tiene la responsabilidad de cuidar y velar en una localidad, y por otra, es responsable por todas las localidades. Por ejemplo, yo laboro para todos los obreros de todas las localidades, lo mismo que para los de Shanghai, y comparto la responsabilidad en Shanghai con los hermanos aquí.

II. EL RECONOCIMIENTO DE LOS OBREROS

Estudiemos el caso de los obreros. ¿Cómo reconocemos si una persona es un obrero?

(1) El obrero debe tener dones. Hay muchas clases de dones. El evangelismo, profetizar, pastorear y enseñar son dones. Los diferentes dones son necesarios para las diferentes funciones. El don del evangelismo es útil para dirigirse a los incrédulos. El don de los maestros verifica las doctrinas. Con el don del pastoreo nutrimos a los creyentes para los para que crezcan espiritualmente y les ayudamos a solucionar problemas personales y diferentes asuntos.

Un obrero debe tener cuantos dones sean posibles, pero por lo menos debe tener uno de estos dones.

¿Cómo podemos saber si alguien tiene cierto don? Si él tiene un don, los hermanos que se reúnen con él pueden dar testimonio de ello y confirmarlo. Por tanto, el reconocimiento de un don es del Cuerpo. El Cuerpo sabe si una persona tiene el don de evangelista, aun cuando no se dedique a predicar. Estos son los dones que los obreros deben tener, pero no se limitan a los obreros nada mas.

Muchas personas piensan que si no pueden laborar en una localidad, pueden mudarse a otra y quizá laborar allí. En verdad, la incapacidad de laborar en una localidad no depende de la localidad, sino de si tiene dones o no. Una persona que no tiene dones no los tendrá no importa a donde vaya.

(2) Aunque un obrero puede tener un don, si su vida no es recta, no puede servir en la obra. Su labor depende no solamente del don, sino también de la gracia. No solamente debe tener suficientes dones, sino también abundancia de gracia. El resultado de la obra no se relaciona con el don sino con la vida del obrero. Los obreros que tienen diferentes medidas de gracia tendrán diferentes resultados en la misma obra. La medida de gracia que hay en el obrero determina la calidad de trabajo que produce. Esto no significa que si no se tiene gracia no se puede traer personas a la salvación. Puede ser que uno traiga a alguien a la salvación porque

tiene el don del evangelismo. Pero si no tiene vida, cuanto más labore, más derriba. Muchos obreros hoy edifican sus propias obras con una mano y derriban con la otra debido a su carencia de vida.

En Hechos 16:2 todos los hermanos recomendaron a Timoteo. Como resultado, en el versículo 3 se nos dice que Pablo tomó consigo a Timoteo. Esta es la confirmación de los hermanos. Timoteo no fue confirmado en un solo lugar, sino por lo menos en dos. Si la condición de un obrero delante del Señor es recta, y tiene la gracia, los hermanos que se reúnen en la misma localidad, inclusive los que no son espirituales, darán testimonio de él.

III. LA RELACION ENTRE LOS OBREROS, LAS REUNIONES Y LA POSICION DE ELLOS

Según la Biblia, en la reunión cristiana deben haber tres clases de personas. Primero, los creyentes, quienes constituyen el grupo básico de la reunión. En la iglesia existe por lo menos este grupo. Segundo, los que sirven en los asuntos materiales. Toda la responsabilidad que tienen éstos se relaciona con negocios, tales como ayudar a los hermanos y hermanas a realizar ciertas actividades, dirigir la preparación de las reuniones, etc. La Biblia llama a estas personas *diáconos*, los cuales pueden ser hermanos o hermanas. Tercero, los pocos hermanos cuya responsabilidad es cuidar de las actividades principales de las reuniones, tales como tomar la iniciativa en las reuniones, tomar decisiones, mantener correspondencia con los que están fuera de la iglesia, y cuidar a los santos. La Biblia les llama *ancianos*.

En una reunión deben estar presentes estas tres clases de personas; allí no hay obreros, pues éstos no ocupan una posición en la iglesia. Puesto que un obrero no pertenece a ningún otro grupo, debe ser parte de uno de estos tres. Los obreros no son un cuarto grupo en una reunión, sino que están incluidos en los otros tres.

La relación entre estos tres grupos se puede mostrar con un ejemplo. Supongamos que los hermanos de cierta localidad necesitan construir un lugar de reunión. Al principio, los ancianos hacen una propuesta y toman decisiones. Después que el asunto se decide, informan a los hermanos y asignan tareas a los diáconos, quienes, a su vez, piden a todos los hermanos y hermanas que provean la labor necesaria. Los obreros sólo puede tomar parte laborando; no pueden controlar el trabajo. La única diferencia entre ellos y los demás creyentes, es que tienen un poquito más de responsabilidad. Esta es la relación entre los obreros y las iglesias locales.

La posición de los obreros, es similar a la de los primeros apóstoles. Ellos hacen la obra de los apóstoles, pero no tienen la autoridad de éstos. Por otra parte, si el obrero tiene cierta comisión o carga o asignación de parte del Señor, la iglesia debe mostrar su respaldo y apoyar el esfuerzo. No encontramos ningún ejemplo en la Biblia donde los apóstoles hayan tenido una carga y la iglesia no haya

estado de acuerdo, o donde la obra estuviera bajo el control de una iglesia. Si tal fuera el caso, se obstruiría en gran manera la obra de Dios.

IV. LA RELACION ENTRE LOS OBREROS JOVENES Y LOS OBREROS MADUROS

¿Qué relación existe entre los obreros jóvenes y los obreros maduros? Según la Biblia, los obreros que están en el liderazgo deben someterse a los hermanos que estaban ahí antes que ellos. El menor debe someterse al mayor. Por ejemplo, vemos claramente que Silas, Timoteo, Tito y Onésimo se sometían a Pablo. Los más jóvenes seguían las instrucciones de Pablo y se sometían a él.

En las denominaciones de hoy prevalecen dos situaciones. Por una parte, algunos de los obreros están totalmente controlados y atados por aquellos que están sobre ellos, y todas las decisiones provienen de las ideas humanas. En el otro extremo, están los predicadores libres. Ellos van y vienen de una manera independiente; proveen para sí mismos y predicán por su cuenta. No están atados ni controlados por nadie. Sin embargo, ninguna de esta clase de personas conoce al Señor. El primer grupo que pone la autoridad en las manos de otros, no tiene al Señor. El segundo grupo que mantiene la autoridad en sus propias manos, tampoco tiene al Señor. Cuando se pone la autoridad en las manos del Señor, estos dos extremos son eliminados. El obrero no debe ser controlado por otros en el asunto del dinero y no debe entregar esta autoridad a otros.

Hechos 8 nos dice que Pedro y Juan fueron enviados por la iglesia a predicar en Samaria. Sus pasos fueron restringidos por la iglesia. Todo obrero es una persona restringida. Muchas personas piensan que ellas no están bajo el control de nadie. Ellos están equivocados si piensan que una persona espiritual no debe estar restringida.

Con relación al perfeccionamiento de los jóvenes, la Biblia no habla de ningún seminario. A pesar que algunos trataron de comenzar una escuela para los profetas en el Antiguo Testamento, no produjeron ningún profeta. Estudiar en un seminario no logrará que una persona sea un obrero. El entrenamiento del obrero viene por seguir un patrón y por la sumisión.

Timoteo y Silas siguieron a Pablo. En la Biblia, solamente vemos el camino del aprendizaje. Si un obrero joven no aprende la lección de la sumisión, no aprenderá ninguna otra. Esto es algo muy importante. Cada obrero joven debe pasar por mucha presión en las manos de Dios antes de ser útil. Todo el que es usado por Dios tiene que pasar por un adiestramiento estricto. Podemos ver por medio de la carta que Pablo le escribió a Timoteo, que él fue muy estricto en las instrucciones que dio a los obreros jóvenes. El no fue descuidado o suelto con Timoteo.

V. LA PREDICACION DE LOS OBREROS JOVENES

Hoy día, muchos de los problemas en la iglesia se levantan cuando los hombres desean tener dones, pero no los obtienen. Ellos piensan que son cierta clase de don, pero en verdad no lo son. Cuando se ponen los asuntos en sus manos, los arruinan. Esto no significa que ellos no quieren hacerse cargo de los asuntos apropiadamente, es simplemente que no tienen la capacidad. Una persona que sólo tiene el don de la enseñanza, solamente puede hacer la obra de discernir las verdades bíblicas, mantener esas verdades y descubrir nuevas verdades; no puede hacer nada más. De igual manera, aquellos que solamente tienen el don de evangelizar, solamente pueden hacer la obra de evangelismo; no pueden reemplazar a los maestros para enseñar o comprobar la verdad. Solamente pueden hacer su obra dentro de su límite. El problema que existe hoy día es que nadie en todo el mundo guarda su propia posición o está satisfecho con ella. Los evangelistas desean ser los maestros, mientras que los maestros quieren ser evangelistas. Cada cual admira lo que ellos no son. Esta tendencia del hombre natural es la carne. En el cuerpo de Cristo, todo miembro tiene distinto uso. El oído no puede reemplazar al ojo, y el ojo no puede reemplazar al oído. Aun si yo pongo el oído en la posición del ojo, el oído es el oído; no puede ver. Esto nos muestra la importancia de permanecer firmes en nuestra posición. Cada uno de nosotros debe aprender a permanecer en su propia posición.

Los obreros jóvenes no solamente se deben someter a los obreros mayores, sino que deben saber donde los ha puesto Dios. Después que uno entiende su propia posición, no caerá en la carne. De esta manera, experimentarán la liberación en su obra. Si un joven obrero en verdad tiene el don de la enseñanza y los obreros mayores que lo rodean no lo tienen, en estas circunstancias, los mayores tienen que someterse a los jóvenes y recibir el don de ellos. Sin embargo, todo obrero joven puede siempre encontrar a alguien que es más maduro y avanzado de quien puede aprender a ser sumiso. Siempre habrán obreros mayores a quien someterse. A Timoteo se le encargó que considerará lo que Pablo decía (2 Ti. 2:7) y a saber “de quiénes has aprendido” (2 Ti. 3:14). Timoteo tenía que ir y encontrar aquellos de quienes él había aprendido todas las cosas. Tenía que encontrar los obreros que iban adelante de él.

Un obrero joven debe aprender aceptar un trato que le parezca ilógico. Tiene que aprender a someterse sin exigir explicaciones. La verdadera sumisión no requiere un motivo lógico. Cuando hay una razón, entonces no es sumisión. En la obra de Dios nadie puede ser independiente y reclamar que no tiene necesidad de someterse a nadie. Los jóvenes deben ser así y los mayores no están excepto porque nadie puede ser independiente. Incluso, si Dios usa un obrero para descubrir cierta verdad, no puede moverse independientemente; debe salir en sumisión mutua.

VI. LA FE DE LOS OBREROS

Todos los obreros deben tener fe con relación a la obra y a la persona del Señor. Estas verdades básicas debemos mantenerlas en común. Si cualquier obrero se sale de estos principios generales, los ancianos lo deben parar para que no siga

laborando. Con relación a las doctrinas de mayor importancia, deben haber las apropiadas interpretaciones bíblicas. Todos deben ser iguales en estas interpretaciones. La interpretación apropiada de muchos versículos ya han sido establecidas por otros. Todo lo que necesitamos hacer es recibirlos de sus manos; no necesitamos hacer nada más. Un principio básico cuando leemos la Biblia es aceptar simplemente lo que la Palabra de Dios dice y no agregarle nuestros propios pensamientos. Cuando leemos la Biblia, debemos preguntar: “¿Qué ha dicho Dios?” en lugar de “¿Por qué Dios dijo esto?” Un ciudadano de un país no necesita preguntar porque existe cierta ley; solamente necesita preguntar cuál es la ley del país. Nuestra pregunta debe ser “qué” no “por qué”. Nuestra actitud delante de los mandatos de Dios no debe ser el de entendimiento sino el de sumisión.

Hoy, debido a que los hombres se conducen diferentemente delante de Dios, hay diferentes interpretaciones Bíblicas. Por ejemplo: en el asunto del bautismo, muchas personas han sido rociadas. Cuando leen la Biblia, de alguna manera encuentran la doctrina de rociar. Esa doctrina es el resultado de la conducta que tienen. La interpretación de la Biblia por el hombre tiene mucho que ver con su actitud delante de Dios. Muchos vienen a la Palabra de Dios con un único propósito: encontrar una ordenanza que justifique sus conductas. La meta que tienen es volver la Palabra de Dios en una ley que encaje con ellos. Por tanto, la interpretación que hacen de la Biblia es completamente para sí mismos. Una persona que nunca a pasado por el trato de la cruz, no puede leer la Biblia. Solamente aquellos que han pasado por la cruz pueden leer la Biblia apropiadamente.

VII. LA NECESIDAD DE OBREROS

Ahora venimos la necesidad de obreros. Lo primero que tenemos que mencionar es la ofrenda de dinero que presentan los creyentes. La ofrenda de los creyentes no solamente se utiliza para sostener los obreros, sino también para sostener a los que laboran para el Señor. En otras palabras, no se le ofrenda a cierta persona porque sea un obrero, sino porque labora para el Señor. Su personalidad es una cosa, y su labor para el señor es totalmente otro asunto. Mientras labore para el Señor, debe ser sustentado. No importa si tiene dinero, sino si trabaja para el Señor. Cuando uno le paga a un peón, no le pregunta si es rico o pobre. Si hizo el trabajo, merece su salario. No se puede decir que si una persona tiene dinero no necesita ser sostenido. Una vez alguien quiso dar una ofrenda al señor Bright un colaborador del doctor Scofield, pero la persona que estaba al lado de él le dijo que el Señor cuidaría de las necesidades del señor Bright. Por consiguiente, el hombre retiró su ofrenda, y el señor Bright se quedó sin sustento. Los creyentes no deben ofrecer su dinero solo porque los obreros son pobres. Si dan sólo por la pobreza de los obreros, no ofrendan sino que dando limosnas.

Dar una ofrenda es lo menos que una persona salva puede hacer. Si un salvo no se ofrece a sí mismo, es una persona que delante del Señor no es útil. Si ha recibido la gracia, el resultado debe ser ofrecer al señor todo lo que tienen. No es

normal que una persona reciba gracia y no esté dispuesta a ofrecer todo lo que tiene. Todos aquellos cuyos corazones han sido tocados por Dios darán el dinero de su bolsa. Es imposible que el corazón de una persona sea tocado por Dios sin que sus posesiones también sean tocadas por El. La consagración permite que Dios toque todo. Hasta que Dios lo haya tocado fluirá de usted el amor. Si una persona nunca se ha ofrecido a sí misma, por seguro que el amor no fluirá de ella.

Hoy, solamente hay dos dioses en este mundo. El primero es mamón y el otro es el Dios verdadero. Si no amamos a Dios, amaremos a mamón. Solamente cuando el hombre ama a Dios, ensanchará su corazón. La cosa que más ensancha el corazón del hombre es dar el dinero. Un creyente que está entre nosotros asistió a las reuniones de cierta denominación por veinte años, pero nunca ni siquiera saludó con su cabeza a otra persona. después que se ofreció, todo su ser cambió. Previamente yo tenía temor de reportarle a otros acerca de nuestra condición financiera. Pero hoy pienso distinto. Esta es la manera que otros reciben gracia. Entre más ofrece una persona, más lo llenará la gracia. Estas palabras son para todo el Cuerpo.

Permítanme ahora considerar la manera de distribuir las ofrendas. Parte del dinero que se recibe en las reuniones se debe poner aparte para los obreros locales, y para los obreros en otras localidades. Esta es una señal de comunión. Pablo alabó a los Filipenses por su gracia en este asunto (Fil. 4). Ellos continuaron teniendo comunión con el apóstol en el asunto del dinero. La condición de los corintios fue lo contrario; ellos desarrollaron un problema en su comunión con Pablo. Como resultado; Pablo estaba dispuesto a permitir que otras iglesias sufrieran, antes que pedirle dinero a los corintios. No usaba el dinero de los corintios porque había un problema en la comunión.. Solamente cuando hay comunión puede haber ofrenda material.

Gracias al Señor que los hermanos en Shanghai han recibido gracia en este asunto. Los obreros que viven fuera de la ciudad no deben interpretar mal y pensar que la iglesia en Shanghai es tan rica que puede mantenerse enviando dinero. La razón que la iglesia en Shanghai puede enviar dinero, es porque los obreros locales en Shanghai, han recibido poco sostén local. Debido a eso la iglesia puede enviar tanto. Esta es la gracia de la iglesia en Shanghai.

Las ofrendas individuales deben ser puestas personalmente en un sobre, por el que hace la ofrenda, con el nombre del obrero a quien la ofrenda va dirigida, y depositarlo en la caja de ofrendas. Los hermanos que abren la caja podrán entonces entregar esta ofrenda directamente al receptor.

VIII. LA MANERA EN QUE LOS OBREROS ADMINISTRAN SUS FINANZAS

Primero; los obreros no deben mostrar que son pobres. Un obrero vive por la fe, no por limosnas. Es una vergüenza dar a conocer que uno está necesitado, esperando así recibir ayuda. Cuando el obrero recibe la ofrenda de los hermanos,

debe tener la actitud apropiada. Cuando un obrero recibe dinero de los hermanos, recibe el dinero en el nombre de Dios, permanece en el lado de Dios y lo representa. Por consiguiente no debe tener una actitud de mendigo. Cuando Pablo mencionó el asunto del dinero, dio a los demás una impresión honorable y digna. Esta es la actitud apropiada de todo obrero.

Segundo: cuando un obrero recibe más que otros obreros, debe distribuir lo que le sobre con ellos. No tenga temor de que al hacer esto, otros pensarán que usted es rico o ha obtenido una fortuna. Por otra parte, para las necesidades personales de la familia, a veces es necesario un ahorro de corto tiempo. Esto es bíblico. Proverbios nos enseña esto.

Tercero: Se debe planear la manera en que se debe usar el dinero. Muchas personas cuando tienen dinero compran cosas que no necesitan. Esta clase de comportamiento puede detener la provisión de Dios. Se debe planear la manera de usar el dinero. Se debe hacer un presupuesto y programar cuidadosamente delante de Dios lo que se debe comprar y lo que no se debe comprar. No debe comprar de una manera irresponsable ni desperdiciar el dinero.

Cuarto: los obreros nunca deben pedir prestado. Un obrero de Dios debe preferir morir que pedir dinero prestado a los demás. Si no tiene la fe que se cuidará de su vivir, debe buscar un trabajo con el cual conseguir el sustento. Si tiene la fe que Dios lo sustentará, no debe alargar su mano hacia otros.

IX. EL PRINCIPIO DEL MANA

Dios desea que andemos según el principio del maná, el cual consiste en que “al que recogió mucho, no le sobró, y al que poco, no le faltó” (2 Co. 8:15). Esta no solamente es la crónica del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento nos dice la misma cosa. No deberíamos tener abundancia ni pasar escasez. Si un hermano en una localidad no tiene los medios para mantenerse, la iglesia o los hermanos individualmente deben ayudarlo. La iglesia no debe permanecer impávida frente a los hermanos que no tienen empleo; deben hacer lo que puedan para ayudarlos. Por supuesto, esto no incluye a quienes no quieren trabajar. No podemos ayudar a los que no están dispuestos a trabajar. Más aún, si lo que gana un hermano no es suficiente para vivir, la iglesia debe ayudar. Lo mismo sucede con los que su ingreso es muy bajo. Esta es la clase de obra que los apóstoles hicieron en la iglesia primitiva.

El orden para ayudar es cuidar de los hermanos y hermanas en su localidad primero, y después ayudar a los pobres de afuera. Si los creyentes tienen miembros de su familia cercanos que tienen necesidades, ellos deben cuidar de las necesidades de sus propios familiares primero, antes de cuidar por las necesidades de otras personas.

Nadie debe dar ofrendas sin primero tener una cuidadosa consideración. Una persona que es naturalmente suelta, no recibirá la bendición del Señor por medio

de dar excesivamente, porque una persona que es irresponsable con sus finanzas, será descuidada en las cosas del Señor. Tenemos que consagrarnos al Señor, y no ser descuidados.

Para un creyente, dar no es simplemente un asunto de ofrecer dinero. Se debe tener un adecuado vivir delante de Dios, antes de poder recibir la bendición de Dios cuando da. La Tercera Epístola de Juan menciona que los santos que sostienen a los obreros, necesitan tener un vivir piadoso y digno de Dios. Una persona que da, debe vivir una vida que es digna de Dios. Gracias al Señor que no todos son Lázaro, ni todos son el hombre rico. Dios no necesita a Lázaro ni necesita al hombre rico, sólo necesita la ofrenda de aquellos cuyo vivir es digno de El. A pesar que Lázaro no tenía dinero, el pudo ser salvo; pudo recibir la gracia y vivir una vida digna de Dios. La carne tiene dos pecados ante de Dios. Uno es el trato severo que se le da al cuerpo que se menciona en Colosenses 2. El otro es darse a la indulgencia en las comodidades. Dios no intenta que tratemos nuestro cuerpo severamente, ni tampoco desea que vivíamos demasiado confortables. El desea que vivamos una vida que sea digna de El. El exceso de dinero se debe regalar lo más rápidamente posible.

X. LA CARTA DE RECOMENDACION

Lo último que mencionaremos es la carta de recomendación. Pablo mencionó esto a los corintios. Esto es algo que se encuentra en el Nuevo Testamento. Cuando un creyente común va a otra localidad, debe tener una carta de recomendación. Pablo dijo en su epístola que él no necesitaba carta de recomendación. Esto se debía a que Pablo ya había establecido una relación con los corintios. Por eso él era una excepción. En cuanto a los otros hermanos y hermanas, todavía necesitaban una carta de recomendación. La función de la carta tiene dos aspectos: permite que otros lo conozcan a usted, y: previene la entrada de falsos hermanos. Cada carta de recomendación se debe tener dos o tres personas como testigos antes que pueda tener valides. Usualmente una carta de recomendación es escrita por los ancianos locales o las personas responsables. Hay tres clases de cartas:

(1) Aquellas que recomiendan a un hermano para la mesa del Señor atestiguando que es un hermano en el Señor. Esto principalmente es para los hermanos que todavía están en las denominaciones.

(2) Aquellas que recomiendan al hermano que ha dejado las denominaciones y está tomando el camino que nosotros tomamos.

(3) Además de los que toman esta manera, están aquellos que tienen dones especiales y que pueden ser invitados para hablar.

Después de recibir la carta de recomendación, los que toman la responsabilidad en la localidad deben responder a la carta enviada por la localidad que envió la recomendación haciéndoles saber que su recomendación fue recibida. Tales

cartas de recomendación y la contestación, se deben preparar con tiempo y se deben imprimir en un formato uniforme, de tal manera que se puedan usar fácilmente. Todas las veces que un hermano venga de otra localidad, necesitamos una carta de recomendación antes que podamos recibirlo en la mesa del Señor. De igual manera, nosotros también proporcionaremos una carta de recomendación a los que salen de nosotros. Espero que en el futuro todos prestaremos atención a este asunto.